

NOTAS DE VIAJE

1878.— Establecimiento tipográfico de J. C. Conde y C.^ª, Cañes, 1.

37
1214

FA-104

BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO

NOTAS DE VIAJE

POR

F. MOJA Y BOLIVAR

(ESPAÑA.—ITALIA.—FRANCIA.)



MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTÍA, NÚM. 12

FUNDACION
JUAN JOSE
N.º Invío. J.J. 262

DE MADRID A ROMA

ESPAÑA.

¡*De Madrid á Roma!* ¡Vaya un título! Así como Couvier construía un animal antidiluviano con tener á la vista un solo hueso carcomido por el tiempo, el lector displicente, ese genio ignorado que desde el fondo de su gabinete crea el tipo de un autor á la simple lectura de una frase, va á formarse de mí la idea más antidiluviana, ya que no la más zoológica.

¡Acusa tanta pobreza de inventiva, tanto desconocimiento del moderno gusto literario, un título así tan ramplon y tan sencillo!

¡No vendría más al caso un título hidráulico, por ejemplo: *Del Manzanares al Tiber*, (esto en letras gordas) y luego entre paréntesis con letra menuda: *Impresiones de viaje de un pez en seco?* Para justificarle habria que echar un párrafo sobre ambos rios. Del Manzanares, ocioso es hablar á los españoles, quienes saben al dedillo que no ha habido escritor español de algun fuste en el géne-

ro satírico que no le haya soltado su pulla. Hasta el mismo Alejandro Dumas, padre, sin ser español, se permitió regalarle un vaso de agua, hallándose en la plaza de toros de Madrid, en día de espectáculo nacional. Del Tiber, ¿qué podría decir que tuviera alguna novedad? Desde niño estoy acostumbrado á oír relatar los horrores de las persecuciones de los emperadores romanos contra los secuaces del Galileo. Rara es el acta del Martirologio que no consigne la orden emanada de algun emperador para que sea arrojado al Tiber algun cristiano. Este rio debia ser colorado, enrojecido con la sangre de los mártires, en vez de ser terroso, manchado con las purificaciones de los frailes. Posteriormente, durante las invasiones de los bárbaros, el Tiber sirvió de depósito á inmensas riquezas, botadas al agua para que no fueran pasto del pillaje de los vencedores. Es general opinion de anticuarios que en el cenagoso lecho descansa la célebre estatua colosal de Neron que sacaba la cabeza por encima del anfiteatro Flavio, alto de 57 metros.

Pero esto lo sabe todo el mundo que sabe algo; el título indicado resultaría desprovisto de interés, á más de producir tanta humedad perniciosos efectos de reumatismo espiritual en el ánimo del lector aprensivo.

A falta de otro mejor, cuco, bonito, ingenioso, *chic*, habré de contentarme con la pobreza de fantasía que Dios me ha dado, como se contentaba el lego del cuento.

Vamos á cuentas.

Cuando yo salí de Madrid, en el mes de Febrero de 1870, no se podía parar en la capital de las Españas y de sus Indias. No se hablaba más que de política; se mascaba, se respiraba política en todas partes, en todos los círculos máximos y mínimos, excéntricos y concéntricos de la población. Antes de estrechar la mano de un nuevo conocido se sabía el color de su sindéresis; antes de oír en sociedad la argentina voz de hermosa adolescente que tímida se acercaba al piano para cantar una romanza, se decía que era hija de un calamar, ella tan fresca y vaporosa que parecía el fruto del desliz de una ondina con un triton. Tan preocupada estaba la mente con aquella zarandaja, que no se sentaba nadie á la mesa, ante una docena de ostras, siu pensar en qué parte de la costa habrían abierto los testáceos su boca bivalva para dar gritos subversivos en favor de Carlos VII; sin pretender adivinar los grados de comunismo teórico que tendría el Montilla con que las regaba. Ningun ciudadano podía fiarse ni de la camisa que llevaba puesta. Se daban casos de bochornosas apostasías políticas. Hubo pimiento federal que el año anterior era gorro frigio, y que por aquel tiempo apareció dentro de una lata, convertido en boina absolutista.

Habia caído la dinastía borbónica; la Torre se habia rendido á su gran pesadumbre; acababa de agostarse en flor la dinastía de Saboya; las mejores repúblicas estaban dando al traste con las ilusiones de los Paturots, y en todas las inteligencias, en todas las conciencias, en todos los lábios

brotaba el nombre del gran salvador, del hombre providencial que iba á hacernos felices, del *Moro Muza*, ente fantástico que se entraria por el litoral andaluz para meternos en caja, como á pueblo ingobernable. •

El árbol de la literatura producía bellotas en abundancia para el público que se andaba por las ramas, aplaudiendo en el teatro los chistes verdes robados á los franceses, y saboreando novelas áticas, publicadas en el folletin de periódicos populares, para acostarse bajo la impresion de un acontecimiento, mutilado por el implacable *Se Continuará*.

El amor... ¡Ah! el amor fué lo que contribuyó en primera línea á que yo liara el petate con rumbo á Italia. Filis se ponía insoportable. El lujo la ofuscaba; la sed de placeres la abrasaba. Hacia tiempo que el idilio de la guardilla pasara á la historia para no volver jamás. Habíamos entrado en pleno Renacimiento; fausto, ostentacion, vida, esplendor, olvido de las angustias sufridas en la oscura vivienda de la edad pasada; y como presidiendo á tan brillante fulgurar, mi *paganismo* llenándolo todo con sus despilfarros.

Una mañana me levanté de buen humor é hice la maleta. Despues me despedí de los políticos del café; me presenté al director del periódico en que escribia, diciéndole que queria ascender de gacetillero á corresponsal; luego arreglé mis asuntos pendientes, y á eso del anochecer escribí á Filis por el interior, noticiándole mi fuga.

Pasado algun tiempo supe que Filis me habia

hecho popular en Italia, entre los empleados de correos de aquella península. Cuando al cabo de un mes vió que el pájaro no volvía á la jaula, me escribió, con sobre, en esta forma:

Sr. D. Federico Moja y Bolívar,

en ITALIA
Odondesaye.

Entre los mejores servicios administrativos de los italianos puede figurar el de correos: tan bien montado está, que cuando una carta lleva por punto de destino algun pueblo ignorado, recorre todos los municipios hasta dar con él, y en caso negativo, queda en el depósito central para ser inutilizada. Como el *O donde se halle* de Filis tomó bajo su espontánea pluma tan rara forma, los empleados de correos pensaron que se trataba de un pueblo llamado *Odondesaye*; pero, desconociendo la provincia y circunscripción en que se enclavaba, optaron por enviar la carta de administración en administración y de estafeta en estafeta, hasta que, por último, fué á parar á Roma, viniendo de los casilleros de la central á mis manos, por feliz coincidencia. Mientras tanto, mi nombre se habia hecho célebre rodando por todos y cada uno de los pueblos de Italia, corroborándose en este caso el aserto de que las mujeres son las que elevan á los hombres.

II

Soy de los que prefieren viajar de dia para admirar las bellezas del país, evitando los inconvenientes de los viajes nocturnos. En ellos la vida es melancólica, la humanidad aparece subida de punto en cuanto á egoismo y grosería. Los compartimientos de los wagoes presentan un aspecto informe de bultos animados é inanimados á la siniestra luz del petróleo. Al rayar el dia, el espectáculo que ofrecen las señoras ajadas, estropeadas, con las ropas en desórden por las torturas del sueño incómodo, es desconsolador.

Pero no tuve en la presente ocasion otro remedio que viajar de noche. Ibamos juntos el gobernador de Albacete, *él y ella*, ó sea la eterna pareja, un profesor de matemáticas, un cirujano-dentista, un agricultor, un teniente de artillería y un individuo. A los cinco minutos de haber partido el tren en direccion á Cartagena, el gobernador habia hecho relaciones conmigo; los enamorados estrechaban la distancia que apenas separaba sus rostros; el profesor, el cirujano y el agricultor se engolfaban en gran discusion política, ciencia que no conocian sino de oidas, en vez de tratar de la *extraccion de raíces*, asunto comun á los tres, y que cada cual podia haber desarrollado bajo su punto de vista profesional. El artillero se asomaba de cuando en cuando á la ventanilla.

A las tres horas de algarabía, humo de cigarro, trepidación y estrépito, habiendo parado el tren en una estación, llegó el jefe á nuestro compartimiento con un telégrama para el gobernador, expedido en Madrid despues de la salida del tren. La primera autoridad civil de Albacete leyó el papel, no sin echar una mirada de soslayo á la tierna pareja, cada vez más compacta y heterogénea. Él moreno, ella rubia: él osado, ella ruborosa; él verbo activo, y ella, por lo que despues se columbró, participio de futuro.

Tornó á arrastrarse veloz el tren, y nosotros á nuestras interrumpidas conversaciones. El gobernador, de cuando en cuando miraba á la pareja con aspecto entre indagatorio y satisfecho, mientras que el artillero continuaba asomándose de cuando en cuando á la ventanilla como para hablar con algun viajero del próximo compartimiento.

El sueño nos fué venciendo á los profesores, al agricultor y á mí. En los ratos en que me despertaba, sobresaltado por las paradas del coche, noté confusamente que los enamorados reían y charlaban alegres, y que el gobernador no les quitaba ojo.

A eso del amancecer llegamos á Albacete. Lo mismo fué pararse el tren, que erguirse el gobernador, exhalando autoridad por todos sus poros. A mis ojos apareció trasfigurado. No era el congénere en la especie humana que departía poco há conmigo sobre materias terrenales, con mediano criterio; era la encarnación del orden, salvando la sociedad llevada al borde del abismo por la audacia de los criminales.

—¡Alto!—dijo á los enamorados con solemne entonacion.—Ustedes no pueden echar á andar sino en mi compañía. Esta señora tendrá la bondad de conformarse á pasar el dia en el gobierno civil de la provincia, separada de este caballero, hasta que la autoridad determine.

El caballero quiso protestar; pero en vano. En el telégrama espedido para el gobernador, se le mandaba detener á un jóven moreno y á una jóven rubia, que abandonan el hogar doméstico, impulsados por el amor, sin contar con la acquiescencia de sus respectivas familias. Se sospechaba que iban á Albacete, y que habian salido de Madrid en aquel tren.

El jóven moreno alegó en vano que se habia casado el dia ántes con aquella señorita, y salido de la capital con pleno consentimiento é inmensa satisfaccion de los parientes de ambos, cuyos nombres y domicilios en Madrid declaró, presentando además su propia documentacion y la de su jóven consorte.

El gobernador estuvo intransigente, irreductible, implacable. Temia que se malograra el efecto autoritario, concebido durante el trayecto; efecto artístico á que ningun gobernador de raza renuncia.

La jóven pareja, ó resignada, ó temerosa de chocar con la autoridad, se refugió en el rincon de la paciencia, obedeciendo, y esperando á que el telégrafo pusiera las cosas en claro. En aquellos momentos se suspendieron las caricias, las profundas miradas, los abrasadores suspiros. ¡Un dia

entero, el primero de la serie, separados! ¡Qué sarcasmo del destino!

La prensa de oposicion fué la encargada, dos ó tres dias despues del desaguizado, de afear la conducta del gobernador, pidiendo su separacion, la dimision del ministro que le nombrara, la caida del ministerio en que éste figuraba, y hasta el aniquilamiento del partido á que pertenecia el ministerio.

La cosa no era para ménos. El moreno y la rubia estaban casados legítimamente, á ciencia y conciencia de sus familias. Es cierto que habian desaparecido de Madrid otros jóvenes de idénticas señas á las que daba el telégrama; pero la policia encargada de su pesquisa perdió el rastro, equivocando los amantes con los dos recién casados que en la estacion central se habian hecho arrumacos delante de todo el mundo. En consecuencia, los señaló como prófugos del hogar y reos de amor ilegítimo.

Sólo al cabo de una semana se supo que los verdaderos prófugos eran el joven disfrazado de teniente de artilleria que se asomaba á la ventanilla á hablar con una joven, y esta joven que disfrazada de Hermana de la Caridad, iba en otro compartimiento para no infundir grandes sospechas.

Supongo que esta hazaña figurará en el expediente del gobernador como uno de los brillantes servicios prestados á la causa del orden y de la moralidad por nuestras primeras autoridades.

III

Pasé un día en Murcia, ciudad triste, á pesar de la hermosura de su cielo y del aspecto oriental de las huertas que la rodean.

La poca gente que transita por las calles se compone, en su mayoría, de obreros y campesinos.

Bien hechas, de airoso empaque, dotadas de magníficos ojos, andan las murcianas su camino sin objeto alguno que llame su atención, hartas ya de contemplar desde niñas las numerosas imágenes santas que decoran los muros de las casas.

Completa calma reina en el vecindario á las horas vespertinas, mientras los canónigos cantan en el coro de la desierta catedral gótica aquellas rutinarias salmodias, cuyas notas desafinadas, envueltas en las ondas sonoras del aire, van á estrellarse contra las molduras de las capillas.

Y por la noche, mientras que el Segura caudaloso murmura á lo largo del Malecón, adornado de glorietas abandonadas y cuadros de jardines solitarios, pocos son los amantes que pelan la pava en alguna calle sombría, entre los férreos arabescos de una reja alumbrada débilmente por la escasa luz del farol de respeto colocado ante el retablo mural de una Virgen olvidada.

Al otro día ví á Cartagena reparando á toda prisa el destrozo causado por los proyectiles cantonales á nombre de grandes principios vistos á través del odioso prisma engañoso de la ignorancia vanidosa.

FRANCIA.

I

Al poner el pié en el vapor *Ajaccio*, de escala en Cartagena, perteneciente á una línea de transportes establecida entre Marsella y Oran, me consideré en territorio francés. Apenas zarpó el buque con rumbo á Marsella, cuando empecé á sentir los efectos del mareo, con gran desdoro de mi origen marítimo. Los que primero se burlaban de mi debilidad fueron sucumbiendo poco á poco; que el maldito golfo de Lion tiene por tributarios á cuantos surcan sus revueltas aguas. Al compás de nuestras angustias, una turba de zuavos procedentes de la Argelia, saltaba sobre cubierta, acompañada de la horrible música de la charanga.

Llegada la noche, tuve la fortuna de hallarme con dos compatriotas, tenor el uno de reputacion, establecido en Milan, é ingeniero el otro en el puerto de Cartagena.

Simultánea á esta fortuna, tuve la desgracia de atraerme el odio del médico del vapor. Estábamos á la mesa *pro formula*, porque ningun pasajero tenia apetito; así es que la conversacion se hizo

pronto general. Notando yo que el médico tenía acento italiano, y suponiendo que de ser italiano procedería de algun importante centro marítimo próximo á Francia, le pregunté si era genovés. Una mirada preñada de rencores, unida á un *¡soy pisano!* dicho con airada entonacion, me probó que aun permanecia oculto bajo las cenizas de los siglos y de la civilizacion moderna el fuego que la discordia atizara en las antiguas repúblicas de Pisa y Génova.

Calléme por prudencia, temeroso de que al darme algun lenitivo para el mareo, me propinara una pócima. Levantados los manteles y las cuadrículas de cordelete alzadas sobre estos para sujetar vasos y botellas, subimos á popa el tenor, el ingeniero y yo.

Al fin de la filosófica plática que la soledad nocturna y el brillo de las estrellas nos inspiraron; allí, sobre aquella frágil cáscara sacudida por las olas, formamos el misterioso triángulo que une á hermanos desconocidos de una gran familia extendida por el mundo para realizar el bien. Nos habíamos reconocido. Algunos lectores no comprenderán la vaguedad con que me expreso; otros estarán ya al cabo de la calle.

El dia siguiente trascurrió entre amargas torturas y desesperadas interjecciones, producidas y arrancadas por el mal de mar. Al tercero, horas antes de desembarcar, ya á la vista de Marsella, bajamos á la cámara los pasajeros, con intencion de almorzar. Se habló del poder de los génios, tocándole el turno á Cristóbal Colon. Enfurecido el

médico pisano por el cúmulo de alabanzas que de todos los lábios salieron en loor del ilustre genovés, iba á levantarse con enojo de la mesa, cuando yo, que hasta entonces habia callado, temeroso de alguna inconveniencia, dije que Colon no era genovés sino español; que España miraba como su gloria la gloria de Colon; que despues de todo, no era tan maravilloso el haber dado con la América, como lo prueba la anécdota del huevo; y por último, que el Nuevo Mundo lleva el nombre de Américo Vespucio, sin duda porque el de Colon era feo para tan bellas regiones! ¡La historia me perdone!

A medida que desarrollaba yo los puntos de mi disparatado discurso, se desarrugaba el ceño del pisano, iluminándose despues con los fulgores de una alegría que no le cabia en el cuerpo. Cuando acabé, acabado tambien el almuerzo, nos alzamos los pasajeros, y el médico me llamó aparte, separándonos ambos del grupo.

—Estoy sumamente satisfecho de haberle oido, —me dijo,—y en prueba de la amistad que por usted siento, voy á darle un remedio infalible contra el mareo.

—¿Cuál?—le pregunté ansioso.

—Que no se embarque Vd. jamás.

Le dí las gracias por el interés que se tomaba por mí, comprendiendo que aquel hombre no sería nunca amigo mio, ni me perdonaria el haberle tomado por genovés, á pesar de los despropósitos que dije en contra de Colon.

II

Estamos en Marsella.

La Cannebiere, con sus largas aceras de lujosos cafés; los dos puertos, semejantes á dos bosques de palos y járcias; la Plaza Castellane, en cuyo centro se levanta colosal obelisco; la Plaza de San Miguel, con su grandiosa fuente; la casa de Ayuntamiento, el Gobierno Civil, la Audiencia, la Bolsa y el Museo; calle, puertos, plazas y edificios que el viajero apresurado ha de ver por pocas horas que se detenga en la poblacion: muchas iglesias, entre las que predominan la catedral, con estilo de basílica bizántica, coronada de cúpulas; y Nuestra Señora de la Guardia, capilla nueva, romano bizantina, construida en la colina de su nombre: paseos animados, largas calles en que el tráfico alborota, faros elevados, dársenas atestadas de buques: tales son los principales elementos que, unidos con otros secundarios y que la rápida mirada del transeunte no puede abarcar en poco tiempo, componen el primer puerto de la gran nacion francesa.

Desde la colina de Nuestra Señora de la Guardia ofrece Marsella, con sus amenos alrededores poblados de quintas, un magnífico punto de vista. Se ve la Ciudad Vieja, atravesada por la calle de la República, abundando aún en callejas estrechas, angulosas y en cuesta, formadas por casuchas an-

tiguas; al par que la *Ciudad Nueva* se compone de rectas calles con espaciosas aceras. Ambos barrios afectaban ántes la forma de una herradura, cuyas extremidades daban al puerto. Construcciones modernas han modificado la línea hácia el N. O. de la poblacion.

La prudencia aconseja no aventurar juicios sobre pueblos que el viandante apenas tiene tiempo de abarcar en conjunto cuando se detiene poco en ellos; viéndose obligado á prescindir del estudio que lo característico reclama, si se ha de proceder con conocimiento de causa.

No obstante, de Marsella puede afirmar cualquiera que sólo haya pasado tres dias en su seno, lo que se observa en los grandes puertos de mar, en esas ciudades abiertas al tráfico de la universalidad de las gentes, y es que tienen doble faz; la particular para sus habitantes, la general para el resto. Asimismo tienen costumbres propias del país, y costumbres propias á otros países; una literatura, ciertos espectáculos, determinadas manifestaciones de la vida pública, que les son peculiares, alternando con otras formas de vitalidad, que sirven de pasto al gusto grosero de los que por temporadas arriban á sus muelles.

Pasados dos ó tres dias en dicho punto, salí una mañana para Vintimille, primer pueblo italiano de la frontera. El litoral es de bellissimo aspecto, principalmente desde Canas. La soledad de aquella costa es tan interesante hácia las orillas del mar, que atrae el espíritu, dulcificando la sobreescitacion de los temperamentos fuertes. Alborea en

el alma la luz de la poesía; se sienten brotar los capullos de la flor del sentimiento. Es violento el contraste que presentan la pobreza de los indígenas con el lujo de los viajeros distinguidos que afluyen á aquellos sitios. Los ojos se van tras las elegantes mujeres que en cada estacion abandonan el coche, siguiendo despues con melancólica mirada á los pobres marineros que van perdiéndose de vista en la playa encantadora, donde mueren cristalinas ondas suaves, bordadas de blanca espuma, en largas extensiones de curvaturas imperceptibles.

ITALIA.

I

Hechas en Ventimille las operaciones de cambio de moneda, la comida, facturación de equipaje, etc., etc., partí al anochecer para San Remo, (cuestión de poco tiempo) acompañado de una familia inglesa, compuesta de padre, madre y dos hijas. El padre pertenecía á la rama alta del árbol genealógico de la pérfida Albion. Sabido es que no hay sino dos clases de ingleses, altos y bajos; delgados los primeros, rechonchos los segundos, rúbios todos como unas candelas.

La madre y las dos hijas... Pero ántes debo clasificar á las inglesas.

Aquellas que tienen la costumbre de abandonar sus frios hogares para hacer una excursion por los países en que domina la raza latina, pueden ser comprendidas en tres categorías.

- 1.^a Angeles patudos.
- 2.^a Hombres afeitados y vestidos de mujer.
- 3.^a Demonios.

Componen el coro celestial las inglesas jóvenes, de rubia y abundante cabellera, suelta ó atada;

de rostro agraciado, fino, espiritual; de talle esbelto, trage elegante y pié descomunal, prisionero en un calzado... ¡cómo diré? de forma antipática.

En las cohortes de la segunda categoría se alistan la mayor parte de las inglesas, jóvenes ó de edad madura, de pelo rúbio ó castaño, de cara expresiva ó vulgar, de talle ligero ó abultado, de trage distinguido ó mal cortado; pero en cuyo conjunto no hallamos un ejemplar del bello sexo, y cuyo pié descomunal sufre la cárcel de un calzado... ¡cómo diré? de forma antipática.

En la legion de las demonios se revuelven esos innominados abortos de la raza sajona, mezcla de monas, trasgos, apariciones de sueños intranquilos, sombras chinescas, desvarios de fantásticos caricaturistas, tentaciones de San Antonio, imágenes de cerebro dislocado, habitantes del planeta absurdo; prolongaciones y achatamientos de figuras humanas que surgen en las superficies cóncavas ó convexas de un cuerpo brillante; entes imposibles á quienes se llama señoras porque llevan tirabuzones, se cubren con ropas femeninas y muestran su pié descomunal condenado á las mazmorras de un calzado... ¡cómo diré? de forma antipática.

No hay clasificacion más á propósito para comprender á tan andariegas hembras, porque tampoco hay en la especie los productos intermedios que ocasionan las divisiones y subdivisiones de la ciencia. Tratándose de inglesas que viajan por Francia, España, Portugal ó Italia, no se ven más

que ángeles patudos, hombres afeitados y vestidos de mujer, ó demonios.

Por ser de noche no tuve ocasion de verlas el pié; por hallarlas ya sentadas en el wagon, tampoco me fué posible enterarme de su talle; pero del exámen de sus rostros puede colocar á la mamá entre la legion demoniaca, y á las niñas entre los coros angélicos, más espiritual aun la menor que la mayor.

Sea por pereza, ó por falta de trato con los ingleses de Inglaterra, y con los de España (que, segun dicen, son más pérfidos que los insulares) el caso es que estoy poco fuerte en inglés, aunque en francés ya puedo entenderme con cualquier extranjero que le chapurre.

A pesar de que los ingleses no son muy comunicativos, capitularon los del wagon conmigo, á causa de un ligero servicio que pude prestarles. Entablé conversacion francesa con la primogénita, ilustrada aquella con innumerables barbarismos. La pobre muchacha era literata platónica; amaba ardientemente á los poetas líricos que caian en sus manos, contentándose con adorar el retrato y la memoria de los muertos, cuando no podia colocar á réditos en un *texto vivo* los tesoros de amor que su vírgen pecho encerraba.

Viajaba por Italia solamente para visitar los sitios en que moró el infortunado cuanto célebre Shelley. Su padre la acompañaba gustoso, considerando de buen tono un viaje por el país del arte. Su madre tenia el capricho de ver al Papa y á Garibaldi por sus propios ojos, no como los pintan

las literaturas neo-católica y revolucionaria. La pequeña no tenía voz ni voto en las decisiones de familia. Era dueña, sí, de una magnífica cabellera dorada, estendida en suaves ondas por la estrecha espalda: cabellera prima hermana de la de Absalon, y en la cual se enredaban las miradas de los hombres. Si yo fuera silfo, habría vagado sobre las ondas doradas de la cabellera, é inspirado en aquella cabecita de quince años ideas de amor, fugaces como ráfagas de aire, y deseos arrebatadores como los remolinos de viento que juegan con las hojas secas de los árboles,

¿Quién es Shelley, el último amorío de la romántica primogénita? Shelley es rival afortunado de Byron en la historia literaria; su amigo íntimo en el destierro; el que en el poema de la *Reina Mab* le sujirió la gran escena de la tragedia *Cain*. Un sublime poeta melancólico, desesperado, jefe de la moderna escuela lírica en Inglaterra, cuya gloria es la razón inversa del autor del *Don Juan*; astro brillante que magestuoso se encamina á su apogeo, mientras la fama del célebre lord se oculta en los ponientes de la crítica. Aristócrata de nacimiento, demócrata de corazón; cordero en las intenciones, leon en los arranques contra la tiranía; dotado de una inteligencia preocupada con la felicidad de la humanidad, y siguiendo una conducta que hacia la desgracia de sus deudos y amadas, reunió en sí los opuestos efectos y condiciones que constituyen la forma de lo original, de lo grandioso, que es el contraste.

¿Qué podía esperar la inocente doncella inglesa

de un grande hombre muerto? Si era espiritista, que no se lo pregunté, la dicha de ver á su amado en otra encarnacion, ó en los espacios durante el período de la erraticidad. Mas ¡ay! que en las sucesivas encarnaciones sufren, segun la teología espiritista, aquellos séres incarnados que tienen intuicion de sus pasadas existencias; por lo que la vida errática en el éter, en vez de consuelo, seria para la enamorada una vida de penas, suponiendo que los celos atormentaran su atribulado espíritu. Veria como expiacion de sus relaciones preternaturales las sombras de las mujeres que amaron á Shelley, la de su prima Harriett Grove, su primer amor en la pubertad; la de Harriet Westbrook, con la que se fugó á Escocia y se casó; la de Mary Godwin, que le acompañó en sus excursiones por el Continente y fué su segunda esposa.

¿Qué clase de impulsos determinaron á la inglesa á apasionarse de un nombre? Dos: la reaccion literaria verificada en estos últimos tiempos para sacar de la oscuridad injusta en que yacía la reputacion de Shelley, con perjuicio de la de Byron, y la historia de los infortunios de aquél, coloreada con ese matiz que el sentimiento femenino da á las cosas. Los infortunios, en efecto, son grandes, y contrapuestos, como todo lo que se referia al ilustre poeta. No parece sino que, como castigo á haber causado la muerte violenta de su primera mujer, la cual se arrojó al lago de Green Park, devorada por los celos y el dolor, al saber que su marido tenia otra compañera, el desgraciado vate

murió ahogado en una tempestad de la costa italiana del Mediterráneo. Más aún; el barco en que navegaba, de su propiedad, se llamaba *Don Juan*, como si él debiera espiar también la involuntaria falta de eclipsar con su brillo el brillo de Byron, que resplandecerá siempre.

La familia inglesa pensaba dirigirse á Viareggio, uno de los bellos puertos de Italia. Allí hubo que quemar el cadáver de Shelley, cuyas cenizas fueron trasladadas á Roma.

En pláticas referentes á estos temas se nos pasó el tiempo. La conversacion, aunque mutilada á cada paso por las dificultades del lenguaje, siguió su accidentado curso á través de la triste vida de un poeta que murió á los veintinueve años, cuando ya era inmortal. La noche con sus sombras le daba encanto romántico; la amarilla luz del wagon suplía á los blandones en honor del difunto; la jóven sonreía tristemente al hablar de su entusiasmo literario por Shelley; los padres optaron por callar; la niña, atendiendo unas veces al diálogo, distraida otras, era la nota vigorosa de alegre vitalidad en aquel recinto de momias animadas y de enamorados de lo imposible, presidido por el fantasma de un muerto.

Llegamos á San Remo, donde me quedé á pernoctar, y los ingleses prosiguieron su ruta, sumiéndose el tren en el oscuro espacio. Llevaba yo, como estereotipados en la fantasía, la periferia abdominal del padre, las caprichosas muecas de la cara de la madre, la sonrisa triste de la hija mayor, y los dorados reflejos de la cabellera de la me-

nor. Al día siguiente, la nueva luz, el aire fresco matinal, trataron de borrar con otras impresiones aquellos contornos y colores. Pasé el día en viaje hacia Génova, sin que ocurriera suceso digno de publicidad.

II

VISTAZO A GÉNOVA.

Para conocer, aunque ligeramente, una gran poblacion, lo primero que debe hacerse es mirar el plano, lo segundo echar á andar, lo tercero suele ser el perderse á la primera dificultad que se presenta. Yo estoy por la filosofía positiva en eso de orientarme: doy por verdad lo que conozco, y conozco lo que me entra por los sentidos. Los mapas no suelen entrarme por los sentidos, sino por la imaginacion; así es que al explicar sus minúsculas indicaciones me confundo en gordo.

Regularmente, busco en las poblaciones la arteria principal, cercana á mi domicilio, para poder aventurarme y llegar al centro. Desde el centro opero en terreno conocido, ensanchando el círculo de mis maniobras hasta que doy en los barrios extremos. A los barrios extremos me traslado, despues de conocidos, en ómnibus destinados al efecto, donde los hay. No voy en coche, porque no á todos los literatos es permitido viajar á lo príncipe; si hay algun príncipe literato como Don

Miguel Agustin, de grata memoria, no suele ser la fortuna pródiga en demasía con él.

Las fotografías de los edificios públicos, manifiestas en los escaparates, ayudan mucho á la orientacion, así como el talento intuitivo, aunque no vale tanto como el pregunton. El que tiene lengua á Roma llega, dice el proverbio. Con el talento de intuicion suele acontecer que se da un rodeo inmenso para buscar el sitio colocado á espaldas del individuo. En vez de recorrer toda la circunferencia, ó toda la elipse, ó todo el polígono, regular ó irregular, basta con girar sobre los talones. Desconfía siempre, oh lector, de tu talento intuitivo.

* * *

Con razon es llamada Génova *la monumental*. Desde el faro situado á la derecha, hasta el muelle viejo, situado á la izquierda, se extiende el puerto sobre el que se alza la ciudad en vasto anfiteatro coronado por verdes colinas sembradas de casas.

Tiene calles espaciosas, formadas de grandes edificios modernos, distinguiéndose entre ellas la *Via Nuova*, compuesta de grandes palacios, fabricados á datar del Renacimiento hasta nuestros dias, decorados al interior por el pincel de célebres maestros, con ricos objetos de arte algunos, y otros sirviendo de custodia á interesantes bi-

bliotecas. En sus numerosas y extensas plazas se elevan importantes construcciones, sobresaliendo en la plaza Nueva el Palacio Ducal, empezado en el siglo trece, ampliado en el catorce, reconstruido en el diez y seis, renovada toda la fachada en el pasado, que sirvió de residencia á los augustos dux de la República genovesa, y hoy sirve para varias dependencias del Estado. En la plaza de San Lorenzo campea la catedral (*Il Duomo*), en cuya elegante fachada armonizan el estilo bizantino, el italiano de la Edad Media y el griego moderno, contribuyendo á su grandeza. En la Omónima están la iglesia de la Anunciacion, con magnífico átrio jónico, y el teatro Carlo Felice, con extenso átrio dórico. En la plaza del Agua Verde domina un soberbio monumento de mármol á Cristóbal Colon. Enfrente de la estatua se halla el palacio de Colon con este letrero: "*Cristoforo Colombo scopre l'America.*" Si el médico pisano del vapor *Ajaccio* hubiera andado por allí, despues de pasarle por delante del monumento, habria tenido yo singular placer en llevarle junto al Arsenal de Marina, para que en la fachada de una casa contemplase otra estatua de Colon con el siguiente dístico:

*"Dissi, volle, il creai: ecco un Secondo
Sorgere, nuovo dall' onde ignoto mondo."*

Por doquier se ven muestras del antiguo poderío de Génova, lo mismo que de la importancia actual, en sus obras arquitectónicas. El gusto gó-

tico predominante en ellas hasta mediados del siglo xv fué desapareciendo posteriormente ante los estilos modernos, más á propósito para la extension proporcionada que requieren las construcciones civiles, si bien ménos idóneos para las religiosas.

Los paseos y jardines son bellos y espaciosos; vários los teatros de primera magnitud; y léjos de la animada ciudad de los vivos, á dos millas de distancia, la silenciosa ciudad de los muertos, la necrópolis magna, construida en el segundo tercio de este siglo, con doscientas arcadas de piedra verde, é innumerables monumentos marmóreos.

La Bolsa es una vasta sala en forma de paralelógramo, cuyo techo arqueado está sostenido por 16 columnas dóricas de mármol. En el centro de ella se eleva una estatua del conde Cavour, debida al cincel de Vela. El gran político está sentado sobre una butaca, en actitud familiar y abandonada. Estiende la pierna izquierda, de modo que parece amenazar con la punta de la bota á la turba multa de bolsistas y agentes que hablan en corrillos dentro del local, produciendo un ruido como el zumbido de colosal colmena. En aquel sitio, bien puede prescindirse de etiquetas, siendo génio: lo mismo haria yo á ser otro conde de Cavour, con la mayor cantidad posible de Cavour, y la menor cantidad posible de conde. Digo en aquel sitio, porque la banca no es de mi devocion. Todo lo que me gusta el comerciante franco, me disgusta el agiotista astuto. El ágio es al tráfico lo que el estoque al sable, lo que el tigre al leon,

lo que el jesuita al apóstol, lo que el sutil aire al del Guadarrama á los fuertes vientos del Océano. Sé que es necesario en el concierto del mundo; pero le tengo prevencion como á tantas otras cosas necesarias en el mundano concierto, aunque estén manejadas por personas respetables.



El movimiento del puerto es constante, bullicioso, complicado. De la aduana á la dársena se extiende un orden de anchos pórticos á lo largo de un muelle de 400 metros, centro de embarque y desembarque de mercancías aportadas ó con destino á un crecido número de buques de vela y de vapor, cuyos palos parece que se cruzan en el espacio, formando un telar inmenso.

Claro es que en un punto comercial de la importancia de Génova, las diversas ramificaciones de la vía pública han de tender á afluir á grandes calles que se dirijan al muelle. Así sucede, mas lo accidentado del terreno sobre que está construida la ciudad y las varias trasformaciones que esta ha sufrido en el decurso de su larga historia, son causa de que en determinados centros de actividad haya un enredo de calles chicas y grandes, anchas y estrechas, tortuosas y rectas, llanas y en cuesta, que le dan característico aspecto. Por detrás de los pórticos del muelle corre el ferro-carril ante las casas de la calle de Carlos Alberto, trasportando sin cesar mercancías y alborotando el vecindario. Tal vida comercial impide fijarse y estudiar la

gente, sobre todo la mujer, que es la que principalmente llama la atención del hombre. Génova, como Nápoles, tiene mucho de nuestras ciudades. Una dama española resumía sus impresiones napolitanas diciendo á un grupo de compatriotas: «nada, nada, señores: en Nápoles todo es lo mismo que en España; hasta las escobas.» Confieso que mis observaciones no han rastreado tanto. Mucho se parece Nápoles á algunas partes de España, pero la gente de allá no es tan parecida á nosotros como lo es la gente genovesa.

Lo primero que aquí choca al español es ver la mantilla, y entre las que llevan mantilla una numerosa colección de mujeres que la usan blanca, de trasparente linon. De estas mujeres, tocadas tan inocentemente, la mayoría son viejas que forman estupendo contraste con las que despues vi en Nápoles, donde la vejez emperegilada llega desde el absurdo hasta la repugnancia. Estas viejecitas de Génova, con su velo blanco y su modesto continente, se me figuran predestinadas á gozar de la bienaventuranza en el paraíso celestial, al paso que las de Nápoles me traen á la memoria las pinturas de ciertos autores en que lo cómico, lo grotesco, lo terrible, lo imposible se aunan para formar composiciones alegóricas de las penas eternas. Las unas me parecen las viejas del cielo, las otras las brujas del Averno.

Ni el tráfico peculiar á las ciudades que trabajan me ha impedido en absoluto fijarme en el bello sexo, ni yo me hubiera dejado soplar las damas así como así. He visto, pues, la raza genovesa

femenina entre la gente plebeya, que suele ser la encargada de perpetuar los tipos, aunque me parece impolítico sacar á plaza mis instintos populares. Ahora, sobre todo, que los demócratas necesitamos aparecer como muy conservadores para inspirar confianza al país, volviéndonos hombres de gobierno, no ocultaré, en general, que las clases del pueblo son las únicas que suministran materia de estudio en cuestion de razas; y en particular, que la genovesa es rubia, por lo comun, de buena estampa, facciones entrefinas, y más que de regular estatura.

* * *

Bien entrada la noche, apenas hay transeuntes por las calles de Génova. En algunas encrucijadas de barrios pobres pulula un enjambre de marineros y vendedores, á primera hora nocturna, que despues se desbanda. Los dias festivos se oyen por los barrios apartados, á dicha hora, cantos de marinos, compuestos de modo que se destaquen por grupos las voces de triples, tenores, barítonos y bajos, para agruparse despues en coro general. Costumbre que tambien hay en Venecia, donde los cantos son superiores en melodía y ritmo á los de Génova.

Contemplado el puerto desde alguna altura, cuando el sol se ha sepultado por completo en el mar, aparece un inmenso espacio con puntos luminosos, como si quisiera competir con el tacho-

III

APUNTES FILOLÓGICOS.

En el camino de Génova á Florencia, mientras pasábamos los alrededores de la monumental ciudad, llenos de quintas cuyas casas ostentan en su mayoría pinturas murales que recrean la vista del transeunte, comencé un curso de italiano, teniendo por maestras á unas señoritas que viajaban acompañadas de un señor mayor, padre, tío ó tutor de alguna de ellas. Ibamos en el compartimiento ellas dos (Sara y Righetta), el viejo acompañante y yo, próximos á una ventanilla; cercanos á la otra, un clérigo y un caballereite, de los que por ahora prescindo.

Entonces no estaba yo muy fuerte en italiano, pero aportaba grandes elementos para la posesion de la hermosa lengua.

1.º Tres años dedicados al estudio del latin, que es como el abuelo de los idiomas de la raza latina.

2.º Conocimiento del francés, hermano del italiano.

3.º Conocimiento y manejo del castellano, primo del italiano.

4.º Un caudal de palabras aprendidas en los libretos de ópera.

5.º Una série de giros, versos, etc., que desde Italia han dado la vuelta por el mundo civilizado, tales como *per troppo variare natura e bella, non raggioniam di lor ma guarda e passa, il dolce far niente, anch'io sonno pittore, lasciate ogni speranza, piano piano si va lontano, e pur si muove, acqua corde*, y otras frases aprendidas en el estilo periodístico del día, que van entrando en la categoría de lo cursi.

6.º El vocabulario músico, cuyo tecnicismo es italiano, y cae bajo el dominio de toda persona de mediana educacion.

7.º Mis relaciones amorosas, sostenidas con una segunda tiple en *ini*, la cual se empeñaba en hablar español por adularme, al mismo tiempo que yo me empeñaba en hablar italiano por galantería hácia ella. Resultado de nuestros conatos de conversacion fué que cuando ella hablaba español lo hacia tan mal que yo no lo entendia; y cuando hablaba yo italiano lo hacia tan endiabladamente que no lo entendia ella; por lo cual determinamos hablar cada uno en su lengua; de modo que cuando ella hablaba italiano lo hacia tan bien que no lo comprendia yo, y cuando yo hablaba español me las componia tan perfectamente que ella se quedaba en ayunas. Sin embargo, nuestros ejercicios lingüísticos sirvieron de algo.

8.º La lectura, aunque incompleta, de algunos poetas clásicos italianos.

9.º El *Manual de la conversacion*, hispano-italiano, que dejé olvidado en el comedor de la fonda de Ventimille, primer pueblo fronterizo.

Así pertrechado, y haciendo uso de una admirable prudencia que no me cansaré de recomendar á los principiantes, pude entender la conversacion de Sara y Righetta, sonreirme al oír sus lijerezas y aventurar alguna palabrilla para no hacer un papel ridículo.

—¿Es usted piamontés?—me dijo Sara.

—No, señorita.

—¿Siciliano?—preguntó Righetta.

—Soy español,—contesté entre ufano y acobardado.

—¡Ah, español!—exclamaron las dos á una.

Luego se enredó la conversacion en esta forma, dialogando cualquiera de ellas conmigo.

—Pues habla Vd. muy bien el italiano.

—Es la primera vez que lo hago. Como no digo más que palabras sueltas, de las parecidas al español, creen Vds. que sé italiano.

—Ambas lenguas son de la familia.

—Sí, me parece que Vds. han pronunciado gran número de palabras castellanas.

—¿En italiano?

—Justo, en italiano.

—¿Cuáles son, si Vd. las recuerda?

—Diré algunas. Pepe, guarda, burro, piano, caldo, tasca, loro, fiero, capo, fino, lado, pesca, seta, zurro, gota, bramo, labro, prenda, y otras muchas.

—De modo que si con ellas se compone un pár-

rafo, ó mejor un telegrama de esos en que se suprimen preposiciones, artículos, conjunciones y demás partes menudas de la oracion, ¿resultará igual sentido en italiano que en español?

—Sospecho que no; hagamos la prueba.

Acto continuo tomé papel y lapiz para escribir lo siguiente:

„Bramo Pepe burro fino seda piano tasca loro fiero caldo.“

—¿Qué querrá decir esto en italiano?

—Suponiendo que es un telégrama, modelo de concision, viene á decir: Me gusta la pimienta con la manteca suave como la seda, y los que van á la feria deben llevarla con cuidado en el bolsillo porque hace calor.

—Ahora bien; ¿cómo es en español?

—En español, señoritas, —dije yo prorrumpiendo en una carcajada, —en español es así: Bramo de ver á Pepe con el burro fino como la seda, de que lleve el piano á la tasca del loro, y de que dé caldo á la fiero.

—¿Y aún dirán que ambas lenguas son hermanas! —exclamaron las jóvenes, —riéndose á mandíbula batiente.

—¿Qué parte de la gramática italiana es la que ofrece más dificultades? —pregunté yo, continuando la plática.

—Como en casi todas las lenguas de que tengo noticia, la sintáxis; y de las partes de la oracion los verbos irregulares, —replicó Sara.

—Tambien los regulares son difíciles, v. gr.: Primera conjugacion, *amar*: presente, *yo amo*. ¡A

quién? Esta es la primera dificultad, porque si amo á Sara no puedo amar á Righetta, por más que me parezca muy regular amar á ambas.

—Para que el verbo no resulte irregular, amando á dos á un tiempo, lo mejor es que no ame Vd. á ninguna.

—Me convertiré en participio de pasado, calabaceado.

Aquí llegábamos en nuestro entretenimiento, cuando veo rebullirse en el fondo del lado opuesto la robusta humanidad de un clérigo vestido de paisano que se dirige á mí. Acababa de parar el tren en no sé qué punto, y el clérigo, que á causa del ruido de los coches no habia oido nuestra conversacion, ó á causa de su torpeza no habia comprendido que yo era español, aprovechó un rato de silencio para decirme estas palabras, mirándome fijamente:

—*Quæ statio est hæc?*

Percibidas al oido, sin ver la forma de las voces, creí que se habia descolgado entre nosotros uno de aquellos pajarracos que hablan un idioma ornitológico en las *Nubes* de Aristófanes. El *cuestacios tec* del clérigo se parecia mucho al *be ke ke coax* de los pájaros griegos.

Sorprendido al pronto, luego comprendí que me hablaban en latin bárbaro, preguntándome el nombre de la estacion, aunque mejor hubiera sido decir en clásico: *¡Ubinam gentium sumus?* ó en castellano pedestre: *¿en qué país vivimos?*

El pobre clérigo era de los que creen que sabiendo latin de romance se puede viajar por

do quier, cuando, en realidad, no sirve dicho lenguaje más que para echarse á revolver los infólios de ciertos escritores de la Edad Media y principios de la moderna.

Su sistema era el de *Mocosuena*; en vez de construir en latin, construia á la española, usando de las palabras en cualquiera de sus acepciones.

A pesar de todo, el sacerdote poseia una instruccion nada comun entre los de su género. Sabia leer en todos los misales, conocia la *Moral* del Padre Lárraga, llamado entre los volterianos de seminario (tambien los hay) el Padre Paco; negaba que hubiese existido el cisma de Occidente; ponia una cruz al principio de las cartas que él mismo escribia y cerraba. Se afeitaba todos los dias por su propia mano, gastando alzacuello siempre, de modo que, además de inspirar confianza, á cualquier hora podia sentarse á la mesa de la más encopetada fanática. Lo mismo que el siervo á la gleba, el conservador al negocio, la ostra á la roca y la envidia al mérito, él estaba adscrito á una ilustre familia católico apostólico-romana, compuesta de respetables abuelos, hipócritos padres y voluntariosos hijos, en la que ejercia las funciones de capellan, correveidile de los abuelas, adulador de los padres, ayo de los hijos, y señor de los criados; unas veces Supremo Consejo de Estado en los asuntos familiares, otras doméstico acompañante, como en la ocasion en que le conocemos.

Se trataba nada ménos que de servir de egida y director sacro-artístico-económico al vástago de

la ilustre familia, heredero de sus millones y vanidades; al pollo escueto que iba con él en el wagon, vestido con traje de fantasía, ajustado á las últimas prescripciones de la moda parisiense, un tanto relajadas por el exagerado gusto del elegante. Nada habia que pedir al corte de su pelo, dividido en la mitad del cráneo por una raya firme que separaba á derecha y á izquierda las mutiladas crenchas que cubrian las sienes y la frente. Todo lo que el bozo tenia de indeciso, tenia de osada la nuez laríngea del muchacho cuyo alfiler de cuello radiaba como los gemelos de los puños y la cadena del reloj. Ni una arruga en su traje, ni una maca en su pintada camisa, ni un rayo de luz en su fisonomía vulgar.

Al ver que invité al ayo á dejar para otros avezados ingenios el manejo del latin macarrónico, explicándose en castellano liso, como yo lo hacia, puesto que éramos españoles, se determinó á meter baza en la conversacion, hablándome en jerga sietemesina, y mirando fátuamente á las jóvenes italianas que no le entendian gran cosa, por más que se sacaba á cada minuto los puños de la camisa, con ese impertinente ademan propio de las gentes de su calaña. Habia aprendido francés en las revistas de *La Epoca* é italiano entre los bastidores del Real.

Al oírle, me preguntó Sara con voz sumisa:

—¿Son españoles estos caballeros?

—Lo son. El mayor es un clérigo feudal que sirve de ayo al menor, heredero de una gran fortuna. Este es uno de esos tipos que nosotros llama-

mos sietemesinos, la nata y flor de la insustanciabilidad, la última palabra del credo antropológico, especie de eslabon entre el hombre moderno y el Adan darviniano.

—Y eso ¿qué es?—replicó Righetta.

—Darwin es un santo padre de la Iglesia naturalista, el cual sostiene que Adan y Eva no fueron un hombre y una mujer, sino un mono que mordía las frutas que una mona le arrojaba en el Paraíso terrenal. Sospechando el ilustre vástago que hablábamos de él, cortó el cuchicheo, dirigiéndose en italiano á las jóvenes:

—*Siamo nel bel paese de l'arte, signorine.*

—*Quale vi piace piú, tra le artisti?*—le dijeron ellas por decir algo.

—*Frascuelo e il piú affamato di tutti,*—contestó muy satisfecho.

No pudiendo contenerse soltaron las señoritas el trapo á reir, pues el sietemesino habia dicho que Frascuelo era el más hambriento de los artistas, en vez de decir el más célebre.

Percances del *mocosuena*. El mono quedó corrido como una antepasada suya, sin que el ayo supiera sacarle del atolladero, ni aprovechar el suceso para darle una leccion de mundo y de italiano. Hay familias católicas, sobre todo en España, que se figuran la Italia bajo la forma de una inmensa tiara, en vez de ver una bota gigantesca que acaba de dar el gran puntapié al espantajo de los siglos medios. Así es que no se les ocurre mejor compañía para viajar por que Italia la del cura, como si el Vaticano empezara en los Alpes y concluyera en Sicilia.

IV

QUINTA ESENCIA DE CONSTITUCIONALISMO.

La circunstancia de haber tenido que detenernos en Stradella largo rato, no sé por qué causa, trae á mi mente el nombre de Depretis, presidente del Consejo de ministros italiano, cuando escribo estas líneas. El manifiesto de Stradella, programa de gobierno leído por Depretis en el pueblo de su nacimiento, puede considerarse como el programa de la revolucion pacífica operada en Italia por el solo hecho de ser llamado Depretis, jefe de la minoría parlamentaria, á regir el país, despues de haber sido derrotada la mayoría en una votacion, y con ella el gobierno moderado.

Cuatro principales partidos políticos hay en la Península italiana, dos teóricos y dos prácticos. El primer partido teórico es el clerical, que sueña con el poder temporal del Papa, y aun algunos de sus miembros, si no todos, con el *Primado* de Gioberti. El segundo es el republicano. De entre los prácticos monárquicos, se disputan

el poder moderados y radicales. Los moderados son conocidos bajo la denominacion de la *consorteria*, y trabajan *pro domo sua*, como nuestros conservadores. Los radicales, como su nombre indica, componen el partido más avanzado dentro de la monarquía liberal, y fueron llamados al poder por la circunstancia supradicha.

Depretis, como político, es como un republicano forrado de progresista; Pi Margall y Calvo Asensio fundidos en una pieza, atemperándose y alentándose recíprocamente. Hombre de intachable conducta, recto saber, elevada palabra, y pocas necesidades. Ocupando el primer puesto del Gobierno, no gasta más que un criado, ó mejor dicho, una, y hablando en rigor de servicios, media criada, pues la que tiene es de edad pro-
vecta.

Esta media criada le prepara todos los dias medio pollo cocido, y este medio pollo es el que dirige los destinos de la Italia una, segun los materialistas, porque el hombre no es otra cosa que el cuerpo, y el cuerpo no es más que lo que digiere.

Víctor Manuel fué el único rey, que yo y la Historia sepamos, respetuoso de la Constitucion y del Parlamento. El cetro en sus manos era de pluma, la corona de gasas, el trono blando. Nada tan fácil como llevar el manto real como él lo llevaba.

Cuando tenia que recibir un embajador, le recibia, le oia, le contestaba... y se iba de caza á sus posesiones diseminadas por el reino. Cuando te-

nia que abrir el Parlamento, llegaba, echaba el discurso de apertura... y se iba de caza á sus posesiones por el reino diseminadas. Cuando habia crisis ministerial, ocasionada parlamentariamente, admitia las dimisiones de los ministros caidos, encargaba al jefe de la oposicion la formacion de nuevo Gabinete .. y se iba de caza á sus posesiones diseminadas por el reino. Cuando habia banquete de córte en el Quirinal, se sentaba á la mesa mientras duraba la funcion, sin probar bocado, y luego comia á sus horas.

Esto es practicar el sistema constitucional en su máxima pureza, y si de semejante práctica fuera posible extractar la quinta esencia para conservarla en frascos herméticamente cerrados, que sólo se habian de destapar en los palacios de los dictadores, mejor gobernados andarian la mayor parte de los pueblos constitucionales.

Ahora bien: los clérigos de Italia dicen que mejor se estaba ántes cuando no habia tanta contribucion para sostener tanto parlamentarismo; los republicanos dicen que lo que hace el rey lo puede hacer un cualquiera, si no mejor, más barato; los consortes claman por el órden... en los negocios, por la sociedad amenazada... en sus negocios, cuando ven que las caras de los radicales asoman por el horizonte del Poder; los radicales temen que el doctrinarismo les lleve á la decadencia y al antiguo estado de cosas. Ni entro ni salgo en la cuestion; pero lo que es un rey tan cazador que no mató ningun corzo constitucional, ni hirió ningun jabalí parlamentario, fué el rey entre los

reyes, y el señor entre los señores. En vez de nombrar un heredero, los italianos han debido pensar en momificarle, dejándole despues en el trono como soberano perpétuo, para que de esta guisa hubiera un moderado ménos y una dinastía de más.

FUNDACION

JUAN

JOSE

MADRID

V

¡POBRE FLORENCIA!

Como Marsella fué en lo antiguo la Atenas de las Galias; como Salamanca, en la Edad moderna, lo fué de España; como lo son en la época contemporánea París, de Francia, y Munich, de Alemania, así Florencia lo ha sido de Italia, por compendiarse en ella la civilización de aquellos felices reinos italianos en que la hermosura de los cielos y la tierra compite con la lozanía del genio de sus habitantes.

Cuando los grandes artistas de la Toscana embellecían sus calles y plazas (desigualmente divididas en dos secciones por los caprichos del río Arno), construyendo Arnolfo de Lapo, en la célebre plaza de la Señoría, llamada el Foro Florentino, el característico Palacio Viejo, severo al exterior, elegante y rico de decorado en el interior, como obedeciendo á las fantasías orientales: cuando se edificaban la renombrada *Loggia dei Lanzi*, de Orcagna, que sirvió de cuerpo de guardia á los lansquenets de los Médicis; el Palacio Pitti,

hermoso hacinamiento de sillares resaltados, que Brunelleschi ideó para satisfacer la vanidad del primer Pitti enriquecido; las tres maravillas de la ciudad, esfuerzo y resúmen de lo que podía crear el arte italiano en los siglos XIII, XIV y XV, juntas en una plaza, que son la catedral de Lapo, el campanario del Giotto, y el Baptisterio con sus celebérrimas puertas, debidas al cincel de Andrés Pisa, y de Ghiberti, una de las cuales merece, según la expresión de Miguel Angel, ser la puerta del Paraíso, y por donde entró el mundo moderno á la vida del Renacimiento, según la bella frase de Castelar: cuando en el convento é iglesia del Cármen pintaban sucesivamente al fresco Masolino de Panicale, Massaccio, y Filippino Lippi, durante un siglo entero, convirtiendo el templo de los predestinados en santuario de los artistas, cuyas admirables pinturas fueron á estudiar el Perugino, Rafael y Leonardo de Vinci: cuando se fabricaban la iglesia de la Santa Cruz, panteon de los florentinos ilustres, y la iglesia de San Lorenzo, panteon de los Médicis, esa dinastía de negociantes: cuando se alzaban, en suma, templos y palacios, en cuyos ámbitos, á más del arte toscano, realizaban milagros de hermosura las escuelas italianas; galerías y Museos donde se recogian cuidadosamente los restos de la cultura de los antiguos, desde la estatuaria hasta la numismática, desde los sarcófagos hasta los manuscritos, no presentía la bella ciudad el triste destino á que habrían de reducirla en lo futuro los sucesos políticos, mudándose las instituciones, desapareciendo los poderosos, trastocándose y con-

fundiéndose las divisiones territoriales hasta dar en la unidad que por breves momentos puso en ella la primacía de la Italia, para trasferírsela á su rival, á la orgullosa Roma.

Durante el corto período en que Florencia fué capital del reino, se construyeron numerosos edificios á la moderna, para satisfacer las necesidades de una poblacion creciente; pero hoy que la vida política, y con ella muchas de las otras fases de la vida pública italiana se agolpan á Roma, decae visiblemente la animacion de Florencia, asemejándose este culto pueblo, en su proporcionada correccion, elegante gusto, y cuidadoso reparo de antiguos esplendores, á la gran señora caída en ruinoso desprestigio por los azares mundanos, que aún conserva los aires señoriles de más dichoso tiempo.

Poco fué del que dispuse para recorrer la poblacion, pasando incesantemente por sus cuatro puentes para ver algo y con rápida mirada de lo que dejo indicado, sacando en consecuencia, como definitiva impresion, la de que Florencia hiere el ánimo por su originalidad, derivada del contraste entre las magnificencias artísticas del pasado, y la pulcra modestia del presente.

Entregado á tales consideraciones, me sorprendió la noche del primer dia que recorrí las calles florentinas en la plaza de la Catedral, sin poder ménos de acercarme á un lugar marcado con una piedra de mármol, llamada Piedra del Dante, por indicar el sitio donde el grande hombre se sentaba las noches á reposar. ¡Ah! Si fuera posible cons-

treñir al señor conde de Cheste á que se sentara un par de horas sobre dicha piedra, tengo para mí que tales habian de ser los terribles espasmos que la frialdad marmórea, unida al recuerdo del Alighieri, le producirian, que no se atreviera en adelante á desfigurar con hinchados y abstrusos versos los tercetos del sublime poeta. Hace años que comparé para mis adentros los endecasílabos del conde á vigas mal desbastadas, ásperas, nudosas; y, sea porque la musa del estirado traductor no se enmienda, ó porque mi gusto no se alambica, el caso es que continúan pareciéndome vigas. Es verdad que cuando estaba junto á la piedra del Dante, se me antojaron pecados mortales, atroces crímenes literarios.

VI

Era llegada la hora de comer. Dirigí mis pasos hácia el *Hotel de Inglaterra*, donde me habia alojado, sito frente á una estatua de Goldoni. Saludé al insigne escritor cómico, hijo de Venecia, semi-italiano, semi-francés: al que escribia obras maestras en dialecto natal, y medianas en el *Volgare illustre* ó italiano literario; al chispeante, fecundo, incorrecto dramaturgo que algunos clásicos compararon á Terencio, más bien que á Plauto; algunos apasionados á Molière; algunos admiradores á Beaumarchais, por la flexibilidad y no interrump-

pido ingenio; al que varios críticos modernos, ceñudos y descontentadizos, maltratan sin piedad porque no entra para nada en su juicio el respeto á la gloria ajena, ya que no el conocimiento de la propia pequeñez.

Cumplido tan imperioso deber de cortesía, penetré en la fonda.

Se hallaban sentados á la mesa redonda, entre otros individuos, mis paisanos el clérigo y el pollo, de los que no hice gran caso, distraído como me ví con la conversacion sostenida en francés *sui generis* entre un rico judío de Amsterdam y un comerciante londinense del barrio de la *City*.

De ella deduje que ambos eran anticuarios, no de los que se estilan por esos mundos, andariegos eruditos que sólo propenden á satisfacer el ánsia científica que los devora, sin resultado tangible, sino de esos que siguiendo el precepto del clásico, mezclan lo bello á lo sustancioso, para recreo del espíritu y mejor servicio corporal.

En efecto, el holandés andaba empeñado en encontrar, si no todas, algunas de las treinta monedas de plata con que se pagó la traicion de Judas. Partiendo del supuesto de que dichas monedas debian hallarse ya, por eficaz diligencia del piadoso catolicismo que posee cuantos objetos intervinieron en la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, en bolsas de cristianos, el judío anticuario se dedicaba á desplumar con toda la honradez que para los actos legales se requiere á cuantos se atravesaban en su camino.

Había reunido algunos miles, traficando en todo lo susceptible de tráfico, desde su casa de Amsterdam. Hecho rico, se permitía un viaje recreativo á través de la nacion por supremacia católica, al par que alimentaba la esperanza de encontrar en Italia alguna de las monedas de Judas, que no pudo hallar en Holanda, despues de haber manejado mucho dinero. Era una numismática original la de este anticuario.

Al inglés, con quien dialogaba, le dió por otro ramo de la ciencia de las antigüedades, tan útil y tan dulce como el mejor. Era aficionado á los vinos viejos, estribando su delicia en habérselas con una botella de buen licor de respetable ancianidad.

Al presente, y segun declaró, tenía en su cuarto media docena de frascos de espumoso *Asti bianco*, hallados en un establecimiento de Florencia, parte de los que se proponia saborear por la noche en la buena compañía de un amigo formal.

Segun supe de un camarero, el holandés y el inglés se despacharon á su gusto, confundiendo el Judaismo con la Reforma en idéntico sorbo, remontándose hasta Noé, en alas del anticuado *Asti bianco*, á las altas horas nocturnas.

Al salir el dia siguiente del Hôtel para la estacion, con rumbo á la Ciudad Eterna, tropecé con el cura y el sietemesino, que llevaban igual ruta, por cuya razon, aunque poco afecto á sus personas, me incorporé á ellos, que españolismo obligaba á ello. Iban muy contentos y satisfechos de lo bien servidos que estuvieron en la fonda, donde, segun confesion propia, se les trató con singular reve-

rencia, siendo objeto de la continuada atención, empalagosa por lo servil, de cuantos servidores de alta y baja estofa se albergaban en el Hotel.

Conocía yo por experiencia el afable trato de los camareros italianos, mediante propina, muy parecido al trato de los camareros de otras naciones; pero luego colegí que mis compañeros habían sido tan bien considerados, atendido á que pagaban las cuentas en oro francés, en vez de pagarlas en papel moneda italiano, perdiendo una buena cantidad que redundaba en provecho de los cobradores. Ignoraban los infelices que había que cambiar el oro en papel para andar por Italia, con lo cual se obtiene un beneficio que luego se pierde al cambiar el papel en oro, si le hay, al marcharse de la Península.

Tan sencilla advertencia económica no entraba en la ilustración latina del presbítero, ni en los hábitos mundanos del joven aristócrata; así es que ambos viajaban aprendiendo mucho, sí, pero á costa del bolsillo. Por lo que se vé, había entre los cristianos del *Hotel de Inglaterra* quien andaba buscando las monedas de Judas, lo mismo que el holandés anticuario que desplumaba á todo católico susceptible de desplumadura.

Puestos en viaje, nos recreamos al principio contemplando las magníficas cercanías de Florencia, pobladas de blancas casas, palacios y quintas de bellísimo aspecto, para caer, al fin, en la tristeza que inspira el desolado país cercano á Roma, á la incierta claridad crepuscular del sol hundiéndose en las sombras de la noche, que fué cuando llegamos á la capital del orbe católico.

NÁPOLES.



VISTA DE NAPOLES.

Si en alas de algun poder extranatural se viera trasladado el lector á uno de los balcones volados de la Cartuja de San Martin, situada en lo alto de la colina de San Telmo, que domina la ciudad, y arrancada la legendaria venda, pudieran sus ojos abarcar el panorama de indescriptible hermosura que desde aquella elevacion se ofrece para sorpresa del sentido y alegría del espíritu; si fuera posible que súbitamente gozara de tan admirable cuadro, recibiria la impresion más completa de Nápoles en el menor lapso de tiempo.

Girando la vista de derecha á izquierda, y partiendo del cabo de Posílipo, que separa el golfo de Puzzuoli del de Nápoles, para ir contemplando la línea de riberas que desde tal extremo llegan al muelle, veríase reducido á detenerla en la compacta masa de edificios que se agrupan casi al pié de la colina, dilatándose luego en vasta extension hasta terminar en la playa de la Marinela, cuya prolongada y suave curva se pierde ya en otro término embellecido por los pueblos de Pórtici, Resina, Torre del Greco, Torre de la Anunziata,

enclavados en la falda del Vesubio. Casi en frente, admiraría la serena magestad con que el coloso empenachado preside el concierto de la naturaleza que le rodea; percibiría más allá del monte á Castellamare, y en confuso horizonte las cortadas rocas, apenas visibles, sobre que se asienta Sorrento, en el promontorio de Massa que, á su vez, separa los golfos de Nápoles y Salerno.

La grandeza del conjunto es tranquila, apacible la claridad, variados los tonos del mar y de las montañas, en que el negro, el pardo, el añil, el azul claro, el violeta y otros colores combinados, se suceden hasta llegar al reflejo de la plata brillante. El arte de la pintura, al copiar las tintas en que se bañan estos lugares resulta falso, comparado con las impresiones que el pincel recoge en otras comarcas; y, sin embargo, nada más verdadero que sus estudios. ¡Tanta es la fuerza de la luz, tan vivos los matices, tan superior, al par, la armonía dominante!

* * *

Detallemos, aunque á la ligera, esta perspectiva rápidamente abarcada. Siguiendo el litoral en dirección del Sur, tiene la preferencia la playa de Chiaja. Divídese ésta en dos ramas; la más corta conduce al pintoresco barrio de pescadores, llamado Mergelina, que se extiende desde Chiaja hasta Sannazaro, lugar habitado por el poeta del mismo nombre, y celebrado en sus cantos; la más larga va hasta el promontorio de Pizzofalcone, hermo-

seada por la Quinta Real, que es el paseo favorito de los napolitanos, terminando en los muelles de la Victoria y Chiatamone. Al pié del promontorio se eleva, sobre pequeña península, el castillo del Huevo, constituyendo uno de los rasgos característicos de la costa.

Desde este paraje hasta las construcciones que forman el puerto principal, se extiende una serie de muelles en accidentada línea, interrumpida por el clásico de Santa Lucía, que sirve de mercado de mariscos y *frutos de mar*; por el arsenal, por la dársena, por el puerto militar y el Castillo Nuevo. El detalle más importante del puerto principal es el faro elevado sobre esbelta torre. Adjunto al grande se halla el puerto pequeño, donde comienza la encantadora playa de la Marinela.

Abandonada la costa para que la atención acuda á objetos distintos, son de admirar las risueñas quintas de las colinas de Nápoles, fabricadas sobre restos de cráteres; quintas de caprichosa arquitectura, que se escalonan con gracia, atrevimiento y naturalidad, como si después de endurecida la materia hirviente que ha venido á servirles de base, hubieran brotado de entre la destructora lava para representar la vida, que surge del exterminio, en los originales colores de sus pabellones, en los sabrosos frutos de sus huertos, y en la fragancia de sus alegres jardines.

El caserío sólo presenta á la curiosidad del espectador colocado en San Telmo, una gran superficie de tejados á diversas alturas, sobre los que se alzan pomposas las cúpulas de las iglesias; vién-

dose en algunas direcciones cortado el núcleo de casas por los profundos, estrechos y largos surcos oscuros que forman las calles. Desde la Cartuja apenas se nota el movimiento de los transeuntes, los cuales parecen pequeños bultos negros diseminados por las vías públicas; pero llegan, además del zumbador murmullo en que se condensan todos los ruidos de la ciudad, algunos estrépitos de potentes vibraciones que se destacan para subir aislados á respetable elevación.

El radiante golfo hace ostentación de su belleza para seducir á sus admiradores, ya agotando en los reflejos de las aguas las esplendentes magnificencias de la luz, ya cautivando el sentimiento con las artísticas ondulaciones de una costa de graciosos contornos, ya obligando á reposar la vista en las islas de Ischia, Prócida y Capri, que se tiñen de varios cambiantes.

Inmenso cráter de un apagado volcan, encierra infinitas especies, desde el cetáceo hasta el infusorio, pululando en sus ámbitos numerosos elementos de exuberante vida.

Portici, con sus magníficas casas de campo; Resina, antiguo puerto de Herculano, que fué, como Pompeya y Stabia, sepultada bajo las lluvias volcánicas de la erupción en que pereció Plinio el naturalista; Torre del Greco y Torre de la Anunziata, víctimas de parecidas catástrofes, renaciendo siempre, como el fabuloso fénix, de sus cenizas, al influjo de un suelo poderoso y un cielo riente, nos llevan al pié del Vesubio, asunto de tantas descripciones, cuya imágen ha reproducido el arte

millones de veces. Nos escusaríamos, por ende, de hablar de él, si no pugnara por salir á plaza una comparacion que no carece de exactitud. El monte Vesubio se asemeja á un chambergo de amplísimas alas, estendidas en manso declive, cuya copa hendida tiene un penacho en su prominencia. La lava de diferentes erupciones, despues de haber invadido grandes trozos de la montaña, ha tomado al enfriarse un color negruzco que la mancha en varias partes. El penacho es blanco ó ceniciento; sube derecho ó se abate, segun el espesor del humo que arroja el cráter, ó segun la fuerza de los vientos. En ocasiones se traslucen, principalmente de noche, y á través de la humareda, ciertos resplandores rojizos que sirven de aventurado presagio á los que anhelan ver una erupcion con el formidable aparato propio de las más espantosas. Inútil es advertir que los extranjeros son acaso los únicos que desean gozar del trágico espectáculo de una naturaleza que se destruye al siniestro fulgor de sus ruinas abrasadas.

* * *

Bajo diferente aspecto aparece Nápoles cuando el viajero penetra en ella sin concurso de fantásticas hadas, yendo desde la estacion al muelle y del muelle á la plaza del Castillo nuevo, para internarse en el centro de la poblacion. Así como Roma es la Ciudad Santa de los católicos, segun la Meca lo es para los musulmanes; así como París es la ciudad de la industria, Lóndres la del trabajo y Ginebra la de la libertad, Nápoles se presenta

como la ciudad de la plebe, cual si hubiera sido invadida por tropeles de desarrapados individuos que establecieran sus reales en un pueblo de ricos sibaritas, no de otro modo con que las escorias del volcan vecino se apoderan violentas de los alegres pueblecillos que en la falda del monte descansan.

Antes de vislumbrar la plaza de Palacio, en la que ya cambia favorablemente el aspecto de las gentes, hay que atravesar por calles súcias, atestadas de puestos de vendedores; pasar por entre grupos de sórdidos marineros que se extasían ante locuaces saltimbanquis; costear un sin fin de barracones construidos para espectáculos de féria; esquivar el encuentro de innumerables coches de alquiler, carros y carretas, conducidos por aurigas que parecen mendigos, é ir perdiendo la ilusion de que el paisanaje corresponda al paisaje.

Pero no se crea que esta miseria impresiona tristemente, pues que lo pintoresco brota de ella como algunas flores en incultos montones de tierra y ripio. Los puestos desaparecen bajo una balumba de farolitos, ramos y adornos de colores chillones; los coches brillan por efecto del exagerado pulimento de las muchas piezas de bronce que entran en su construccion; los carros, muchos de ellos tirados por una mula, un asno y un buey, se engalanan con una torre de metal reluciente, alta de medio metro, ó con una proa de antigua galera, ó con una sierra, segun el capricho del carretero, enclavada en el arzon de la bestia delantera, y exornada con golpes de colgajos. Los payasos gesticulan más, los espectadores se rien más, los co-

cheros chasean más el látigo que en el resto del mundo; la animación, la bulla se multiplican por contagio; viéndose en aquel delirio del harapo, del gesto y del ruido la directa influencia del clima napolitano.

En la plaza de Palacio, calles adyacentes, y en la larguísima de Toledo, lo mismo que en otros centros en que desembocan las vías principales, se observan conatos de pulcritud, hay otro gentío más culto, si bien notándose la levadura de los invasores. Solamente en los paseos vespertinos y veladas de la Quinta Real, pueden los descontentadizos ver reunida la flor de lo que hemos dado en llamar buena sociedad ó sociedad escogida.

Nápoles descende de las colinas al mar, construida sobre un suelo volcánico, sin que cuente inmensas bellezas arquitectónicas cual corresponde á su extensión, á su historia, á su opulencia. Exceptuados los castillos del Huevo, el Nuevo, en casi total demolición, y el de San Telmo, reducidos á la categoría de meras curiosidades arqueológicas; prescindiendo de la catedral y de alguna que otra iglesia entre las trescientas que existen; haciendo caso omiso del Palacio Real, del Museo, del Hospital *Casa de Dios*, no quedan para atestiguar la importancia de la capital de un reino extinguido más que los palacios y quintas de la gente aristocrática, enclavados aquellos en el

casco de la poblacion, más espaciosos que artísticos, y distribuidas éstas por los barrios extremos, afueras y alturas para delicia de sus afortunados moradores.

Aparte de las céntricas, las calles de Nápoles son estrechas; sus casas, á diferencia de las otras ciudades italianas, tienen balcones, cuya circunstancia, unida á los vestigios de nuestra dominacion, patentes en escudos de palacios, en nombres de plazas, en monumentos, le dan un carácter español que el tiempo y las costumbres no han sabido borrar. Fundid en una dos ciudades de España, abundando la primera en construcciones modernas, y la segunda en anticuados edificios; colocadla en rápida pendiente, recostada á orillas de un golfo encantado; cubrid sus calles principales con una multitud que transita llena de animacion; sus calles secundarias, callejones y soto-pórticos con una pobretería abigarrada que alborota; sus muelles con una plebe harapienta y alegre que gesticula con exceso para dar fuerza á la palabra, expresiva de suyo; llenad de clamoreo su espacio, dadle una perspectiva de maravillosa gracia; estended sobre ella el manto radioso de un cielo incomparable, y así podreis formaros una idea de la bulliciosa y bella Nápoles.

COSTUMBRES POPULARES.

La notoria permanencia de las costumbres en pueblos que durante largas épocas ni se ven agitados por acontecimientos políticos, ni alterados por extranjeras invasiones, hace que el viajero, medianamente instruido, que por primera vez los visita, sepa de antemano mucho de lo que no ha visto, privándose así del atractivo que toda novedad ejerce sobre nuestra condicion humana, inclinada á lo mudable.

No obstante esta desventaja, que lo es, y muy grande, para los espíritus aventureros, las gentes rutinarias prefieren lo pautado á lo desconocido; aquello de que ya tienen su correspondiente idea, más ó ménos conforme á la realidad, que no lo que les es absolutamente nuevo. Así se explica cómo gran número de personas se aburren viajando, sólo porque las ciudades que visitan y países que recorren no son como ellas se los habian figurado.

Son parte á informarnos del modo de vivir de los pueblos las relaciones de viajes que continuamente salen á luz, logrando algunas de ellas tal crédito, por la fama de sus autores ó por propia tendencia peculiar, que, á más de muy leídas,

consiguen tambien ser muy creidas á veces, en detrimento de la verdad. Algo de esto ha pasado, que ya no pasa, con las narraciones de tendencia romántica, escritas para lisonjear el gusto de un público apegado á la tradicion. Y como Nápoles es la ciudad que, bien puede asegurarse, habrá sido visitada por todos los viajeros que hayan dirigido el rumbo á Italia, es natural que por su cuenta se refirieran años atrás raros sucesos y se escribieran numerosas páginas, impregnadas de eso que los franceses, consumados maestros en la materia, llaman color local.

No es de extrañar, pues, que aún haya personas que, al ponerse en camino para esta ciudad, se la imaginen con sus muelles adornados de *lazzaroni*, tendidos acá y allá, semejantes en el traje á los coristas pintorescos de la *Mutta di Portici*; que en cada encrucijada supongan el alegre bullicio de la tarantela, bailada por hermosas y pulcras napolitanas; que á la vuelta de cada esquina, ó en la puerta de cada casa, finja su imagin un corrillo compuesto de gentes pobres, de todas edades, despachando un perol de macarrones, con la templanza y aseo retratados en los antiguos cuadros de costumbres; ó bien que fantaseen en medio de cada plaza el importante *cantastorie* que en tono solemne recita á la multitud absorta las hazañas grandiosas de los héroes. Méenos mal si el crédulo viajero no padece anticipadamente los terrores producidos por la aparicion de una cuadrilla de facinerosos, desalmados, sí, pero vestidos con todas las galas de los bandidos indígenas.

En virtud de la permanencia de las costumbres, de que al comienzo se ha hecho mención, queda en Nápoles el fondo de lo enumerado, habiendo desaparecido la forma, que es por donde las cosas suelen empezar á desaparecer; de modo que si el viajero rutinario y poco perspicaz se encuentra con que Nápoles no es una ciudad á lo Salvator Rosa, porque falta lo pintoresco de los trages, y ve amenguada la exageracion de las costumbres, es de presumir que dará por mal empleados los dispendios y molestias del viaje, lamentándose de que no sea verdad cuanto escritores y artistas nos dicen y representan de la bella Parténope. Y, sin embargo, gran parte de lo que imaginara persiste, sólo que no acierta á verlo, porque ello ha perdido ya parcialmente la forma tradicional.

Para buscar la huella de costumbres que desaparecen, y conocer antiguos usos que aún están en vigor, es indispensable observar la vida de la gente del pueblo. En las ínfimas clases sociales es donde se conservan las prácticas de los antepasados, en su mayor fuerza las buenas, y dulcificando sus asperezas las que ya se hacen incompatibles con el refinamiento de las modernas. La razón es obvia. Las clases elevadas gozan de todas las ventajas de la civilización, disfrutan de todos los beneficios de la industria, y, en consecuencia, reforman incesantemente añejas costumbres para seguir la marcha que siguen las altas clases en las naciones más cultas. La burguesía, tan vasta como indefinible, hace lo que puede por igualarse á la aristocracia, de la que ha triunfado políticamente. Sólo

la gente del pueblo, lo que se ha dado en llamar las masas, el elemento democrático, el cuarto estado, es la que conserva los antiguos hábitos, bien por falta de luces, bien por falta de medios para reformar unos y abolir otros.

* * *

El napolitano es expresivo, tan expresivo, que, según la afirmación de un andaluz avecindado entre ellos, puede entenderse la conversación de dos napolitanos, aunque uno esté en la calle y otro en un segundo piso, atendiendo á lo que gesticulan; no obstante, la afirmación debe ponerse en cuarentena, si se hace mérito de lo inclinados que son los andaluces á la hipérbole.

Lo que más le distingue es su afición inmoderada á vivir al aire libre. Si los tiempos y pragmáticas municipales no lo prohibieran, los artesanos de Nápoles comerían en la calle, como cuenta Herodoto de los egipcios, y en ella harían todo lo que de una manera absoluta reclama el misterio del hogar. No les basta obstruir las aceras con los tenderetes en que exponen sus mercancías; necesitan salir de casa, dejar el taller vacío, y trabajar, los que pueden hacerlo así, á vista y con consentimiento del público, que, en vez de transitar, culebrea por entre infinitos armatostes y corrillos.

Asistiendo un día festivo á los oficios eclesiásticos en la catedral, vimos, para que se comprenda lo que hemos dicho, varias personas confesándose. El primer confesonario (partiendo desde un

extremo á otro de una galería lateral) no tenia puertas: se notaba la accion desembarazada del cura, quien, por cierto, no soltaba la presa de tabaco sujeta entre el pulgar y el índice, á pesar del entusiasmo con que amonestaba al penitente. Para mayor edificacion y secreto, sendas mujeres estaban acurrucadas á los lados del confesonario, esperando turno.

El segundo, tampoco tenia puertas, ni rejillas, ni tableros, ni remate: era una especie de silla curul. Sobre su brazo derecho apoyaba de cuando en cuando las manos un hombre que de pie confesaba sus pecados, accionando. Conforme la observacion del andaluz, los circunstantes debian enterarse de lo que aquel bendito declaraba.

El tercero y último confesonario que ví, en pleno dia, en plena catedral, y en pleno público, ya no era una silla curul, sino simplemente una silla de paja, como otra cualquiera. Sentado en ella el clérigo, á sus piés arrodillado el penitente, sin tener más punto de apoyo que el suelo, y el grupo circuido de unas cuantas mujeres indiscretas, la escena era indigna de un templo como aquel, y de una capital como aquella. La confesion entre los napolitanos es ocular á más de auricular; siendo auricular, no porque la oiga únicamente el confesor, sino porque la oyen, ó pueden enterarse de ella cuantos tengan deseos de hacerlo. Cerca de la puerta, y en una soberbia pila formada de un antiguo vaso de basalto de Egipto, bautizaban á un niño, á eso de las doce del dia, operacion que en España suele hacerse á más avan-

zada hora, y con mayor soledad. El gentío se mezclaba con los de la comitiva, embarazando la ceremonia para enterarse de cuanto ocurría.

De semejante costumbre de hacerlo todo en público, se origina la aglomeración de gentes en los barrios populares, la cual trae consigo la algarrabía y el estruendo. Este estruendo y esta algarrabía, unidos á una afición desmesurada al colorín y al relumbrón, completan el aspecto bajo que se presenta el pueblo napolitano. Es indudable que así como Moisés, cuya reputación de higienista es sólida, sabiendo con quienes tenía que habérselas, formó para uso de los judíos una religión en que toda la importancia se daba á la hidroterapia, así los grandes sacerdotes que en otros tiempos hayan estado encargados de dirigir el pueblo de Nápoles, comprendiendo que éste necesita muchas fumigaciones, por ser escasa la virtud desinfectante de las brisas marinas, hubieron de aficionarle á las iluminaciones y fuegos de artificio, que entran como elementos principales en las fiestas religiosas.

Celébrase, por ejemplo, la festividad del santo titular de una iglesia, y ya se sabe que á más del rito ha de haber una función profana, consistente en ruido y en color. La fachada del templo se ilumina con vasos pintados que van siguiendo todas las líneas de arquitectura, para que éstas resalten vivamente apenas caiga sobre la ciudad el manto de la noche. Las calles adyacentes á la iglesia se iluminan también con arcos de luces, tendidos de trecho en trecho, desde una acera á

otra. Si la calle es ancha, los arcos se forman con cuerdas atadas de balcón á balcón, para que sirvan de sostén á vasos, faroles, y hasta lámparas de alguna magnitud; si la calle es estrecha, los arcos son de listones de madera pintarrajeada. Como premio á la solemne función de fuegos artificiales preparada para la hora oportuna, se disparan á ratos cohetes, petardos y otros objetos explosivos, secundando las campanas con su estridor metálico los esfuerzos de la pólvora acrecentados con gritos entusiastas.

Por dichas calles circula todo el barrio con partes de otros; viéndose la napolitana típica, de mediana ó baja estatura, derecha, morena, de facciones poco puras, pero interesantes, veladas por esa expresión indefinible que resulta de la mezcla de la alegría y de la inopia, reflejadas en el rostro: con los ojos de forma de almendra, el peinado de gran bulto, y la falda de faralares gitanescos, abombada desde la cintura para hacer del cuerpo la imagen de una campana.

* * *

No son ya las fiestas religiosas en honor de las virtudes de los Santos y de su gloriosa residencia en el cielo, las que así se celebran, pues natural parece que en ellas se demuestre la alegría popular; lo extraño y privativo de Nápoles es que cuando conmemora por Semana Santa la Pasión y Muerte de Jesús, se deja arrastrar igualmente por el amor á las sensaciones, contrastando con el tradicional recogimiento de otros pueblos católicos.

Es verdad que durante los dias de Jueves y Viernes Santo queda prohibido el tránsito de coches por la calle oficialmente llamada de Roma, aunque conocida por su antiguo nombre de calle de Toledo, que es la vía principal de la ciudad; pero si el napolitano se vé precisado á renunciar al ruido, compensa la falta entregándose á los excesos del sentido de la vista. Hasta las once de la noche, la multitud se tropieza en dicha calle, luciendo las mujeres abigarrados trajes de más ó ménos precio, segun las condiciones de cada cual. Una gran concurrencia acude á los templos á gozar de la vista de los monumentos (*sepolcristi*), contruidos con telones de pinturas teatrales, adornados con ricas telas de seda de vivísimos matices, y profusamente iluminados. Se abren elegantes almacenes de modas ó ricas joyerías, que deslumbran con el aparato y brillo de sus escaparates al gentío que acude á visitarlos. Las tiendas de ultramarinos muestran un sinnúmero de flores, poniendo en su fondo una especie de camarín luciente en que se ven cuadros ó estátuas de Santos. En las carnicerías están las reses adornadas con guirnaldas y otros colgajos decorativos; se ostentan caprichosas figuras de manteca, teñidas de varios colores; y hasta hemos visto un caballero sobre su caballo, armado de todas armas, hecho el todo con hojas de tocino, y sartas de chorizos y longanizas.

El ruido que permaneciera latente, acechando la ocasion para tornar al absoluto dominio, momentáneamente perdido, se anuncia el Sábado Santo, por la mañana, con imponente estruendo

en los barrios populares ó bajos. Mientras algunos curas, vestida la sobrepelliz y la estola, atraviesan la muchedumbre, acompañado cada cual de un monaguillo portador del caldero del agua bendita y del hisopo, con el objeto de ir bendiciendo casa por casa, merced á una exígua remuneracion, se arma en los arroyos de las calles, principalmente á las puertas de los templos, una deestallidos, de cohetes, de escopetazos, de bombazos y de vocerío, imposible de resistir. Buscando refugio en una iglesia, la primera que encontramos, contra la infernal algarabía, salimos, como suele decirse, de Málaga para entrar en Malagon, librándonos de Scila para perdernos en Caribdis. El edificio era pequeño; su interior blanqueado desaparecia á trechos bajo una ornamentacion exuberante y llamativa. Habia tiestos de flores por todas partes; sobre las flores naturales las habia artificiales, viéndose sobre las artificiales lazos de seda cuajados de lentejuelas: se celebraba misa de gloria; mas al oír su música extridente y sarcástica, junta con el canto llano desfigurado por la garrulería de un estrafalario oficiante; al ver las jetas endemoniadas de los acólitos espe-luznados, súcios, patibularios; al combinar con estas impresiones el estrépito que llegaba de fuera, se nos antojaba que una legion diabólica se habia apoderado del sagrado templo, propinándose los espíritus malignos, en forma de clérigos, el impío placer de celebrar con burlas sacrílegas los misterios del catolicismo.

No debe chocar á nadie que nuestras observa-

ciones casi se reduzcan á las costumbres religiosas, pues Nápoles, como pueblo fanático, ofrece á menudo á los ojos del viajero semejantes escenas. Es tal el fanatismo, que ni aún en Roma se ven los despachos de loterías presididos por una imagen de la Madona, bien alumbrada, como se ven las de Nápoles, á ciencia del Gobierno que los sostiene. El pobre napolitano cree que la Virgen, condolida de su penuria, va á valerse de celestiales artes para que le caiga un premio que le remedie. Y por si acaso falla la Virgen, se publican una porcion de periódicos cabalísticos, cuyos números sueltos tienen gran salida. En un solo despacho leimos el título de los siguientes: *El Recurso, El Astrónomo, La Verdad, La Ciencia, La Estrella polar, La Esperanza, La Fortuna, El Cabalista, La Luz, El Aldeano y La Paloma.*

Estos contrasentidos son muy comunes en las gentes ignorantes; es más, á veces las personas dan en hacer lo que es del todo opuesto á su carácter, precisamente para corroborar con tales extremos que son de condicion contraria. Nosotros hemos visto, sin duda porque los napolitanos de la ínfima escala social son acérrimos enemigos de la limpieza, á una mujer que, sentada en la plaza del Municipio, tenia puestos á la venta, sobre un pañizuelo, como docena y media de melocotones, los cuales cepillaba de cuando en cuando, y uno por uno, para quitarles el polvo. Rasgo de curiosidad que no ha vuelto á presentarse á nuestra vista en region alguna del mundo que conocemos.

* * *

Ignoramos si el napolitano es ó no aficionado á lo ageno. Dejando á un lado cuanto se propala sobre este punto, nos limitaremos á consignar un detalle. El cochero encargado de trasladar nuestro equipaje desde la estacion á la fonda, nos recomendó que vigiláramos mucho los bultos, porque nos podian robar alguno durante la travesía.

El equipaje llegó sano y salvo á su destino, sin que la turba de muchachos que nos asaltaba pidiendo y gesticulando se propasara en lo más mínimo. A nosotros no nos han robado; sin embargo, el que nos encargó la vigilancia era napolitano. El sabia porqué lo hacia.

* * *

El canta historias ha venido á ménos: es uno de los personajes que va sucumbiendo á la accion del tiempo, ó acaso más que á éste, á la parte de prosa que va escondida entre la magnificencia de la civilizacion actual. El antiguo canta historias, solemne en el aspecto, de rigurosa etiqueta en el trage, semejante á un diplomático, poseido de la importancia y dignidad de su profesion, es hoy un pobre diablo, miserablemente vestido, cuya decadencia moral corre parejas con la material.

No obstante su mengua, aún halla en el ingénio y en el gesto suficientes recursos para agradar ó conmover al público ignorante que se agrupa á su alrededor. Los hay de dos clases, cómicos y sérios. El lugar de su accion, el teatro en que se presenta á funcionar, le constituyen las aceras de la Dársena, ó los cobertizos anejos á las dependencias

marítimas establecidas en el muelle. El público de lo alegre se compone de la marinería desocupada, con algun intruso de tierra y cuantos chiquillos callejeros se ven por aquellos sitios; observándose que el público aficionado á lo dramático es más grave, y apenas si entre él se desliza algun granujilla inquieto.

El canta-historias cómico maniobra dentro del espacio circunscrito por la elipse algo irregular que el auditorio traza al acomodarse al aire libre para escuchar. Relata el argumento de una farsa cualquiera con comentarios divertidos y observaciones chuscas que hacen reir, teniendo cuidado, y en esto consiste su principal mérito artístico, de representar él solo escenas enteras intercaladas en el relato. Entonces es cuando, imitando con la voz los modales y el tono de los vários interlocutores, estallan las carcajadas y los aplausos del reducido público, que al fin de la relacion remunera al artista, echándole cuartos en el hueco del sombrero.

El sério se dedica á más altas empresas. Por lo comun se cobija bajo techado para actuar sobre el terreno cuadrilongo que marcan algunos bancos de madera, ocupados por gente formal, vieja, lobos de mar que tiran distraidos de la denegrada pipa, mientras atienden, inclinado el busto hácia adelante y adelantada la cabeza á la entonada recitacion que el canta-historias hace de algun poema casi siempre de la *Jerusalen libertada*. El declamador tiene en la mano derecha el libro abierto, acciona con ambas, avanza y retrocede, ya narran-

do la acción por su cuenta y riesgo, ya leyendo inmortales versos, puestos en boca de los épicos personajes.

¡Cuántas veces la disposición del lugar permite á los sencillos marineros, emocionados por los incidentes del relato, volver los ojos al extremo del golfo, y vislumbrar aquel trozo de paraíso, dechado de poesía, nido de amores sobre escarpadas rocas, llamado Sorrento, donde por primera vez vió la luz el infortunado Tasso; loco sublime, enamorado de una realidad ideal, que es el mayor de los idealismos y el más cruel de los tormentos en la tierra!

POLICHINELA.

Entre los espectáculos al aire libre que entretienen y alegran al napolitano, ninguno tan eficaz para excitar su frecuente risa como el teatro Guinól con Polichinela. Este personaje, condenado por el día á ser ruin muñeco de palo y trapo, manejado por los hábiles dedos de un truhan que habla por él dentro del mágico cajón, recreo de niños y adultos, se convierte por la noche en sér de carne y hueso, actuando sobre las tablas de un verdadero teatro para embobar á los mismos que embobó á la luz del sol, aunque no fuera más que en imágen y reducido á la mínima expresión.

Actor ó muñeco es el eterno tipo del hombre ingénuo que obra en virtud de naturales inclinaciones, presididas por el sentido comun popular; ingenioso en los recursos para librarse y librar á los

suyos de inminentes daños; hábil á veces, sencillito siempre, viviendo como en un mundo aparte, y complicado, sin embargo, en todos los trances y peripecias que á su alrededor se ocasionan y suceden. Es la personificación de la verdad oscurecida y maltratada por las miserias humanas, el amor perseguido, la blandura tachada de cobardía, la mala estrella influyendo en los actos de la vida; pero siempre dentro de lo cómico, como si nada en los círculos en que vive pudiera tener un fin desastroso, ni ninguna de las cosas que le pasan mereciera ser tomada á pechos. Unas veces loco, otras tonto, ya simple, ya discreto, tiene razon en el fondo, jamás se la dan, y sus consejos y ocurrencias, proposiciones ó patochadas, resultan á la postre más racionales y prácticas que el presumido saber y despreciativo discurso de sus amos, amigos ó parientes.

Actor ó muñeco, su lenguaje es natural, chistoso, inclinado al juego de palabras, con estupendas salidas, que lo mismo se parecen á sentencias agudas que á disparates rematados. Su traje no varía jamás: todo es blanco, el ancho pantalon, la holgada y larga blusa atada á la cintura, y la monterilla; excepto la careta ó máscara, que es negra, brillante, y ha de cubrir nada más que la parte superior de la cara, ó sea desde la nariz hasta la frente. Solamente se diferencian el actor y el muñeco en que éste, segun la costumbre propia del teatro Guiñol, tiene que soportar á cada representacion una de palos y testaradas, que únicamente su dura naturaleza leñosa aguanta.

El origen de Polichinela se remonta á la antigüedad. Parece que procede del celeberrimo etrusco Macco, figurado en una estatuilla de bronce, llegada hasta nosotros, con la nariz corva, la espina dorsal arqueada, las piernas largas y el abdomen prominente.

Sobre la etimología de su nombre corren dos versiones principales, que doy por lo que valgan. La primera dice que Macco, cuando trabajaba en las Atelanas romanas, tenia la habilidad de imitar perfectamente con la boca el canto de algunos pájaros y el de los gallos y gallinas, por lo cual le pusieron el mote de *Pullus gallinaceus*; de este hicieron los italianos *pulcino*, y los napolitanos, por mayor eufonía, *Pulcinella*.

La segunda, cuenta que un cómico ambulante del siglo xvi, llamado Silvio Fioriello, fué el primero que introdujo el antiguo personaje de Macco en las farsas napolitanas; y como encontrase en sus escursiones por la Campania un aldeano cuya cara era igual á la máscara usada por los latinos, se le llevó consigo, y le dedicó al teatro. El aldeano se llamaba *Puccio Aniello*, que bien indica el origen de la palabra *Pulcinella*.

Los actores que en Italia se han aventurado á *vestir la máscara de Polichinela* (así se dice en los carteles de cada funcion teatral al anunciar el nombre del artista encargado de aquel papel), han tenido, por lo general, un talento cómico de primera calidad. Los discípulos y sucesores de Puccio Aniello, Andrea Callese, Argieri, Colesone y otros, supieron conservar en los tiempos pasados las tra-

dicionés de sus maestros y antecesores; así como Colesi Balli, Tommaso Fabioni, Lucio Bebio, Camerano, Petito, Altavilla, las conservaron en los presentes.

Petito y Altavilla, sobre todo el primero, eran los cómicos contemporáneos que vestían la máscara con aplauso y admiración universales. Poco há bajaron á la tumba, llenando de tristeza á la Italia, si cabe la hipérbole, y de amargura á una parte capitalísima de ella, á la ciudad de Nápoles.

El teatro donde Petito y sus dignos antecesores lucieron su vis cómica, su profundo estudio de los tipos risibles, donde mostraron aquella gracia original que resulta del modo de ser privativo de Polichinela, fué el San Carlino, destruido poco há tambien; antes de la sentida muerte de aquellos histriones ilustres. San Carlino fué al género cómico-bufon, lo que el teatro de la Scala de Milan, ha sido para la ópera, el capitolio de los artistas: el aplauso logrado en ellos, era una consagración.

Después del San Carlino, existían y existen en Nápoles otros teatrillos de muy secundaria importancia por su aspecto y magnitud, así como por el público que los frecuenta, destinados exclusivamente á las obras en que Polichinela figura. Tenderos con sus familias y personas de su clase, suelen ocupar los palcos de tales teatros; las lunetas pertenecen á esos indefinibles entes de medio pelo que lo mismo pueden ser honrados artesanos, corredores intrusos de mercancías, chalanes, ó criados

desacomodados, que tomadores del dos, vagos y demás gente sospechosa de su calaña. Una multitud desarrapada, compuesta de marineros del muelle, pescadores, mozos de carga, cocheros, granujería y pilletería inunda las galerías, ávidas de escuchar á su oráculo, de adorar á su ídolo.

Como andando los tiempos se modifican las costumbres, bien se comprende que el Polichinela de hoy, conservando su esencia y naturaleza, ha cambiado de forma. El de hoy ha de reunir dos condiciones fundamentales al tomar parte en una obra; primera, que en ella represente diversos papeles, aun los más encontrados y estrambóticos; segunda, que á pesar de ello conserve el mismo trage y la indispensable careta.

Habiéndose relajado un tanto la disciplina teatral, suele permitirse á Polichinela que sobre el trage clásico, ó modificándole algo, se ponga alguno de los atributos ó prendas características del papel, *verbi gracia*: si hace de general, puede llevar faja; si de fraile, cogulla, etc., etc., pero jamás quitarse la máscara.

Ahora bien, como no se escriben obras para Polichinela, se ve éste precisado á introducirse en el repertorio cómico moderno, y hasta en el bufo, usurpando atribuciones. Lo ordinario es que haga de gracioso en las piezas francesas, traducidas al napolitano y á la italiana.

Si algo se escribe para los Polichinelas de último orden por escritores de última fila, y para públicos de última categoría, es preferible, si se ha de dar gusto al auditorio, que el gracioso sea un

criado semi-tonto, semi-listo, que con sus enredos, amaños y trasformaciones consiga que su amo se case con la novia que el futuro suegro le niega á todo trance. Este asunto de hoy, de ayer y de siempre, ha de prestarse al múltiple papel que Polichinela debe desempeñar. Sobre el tema de las metamorfosis y del trabajar en provecho de los demás, cargando con los quebrantos del oficio, se basan, con escasas variaciones, los argumentos mejor recibidos por el pueblo bajo.

El cartel colocado á las puertas de los teatrillos á que me refiero suele indicar los diversos personajes que caracterizará el protagonista, ó los vários disfraces de que ha de valerse para su propósito. Sirva de muestra uno cuya copia conservo y dice así, despues de la fecha, hora de la funcion, etc.: "Se representará la comedia de grande espectáculo, titulada *Los tormentos de un avaro*; con Polichinela

fingido astrólogo,
peon caminero,
estátua movable,
niño de cinco años, y
momia alejandrina.

Este *specimen* basta y sobra para dar una idea de los expedientes á que recurren los Polichinelas del cuarto estado con objeto de divertir hasta la sociedad á un público favorablemente dispuesto á celebrar las gracias y ocurrencias del tipo cómico cuya superioridad es universalmente reconocida, á causa de su abolengo, de su chispa, de su originalidad, y por lo profundamente humano que es.

LA ISLA DE CAPRI

LA BIBLIOTECA

LA ISLA DE CAPRI.

DEL DIARIO DE CAPRI.

8 de Julio de 1876.—Salimos de Roma un pintor compatriota mio y yo, con intencion de visitar la celebrada isla de Capri, sirena encantadora que desde el golfo napolitano atrae á los artistas que recorren el bello país del arte.

Dimos con nuestras personas en un compartimento atestado de mujeres tales, que sólo el sexo recababa para ellas la galante consideracion que su propia fealdad les negaba. Parecian mónstruos evocados en noche horrenda por un espíritu burlesco, agitado por el desasosiego de calenturientas pesadillas. Sin que esto sea alabarnos, puede decirse que ambos varones componíamos el bello sexo de aquella compañía.

En todas partes cuecen habas, y no es en los países de la hermosura donde ménos abundan las excepciones que confirman la regla.

Llegamos á Nápoles, que nos produjo el efecto de siempre. Movimiento bullicioso y alegría de la naturaleza que se complace en ostentar sus gracias

ante el inmenso zurriburri de la ciudad alocada. Al entrar por *Porta Capuana*, al comienzo de la tarde, vimos el trozo de mar plumizo que con tan vários y suaves colores se embellece en el trascurso de las horas, hasta que la noche vela con sombras la extension de los cielos.

A las ocho nos dirigimos al muelle en busca de la barca que habia de conducirnos á la isla. Estaba aquella tripulada por doce marineros capriotas hábiles en el manejo del velámen, acostumbrados á la ruda faena del remo. El dueño de la embarcacion estaba investido de la dignidad de capitán gerárquico además de ser timonel.

Era sábado; el buque admitia carga y pasajeros; no una carga así como se quiera, sino compuesta del más selecto consumo que Capri importaba de Nápoles para la celebracion del domingo. En cuanto á los pasajeros, baste decir que componíamos la clase algunos isleños, isleñas é isleñitos, tan pobres de trage como alegres de rostro y francos de trato; de dos guardias civiles que viajaban en servicio y de nuestras personas.

Despues de esperar una hora á que los marineros colocaran en la barca un sin fin de cestas de pescado, canastos de comestibles, lios de ropa, baules y otros bultos; despues de esperar otra media hora á que el capitán se despidiera de todos sus compadres, oyendo todos sus encargos y contestando á todas sus preguntas; cuando ya el respetable personaje, hombre de excesiva pachorra, saltó sobre la popa, dió sus órdenes á los tripulantes, saludó á los pasajeros y tomó una presa de

tabaco, fué cuando la barca, triscando por sus coyunturas al primer impulso de los remos, comenzó á alejarse suavemente del embarcadero.

Entónces tomaron las cosas enormes proporciones. El golfo de Nápoles, tan pacífico desde tierra, firme como un lago romántico, nos pareció el tumultuoso Océano. Las veinte millas que median desde Nápoles á Capri, se multiplicaron en nuestra imaginacion. El timonel, cuyo estilo fuera objeto de nuestras burlas media hora ántes, se convirtió en verdadero capitán á quien los marineros obedecian ciegamente. La barca, insignificante juguete que por la tarde habíamos visto mecerse entre un bosque de járcias, nos pareció un buque de alto bordo, colocados como estábamos al pié de sus palos desvanecidos en el azul oscuro de la atmósfera. Hasta los dos guardias civiles se nos representaron como imponentes autoridades militares, con caras de Jano, una terrible para amedrentar al paisano criminal, y la otra sonriente como brindando proteccion al extranjero.

La travesía de Nápoles á Capri se hace en tres horas, reinando viento favorable á todo trapo; se emplea más tiempo si se combina el remo con la vela; pero á veces se tardan ocho horas, navegando á palo seco. De semejante manera nos tocó á nosotros navegar, sin una racha de viento favorable ó adverso. Tres fases presenta el paulatino alejamiento de la costa.

La primera se caracteriza por el continuado reflejo en las aguas movibles de la larga fila de luces procedentes de los faroles del muelle, y de algunas

efímeras como las de los coches, tranvías, etc. Forma el conjunto de los faroles una línea de puntos luminosos que no es completamente recta á causa de algunas ondulaciones que la quitan monotonía. En la segunda, la línea aparece como bella faja de luz clara; convirtiéndose, en la tercera fase, en roja luz de hoguera, que se obstina en no borrarse hasta que tenuamente desaparece.

Durante la mayor parte de la travesía, el viajero va contemplando con la vista la punta del promontorio Pausilipo, que separa los golfos de Nápoles y Pozzuoli, dibujada con limpieza; la suave curva de la marina, hasta Portici, iluminada; á la derecha de la ciudad la isla de Ischia; á la izquierda la confusa falda del Vesubio, y más adelante las montañas de Sorrento. Con la imaginacion puede ir figurándose á Capri, punto cubierto constantemente por la proa del barco.

La luna y las estrellas brillando en la inmensa bóveda celeste, el cabrilleo de su luz en la vasta superficie del mar, los tonos espléndidos de las aguas, que suponen la existencia de miriadas de seres en sus vívidos senos, atraen el ánimo con su hermosura, incitándole suavemente á filosofar sobre los misterios de la creacion; al paso que las faenas de los marineros que gritan para infundirse mutuamente fuerzas, y el resuello de los delfines que rodean la barca, acompañándola como seguros guías, le distraen á menudo en sus filosofías.

Cansados ya, llegamos al amanecer á la isla, sirviendo de espectáculo á los grupos de gente

que nos esperaba en la ribera de la *Marina Grande*, compuestos de curiosos y de cargueros de ambos sexos.

La primera impresion de la isla no es muy agradable. Por su parte oriental, ó frente á Nápoles, es un anfiteatro de viñedos, salpicado de casas blancas, encajado entre dos peñones. El peñón de la derecha de la isla, visto por la noche destacándose en negro, como más tarde pudimos observar, parece una gigantesca esfinge, de alto lomo, cuya cabeza descansa entre las patas delanteras.

Debe su raro aspecto al suelo volcánico, cortado á pico, cubierto de extraña vegetacion, en sitios espesa, en sitios raquítica, interrumpida á grandes trechos por peñascos que taján el espacio, embelleciendo el paisaje. Gran número de olivos, que con las viñas constituyen la principal riqueza del país, así como los mirtos, áloes y cactus dominan en aquella vegetacion.

Por donde quiera se nota la parquedad, rasgo distintivo de la isla considerada material y moralmente. La ribera es de escasa amplitud; los hoteles que desde ella ascienden diseminados á las alturas, son de apariencias modestas; los caminos y veredas lo extrictamente anchos para el tránsito. Allí no se puede desperdiciar el terreno aprovechable.

Unas cuantas cargueras, con la falda á media pierna, se entraron por el agua para abordar la barca y echarse á cuestras nuestros equipajes.

Subimas tras ellas en direccion al *Hotel de la*

gruta azul, uno de los más próximos, pues la mayoría de ellos están en la parte alta.

Asomados al terrado de la plazoleta en que está la fonda, pudimos contemplar la inmensa llanura del golfo, percibiendo la hermosa línea del muelle de Nápoles, cuya distancia parece fabulosa desde allí. El Vesubio y Sorrento componen artísticamente en tan admirable cuadro. La luz es de una dulzura y transparencia sin rival. El mar ostenta profundo color azul que se cambia en verde sobre los escasos fondos de arena que la orilla deja al descubierto. No es la marina de Capri suave, poética, elegante, placentera como las playas de Niza; ni compararse puede con la bella, amplia y fina del Lido; así como tampoco se asemeja á la soberbia del magnífico Sardinero de Santander, únicas que recuerdo ahora entre las importantes que he visto. Por el contrario, es muy pobre, pero de una pobreza que cautiva; y el fondo de sus aguas está oscurecido por las algas, porretos y otras plantas, lo mismo que por las ruinas de los edificios romanos que en aquellos parajes se construyeron.

10 de Julio.—La vida en el hotel es esencialmente democrática. Casi todos ellos se ven frecuentados por pintores que acuden á la isla á hacer estudios de luz y de país. Con semejantes huéspedes, es de presumir la alegría cuando no el desconcierto bullicioso que los anima. Señores y criados se divierten juntos, sin que haya clases ni gerarquías sociales mas que á la hora de pagar, cuando el señor da la propina al criado que fué su compañero de jaleos.

La costumbre es levantarse temprano, tomar el desayuno; leer, pintar ó escribir, según los gustos ó profesion de cada cual; bañarse despues; luego comer y sestear, bien durmiendo, bien conversando bajo los emparrados. Por la tarde se bañan los que no lo han hecho por la mañana, y los que lo hacen por partida doble. Se organizan escursiones terrestres ó marítimas, en burra ó en barca. Por la noche se cena y se habla de sobremesa, terminada la cual, cada mochuelo toma su olivo, hasta el nuevo dia.

Delante de las fondas hay siempre grupos de muchachas con burras para las escursiones por tierra, y de chicos que avisan á los barqueros para las escursiones por mar. Unas y otros entretienen sus ócios pidiendo *un soldo* á los extranjeros, los cuales entretienen los suyos arrojando monedas á los chicos, que se las arrebatan.

En cada hotel se nota la huella del paso de los artistas. Algunos son un verdadero museo de caprichosos, cómicos ó intencionados dibujos trazados sobre las paredes. En otros hay álbuns en que aparece retratado todo huésped ó doméstico con la caricatura del defecto ó rasgo que le distingue. El registro en que por orden y con intervencion de la autoridad se vé obligado el dueño á inscribir á sus pupilos, es una coleccion de agudezas. Cada casilla está llena de ocurrencias felices.

La gente del Norte es la que más alborota. Los sesudos alemanes, los sérios ingleses, los frios rusos, noruegos y demás, no se cansan de inventar

travesuras. Efecto sin duda de la vida que Italia les infiltra, ó de que los artistas son iguales en todas partes.

Los españoles, en Capri, como en todos los pueblos del mundo civilizado á donde llegamos, somos conocidos por el continuo empleo de tres de nuestras usuales interjecciones, precisamente de las que no están en el Diccionario. Esta circunstancia dió lugar á una situacion cómica y vergonzosa. Hallándose en el hotel, y en compañía de mi compatriota y mia, una señora tambien española, se nos presentó un pobre chico isleño, conocido por lo listo que es para buscárselas, diciendo que él sabia hablar español. Y apenas le indicamos que lo efectuara, cuando nos soltó clara y rotundamente esas tres interjecciones, llamadas en conjunto y con irreligiosa impropiedad la *oracion de San Antonio*, con lo cual bien se comprende que la dama se puso colorada al oírle, y nosotros nos amostazamos, aunque no nos cabia la risa en el cuerpo. El muchacho habia aprendido á rezar de aquella manera sirviendo á pintores españoles.

11 de Julio.—Es digno de observacion el variado efecto de luz que el golfo, el cielo y las peñas ofrecen desde que el sol acaricia la isla con el suave claror de la mañana, hasta que se estiende sobre ella el inmenso manto espléndido que bordan las estrellas.

Estamos en frente de Nápoles. A las primeras horas del dia se vé en diversos puntos una ligera bruma de diversa intensidad, á través de la cual aparecen confusas las montañas del último térmi-

no, sin que se borren sus contornos, accidentados á trechos por las nubes. En gradacion de mayor claridad, surgen de izquierda á derecha las islas de Ischia y Prócida, el promontorio de Massa y el cabo de Tiberio, en el Sudeste de la isla, completamente límpido, aunque en sombra por la parte de adentro.

El Vesubio, en frente del espectador, se baña en media luz. El golfo tiene en su amplitud un reflejo claro que no ofende la vista, sino es en una seccion en que el sol riela.

El recto penacho blanquecino del volcánico monte anuncia buen tiempo, llegando casi hasta nosotros su imágen estendida por las aguas.

Bajo la directa influencia de la luz solar, el cabo de Massa demuestra la aridez de sus peñas, escasamente manchadas con algunos golpes de vegetacion.

El cielo se tiñe de un azul ligerísimo é igual.

Hácia el mediodia, la fina línea azulada con que las aguas señalaban el margen de la ciudad, se va extendiendo por la superficie del golfo, viéndose interrumpida su monotonía por franjas vigorosas, producidas por las corrientes semejantes á las estelas que dejan tras sí los buques. Aquí y allá blanquean algunas barcas.

Se perciben todos los detalles del primer término, completamente iluminado. El peñon de Tiberio está entre sol y sombra. Se divisan los puntos de la pura, encantadora, larguísima línea enarcada que forman las casas de la Marina napolitana, desde Pozzuoli hasta Castelamare.

Al declinar el sol, una rica variedad de tintas comprendidas entre el púrpura y el verde de los vidrios antiguos, matiza las nubes, modificando el color del mar, cuya superficie funde el azul primero en una tinta clara y luminosa. Diversos tonos violados pintan las montañas, según la posición de ellas, distinguiéndose la roca de Tiberio por un fuerte amarillo tostado, que el verdor de las plantas y las sombras proyectadas por las rocas salientes oscurecen. La marina de Capri, rodeada de un ambiente de ternura como creado por el crepúsculo vespertino, aparece pobremente ataviada con sus casitas blancas y sus barcas alineadas.

A medida que el sol se hunde en los mares, se acentúa el color violeta de las montañas lejanas. Las próximas toman tonos grises, cada vez más oscuros, hasta que empiezan á brillar las estrellas, desvaneciéndose en masas confusas los contornos montañosos. Se alza negra, inmensa, la punta del cabo de Tiberio, como silenciosa esfinge que guarda la entrada del golfo de los Misterios. Hay luces de barcas á las orillas. A lo lejos brilla tenuemente el hilo de luz que los faroles del muelle de Nápoles forman. El cielo centellea, y el alma se recoje, dilatándose después en el seno de la naturaleza.

13 y 14 de Julio.—Fueron los días destinados á una escursión alrededor de la isla, cuyo perímetro es de nueve millas. Para formarse idea de los lugares recorridos hay que figurarse la isla como un tronco humano, de estrecha cintura y

ancho pecho. La parte alta, situada al Norte, está determinada por tres puntas, casi en línea recta, la de la *Ancera*, la de *Camerelle*, y la de *Carena*. Circunscriben la cintura las dos marinas *Grande* y *Pequeña*, aquélla en la parte Oriental, y ésta en la Occidental. La sección inferior bastante irregular, va desde la punta de *Tragara*, al Oeste, sigue con la de *Marzullo*, continúa con las salientes de dos montañas llamadas *Toro grande* y *Toro pequeño*, y termina en el *Cabo de Tiberio*. De modo que desde el Cabo hasta la punta de *Ancera*, es el Levante; desde ella hasta la de *Carena*, el Septentrion; desde la de *Carena* hasta la de *Tragara*, el Poniente; de aquí al Cabo de *Tiberio*, el Mediodía.

A fin de no cansarnos mucho, ni fatigar en demasía á los dos remeros que en su bote nos condujeron, decidimos mi paisano y yo dar la vuelta en dos dias; el primero desde la Marina Grande á la Pequeña y el segundo de esta á la Grande. La mar bella, y el horizonte risueño, nos compensaban de las molestias del calor.

La primera curiosidad con que tropezamos fueron las ruinas de la *Villa Cibeles*, llamada tambien *Palacio*, llamada tambien *Baños de Tiberio*, visibles bajo el agua. Encima de ellas, practicada en la tierra firme, como es de suponer, comienza la escalinata que servia antiguamente de camino para ir á *Anacapri*, ó *Capri Superior*, uno de los dos municipios componentes de la isla.

La susodicha *villa*, mas otras once, fueron construidas por orden de *Tiberio*, quien las dedicó á

cada uno de los doce dioses mayores. Sabida es la predileccion con que el sanguinario emperador miraba la agreste *Caprea*, llena de sus recuerdos, aturdida en la antigüedad con el estrépito de las orgías de la corte tiberiana.

Pasadas las isletas, que forman un grupo de rocas salientes, llegamos á la celeberrima *Gruta azul*, norte de los viajeros que recorren las comarcas napolitanas, ensalzada sobre toda ponderacion por artistas y poetas. Está formada por una gran caverna circular, cuya boca es tan estrecha que es necesario que la mar esté en completa calma para que el oleaje no impida con sus embates la entrada de la barquilla. Cuantos van en ésta deben tenderse para no sobresalir de las bordas. Al penetrar en ella recordé las impresiones recibidas en la bola de San Pedro. Me figuraba yo, siempre que la abordaba, un número inmenso de viajeros desparramados por el mundo, que poco á poco se van juntando en menor espacio, como es el suelo de la nacion italiana; luego en otro mucho menor, como es el de la ciudad de Roma, hasta que pasan por las relativas estrecheces de la escalera de la Cúpula, y uno por uno tienen que entrar en la abertura de la bola, ocupando el mismo espacio, y rozando sus espaldas con el mismo muro. Emperadores, reyes, magnates, opulentos señores, ilustres personajes, todos tienen que sufrir en aquel sitio la ley del embudo, despues de haber vagado á sus anchas por la terrestre superficie; á semejanza de las bolas de un inmenso bombo que salen por igual agujero; como las innumerables gotas de

líquido contenidas en colosal bota que fluyen por una sola canilla; igual que los carneros de Panurgo, que pasaban bajo el mismo compás.

Es inefable, dentro ya de la gruta, el efecto de la azulada y clara luz crepuscular, que traspasa las aguas, transparentándolas y nacarándolas cuando se remueven. El cuerpo humano que en ellas se sumerge parece plateado, haciendo saltar al zambullirse una radiosa cascada de gotas diamantinas. Cada movimiento de la barca, cada golpe de remo, cada maniobra de nadador ó evolucion de cualquier objeto, es causa de varios cambiantes que en la extraña concavidad embelesan la vista.

La fantasía combina en el arsenal de lo maravilloso cuantos elementos necesita para llenar con una acción extra-natural y plácida aquella escena abandonada de los seres fantásticos que huyeron al acercarse los mortales.

La memoria evoca pléyades de nereidas con que el idealismo pagano personificó la hermosura de los mares encantados, como si la gruta fuera el ámbito en que las ninfas desataban la encendida pedrería que rutilaba en sus abundantes cabellos.

Se oye en aquel paraje el eco armonioso de los cantos de las sirenas, apagados por el himno fervido de los mártires y el sombrío lamento de los ascetas.

Naturaleza levanta el pudibundo velo que encubre sus gracias, recreando los ojos de los predilectos.

Se fueron los dioses; pero aun quedan los sitios que la riente Musa de la antigüedad se imaginaba como testigos de voluptuosas dichas gozadas por amantes inmortales.

Más allá de la gruta azul, doblando la punta de la Ancera, seguimos costeando sin incidente alguno, yo divagando con la mente, el pintor llenando su album de apuntes, y los pobres remeros entregados con ardor á su penoso trabajo. Así pasamos la punta de Camerelle, y doblamos igualmente la de la Carena, llamada por los indígenas de la *Linterna*, á causa del faro que se alza en su cumbre.

En la parte occidental nada nos distrajo de nuestras prolongadas meditaciones y trabajos, hechos al calor de un sol espléndido, si no es la visita á las grutas encarnada y verde, ya bien entrada la tarde, las cuales son de ménos importancia que la azul.

Aunque no era la hora más á propósito para observar el fenómeno de la coloracion, debo decir que en ambas grutas se tiñe la bóveda con el color de su nombre, á causa del reflejo que las aguas hacen de la luz solar sobre el fino musgo que tapiza las rocas.

La gruta verde es de poco fondo, y tanto se transparentan sus aguas, que se ven las algas del suelo y á los peces nadar: la entrada es tan ancha que forma un golfo pequeño.

Después de dejar atrás la punta de *Mulo*, llegamos á la Marina pequeña, cuya playa es en extremo accidentada. El paisaje que la rodea es agreste

en exceso; al extremo Oeste se ven dos grandes peñascos, llamados los *Faraglioni*, de caprichosa forma y muy pintorescos.

Mi compañero, decidido á trasladar al lienzo, apenas brillara la luz del nuevo dia, algunas de las bellezas naturales que abundan en aquel sitio, efecto de las combinaciones que el terreno, la vegetacion, la playa, el mar y las rocas ofrecen, determinó pasar la noche en la Marina pequeña, acompañado de un remero que cuidara de la barea, mientras que yo me fui tierra adentro con el otro, atravesando fatigosamente enrevesados caminos hasta llegar á Capri, desde donde descendí al hotel que ocupabamos en la Marina grande.

Sentado por la noche á bien provista mesa, en que sobraban los calamares y langostas que en cantidad pescan los capriotas en sus dominios, compadecí la sobriedad artística de mi compatriota, obligado, por amor á la pintura, á compartir con el marinero los relieves de la merienda que habíamos despachado juntos á la entrada de la gruta verde. *Sic itur ad astra.*

A la mañana siguiente, el remero me vino á buscar para deshacer el camino hecho la víspera, lo cual verificamos resignados, ya que no alegres.

El artista se estaba luciendo, terminando una *impresion* de los *Faraglioni*, compuesta de trozo de costa y seccion de mar.

Saltamos á la barca, despues de recogidos los trebejos pictóricos, prévia una modesta refaccion que verificamos con las vituallas aportadas por nosotros.

A fuerza de remo llegamos pronto á los renombrados peñascos que surgen derechos, sufriendo el incesante sacudimiento de las olas que se amontonan espumantes sobre ellos cuando reina viento fuerte.

La Tragara servia de puerto en tiempo de Tiberio á la flotilla que esperaba sus órdenes en aquellas aguas. Pasada esta punta, se vé la roca del *Monacone*, en la que hay una galería subterránea á cuyo extremo, segun el decir de las gentes, se da en ancha cámara adornada con un antiguo sepulcro romano que la sirve de centro. Como para llegar hasta él se necesita un sistema de locomocion igual al que Nabucodonosor empleaba en sus malos tiempos, renunciámos unánimes á satisfacer nuestra curiosidad.

Pasados la punta de Marzullo, la isleta á ella cercana, y el *Tuoro grande*, en cuya cima está el telégrafo semaforico, saltamos á tierra para visitar las ruinas de un templo romano consagrado á Mithras, existente en una caverna. Volvimos despues á la barca, que caminó veloz, dejando atrás el *Tuoro pequeño* y el salto y cabo de Tiberio, digno de especial mención, al que dimos vuelta apresurando el fin de la excursion costera, un tanto prolongada.

Cerca de la Gran Marina hay otra gruta, cuya vista se dejó para otro dia, semejante á una decoracion teatral que representa cavernas infernales, siniestramente iluminadas por el azufre. Para ver este espectáculo hay que escojer la hora de las diez de la mañana, en que la luz del sol penetra oblicuamente por la angosta boca de la cueva.

16 de Julio.—Las principales alturas de la isla son el Monte Tiberio al Sudeste, y el Monte Solaro al Oeste, hácia la parte de las grutas encarnada y verde. Mide el último 618 metros de elevacion sobre el nivel del mar, llegándose á la cúspide despues de una larga caminata en burra, escepto en las ocasiones en que hay que echar pié á tierra. Desde aquella se goza de una hermosa vista comprensiva del Vesubio y de los golfos de Nápoles y Salerno.

Llégase al Monte Tiberio, pasando al pié del de San Miguel, que no tiene nada de particular. En aquél llaman justamente la atencion del viajero las colosales y extensas ruinas de la *Villa Giove*, construida con escesiva magnificencia. En ella se celebraron las delirantes orgías que indignaban á Suetonio.

El *salto* es un precipicio de rocas escarpadas, que cuenta 1.335 piés de elevacion. Desde él eran arrojados al mar los miserables que el tirano condenaba á tan horrible fin, despues de bárbaros tormentos. Lugar tan horrendo es explotado por cierta familia pobre que habita una casita cuya puerta trasera da al pretil del precipicio. Despues de brindar al viajero con bollos y licores, no sin haberle presentado antes el *album* de costumbre, se le ofrecen piedras de algunas libras de peso para que las arroje al abismo. Tardan estas sobre unos veinte segundos en llegar al agua, rebotando en las rocas, al final de su descenso, ántes de sumergirse. Parece que rasgan un aire densísimo, ó que son de materia ligera, segun la aparente lentitud

con que bajan. No hay cabeza que no flaquee, ni nervios que no se estremezcan ante el inmenso corte á pico de la altísima roca.

El album está lleno de dibujos en que se caricaturizan las probables escenas que aquel sitio maldito presenciara. Tiberio en persona, arrojando á sus víctimas, es el asunto principal de las bromas.

En lo sumo del monte, coronando las grandes masas de ruinas de la *villa*, se eleva modesta ermita en cuyo tejado se bambolea una cruz de madera, azotada por los vientos. El ermitaño recibe las limosnas que las buenas almas depositan sobre la bandeja colocada en pobre mesa de pino. Desde aquel punto vimos próximo y limpiamente el cabo de Massa, espaciándose atónita nuestra mirada por los mares, en razon de ser las escarpaduras tan perpendiculares que parecia faltarnos la tierra bajo los piés.

Inmediata á la *Villa* está la torre del Faro, reedificada despues de la muerte de Tiberio, segun testimonio del historiador Tácito, por haberla destruido un terremoto.

Despues de verlo todo, tornamos á la fonda como salimos de ella, montados en sendas borricas guiadas por huraños jóvenes.

17 de Julio.—No hay en la guijarreña playa de la Marina Grande sitio cómodo para tomar los baños.

Los naturales del país no han pensado en explotar el pudor de los extranjeros, construyendo una mala caseta de baños para el que quiera usarla. Digo mal, habia una media caseta, compuesta

de techo y suelo, sin tableros laterales. En ella se desnudaba de buena fé, antes de entrar en el baño, una señora alemana, bastante guapa; y digo de buena fé, porque como la caseta no tenia costados, los hombres veiamos á la dama: como el techo estaba resquebrajado, la veian los ángeles; y como las tablas del suelo no juntaban, era objeto de las miradas de los peces.

Por venir como pedrada en ojo de boticario, no creo inoportuno apuntar aquí algunos datos sobre la manera de tomar los baños de mar en ciertos puntos de Italia.

El Lido de Venecia es un encanto.

La casa de baños, edificada en extensa ala, tiene un pabellon central que separa las señoras de los caballeros.

La playa es de arena clara, abundante en sueltas plantas marinas que se enredan al cuerpo.

En el muelle principal de Nápoles, como en Santa Lucía, hay gran número de establecimientos balnearios, exuberantes de colorines, contiguos á la playa de finísima arena oscura.

La concurrencia á estos lugares es grande. La expedicion suele hacerse en tram-vías que parten del centro de la ciudad.

De Roma á Palo hay, además de los trenes ordinarios que van á Civitta-Vecchia, un tren extraordinario llamado *il treno dei bagni*, segun pregonan los mozos de la estacion á cada medio minuto. Se parte á las ocho y media de la mañana, empleando más de una hora en llegar. En Roma dan con el billete de ida y vuelta el número del camarín que ha de ocuparse.

Nada más hermoso, tranquilo y suave que aquella playa. Todo lo que el pueblo tiene de triste, árido y desabrido, lo tiene el mar de riente y placentero.

Las personas acomodadas que necesitan bañarse, y por precision han de residir en Roma durante la fuerza del calor, van á Palo; así es que al segundo ó tercer viaje se conocen ya todos los bañistas. Despues del remojo se almuerza en la fonda del establecimiento, situado en un ancho corredor abierto al mar, entre las dos filas de camarines que forman la casa. A las doce y media se vuelve á Roma, gozando las delicias del calor natural en semejante hora.

Los baños de Liorna son desagradables por un lado y agradables por otro. La orilla está llena de yerbajos, pero las vistas recrean.

En Génova, sea porque Eolo acostumbra á desatar la mayor parte de los dias un pellejo de viento sobre el golfo, sea porque las olas no quieren morir en la orilla sin estrépito, sin lucha, sin rabia, lo cierto es que el baño suele estar un poco fuerte. El cuerpo se ve zarandeado por los encuentros del reflujo, cubriéndose de espuma unas veces de arena otras.

En Capri se toman los baños como Dios le da á entender á cada individuo. Se descende por incómodos senderos á la Marina, y allí se nada sobre ruinas cubiertas de negra vegetacion. Los guijarros punzan los piés. Los peces, algunos de ellos crecidos, se convierten, como el perro, en amigos del hombre; amigos que á veces muerden á los racionales.

Tampoco creo inoportuno terminar esta ligera reseña sin notar una particularidad digna de ser publicada: la de las relaciones de sexo á sexo dentro del agua.

En el Lido, como hombres y mujeres están separados por la plataforma de la casa central, sólo pueden comunicarse con el pensamiento y verse con los ojos del alma.

En Nápoles, un guardia urbano, colocado en el punto de convergencia de las aguas contrarias, vigila en los establecimientos al sexo fuerte para que no invada el terreno del débil. Sin embargo, á muchos caballeros descamisados, so pretexto de ser maridos por lo religioso ó por lo civil (que allí no se muestran documentos), se les tolera acercarse á señoras de poca ropa.

En Palo, el administrador de los baños hace las funciones del guardia urbano, sin que ocurra ningún desman.

En Liorna, los tenderetes para bañarse son como recintos aboardillados, forrados de lona, cuyas salidas al agua dan á un espacio comun á muchos; algo como un pátio marítimo, de modo que suelen encontrarse juntos Adán y Eva, con la mayor inocencia, por ser ántes del pecado.

En Génova. . De Génova nada puedo decir, porque allí me he bañado solo; pero de Capri diré que nos lanzábamos al agua como una docena de personas regulares, entre señoras y caballeros; procurando aquellas hacerlo á distinta hora de la nuestra para evitar el ser vistas, escepto la inocente alemana que se creia al abrigo de todo ojo indiscreto.

18 de Julio.—CAPRI.—Desde la fonda en que estamos se emplea un cuarto de hora largo en llegar allá. El núcleo del caserío está situado en lo alto del anfiteatro de plantíos encajado entre dos peñones, que se vé desde el mar. Se llega á la Plaza, donde está la iglesia principal, con lo mejor del pueblo, subiendo por callejones estrechos que separan los huertos. Sobresalen de las cercas y vallados frondosos árboles con flores y frutos que bordean el camino, recreando con su fragancia al caminante. Al subir por aquellas cuestas, sintiendo á veces el frote irrespetuoso de las ramas, aspirando sus emanaciones que incitan á amar la vida, se echa de ménos la amorosa compañera que lo poético del lugar reclama para el viajero solitario.

Capri está compuesto de calles muy estrechas, varias de ellas oscuras; otras con puentes que unen dos casas fronteras. Los edificios son pobres, lo mismo los habitados por el vecindario, como los alquilados para fondas y viviendas de ricos extranjeros. Alguna que otra quinta campea en sus arrabales, y más de veinte estudios de pintores contribuyen al buen aspecto, animacion y provecho del país.

ANACAPRI. Está situado en lo alto de la isla, cerca de la punta del Nordeste. Desde la plaza de Capri comienza la ascension, en carruaje ó en montura, andándose el hermoso camino nuevo, construido sobre las rocas. Un muro de poca altura separa hácia la parte exterior el camino del abismo. El viandante pedestre no tanto; pero el ca-

balgador se figura á cada momento que va á ser lanzado al espacio, á pesar de lo anchuroso de la vía. A cada recodo corresponde nueva zozobra en el ánimo del extranjero, porque los naturales, chicos y grandes, no sólo no se consideran más seguros en la carretera, sino que saltan como cabras por los pretiles, corriendo por sus bordes y buscando los peligros del camino viejo, compuesto en su mayor parte de carcomidos escalones. Arrancan estos de lo alto de la *villa Cibele*, alternando sus series con secciones de piso llano, según lo requiere la estructura del peñón. Hay una serie de 533 escalones, y un punto en el camino viejo en que el abismo, siempre patente, es de 800 piés. Al final de aquél se ven las ruinas del castillo llamado de Barbaroja, sobre una altura á la izquierda. Tanto en uno como en otro camino, lo accidentado de las rocas proporciona al viajero la ocasión de verse suspendido en el espacio, ó de ver suspendidas sobre su cabeza gigantescas masas.

Anacapri es un pueblo hermoso, compuesto de alegres alquerías, quintas magníficamente situadas, y calles estrechas formadas por blanquísimas casas. Es superior á Capri, contando entre las ventajas la posesión de una catedral, y el despacho del legítimo *Capri bianco*, que los fabricantes de Nápoles falsifican, precioso licor del que no se vé una gota en la parte baja de la isla.

Un par de horas de licamos á recorrer el pueblo tornando después á montar sobre los pacientes cuadrúpedos que en la plaza nos esperaban, custodiados por sus bonitas conductoras.

A la inversa de la subida, contemplamos durante largo rato, primero el golfo de Salerno é islas de las Sirenas, despues la punta de Massa y el golfo de Nápoles, hasta llegar á la plaza de Capri, donde nos apeamos.

Hasta fines de mes.—Por no hacer larga la enumeracion de excursiones, así como por no dar carácter de importancia á ciertos detalles de la vida del *touriste*, que en absoluto carecen de ella para el público, omito las actas profanas de estos dias, trascurridos entre los ejercicios á que comunmente nos dedicamos aquí y la observacion de tipos y costumbres. Siendo éstas originales, y aquellos dignos de salir á luz, es preferible distraer la atencion del benévolo lector con su pintura, que, si no es exacta, tampoco tiene resábios de exageracion ni pretensiones de extravagancia.

En dos grandes grupos pueden dividirse los habituales moradores de la isla: en extranjeros (*forestieri*) é indígenas. Los extranjeros se subdividen, á su vez, en permanentes y transeuntes; llamándose permanentes los que fincan en el país, generalmente pintores que adquieren una posesion para construir en ellas un estudio. El trato con las gentes ó las formas acabadas de alguna modelo, con dificultad llamada al buen camino (que en todo lo tocante á esta materia son las capriotas selváticamente intransigentes) llegan á ganarse las voluntades de dichos artistas, los cuales humillan la cerviz ante el santo yugo matrimonial, trasformándose, por tal solemnidad, en vecinos de Capri, con ufana satisfaccion de sus nuevos conciudadanos.

Cuando una muchacha isleña logra casarse por delante de una iglesia positiva, ó conforme al rito abreviado de cualquiera de las innumerables religiones individuales, pues de todo hay en el roce con los pícaros extranjeros, se dice en el país que *à presso un signore*, ó como si dijéramos, que ha hecho una boda loca. Hacer una boda loca es vivir en adelante con un hombre cuyo idioma no se entiende, gozar de las comodidades de un hogar ménos pobre que el paterno, y gastar zapatos, cuyo uso, para aquellas buenas gentes, es casi innecesario.

Los extranjeros transeuntes, como el nombre lo indica, son aquellos que despues de más corta ó más larga permanencia en los hoteles de Capri ó de Anacapri, abandonan la isla, conservando ó sacudiendo el polvo del calzado, segun y conforme les haya ido.

Los indígenas casi todos hacen la misma vida, que es servir al extranjero. Exceptúanse de esta ley los marinos que de Mayo á Octubre permanecen en las costas de Africa y Cerdeña, dedicados á la penosa pesca del coral. Durante su ausencia, trabajan las esposas, para conllevar la soledad matrimonial, entregándose á la ocupacion propia allí de las mujeres pobres, cual es la de servir de guías, llevando del ramal borricas montadas por los forasteros, esos séres superiores á quienes no llegan á amar, pero que rodean de cuidados, satisfaciendo sus caprichos.

El forastero es un ente ideal. Casarse con él es realizar el más imaginario de los sueños. Se le

explota sin avaricia, considerándole como dispensador de gracias. Se le sirve por hábito, por ley fatal del Destino, que hace caer sobre la isla tales señores, originarios de no se sabe dónde, cuyo yugo es suave, cuya carga es ligera. Se le recuerda siempre, aunque no vuelva á aparecer por aquellos lugares, y si aparece se le llama por su nombre, traducido al *caprese*. Se le recuerdan sus actos, se le repite lo que acostumbraba á pagar por un corte de pelo, por una caminata anual, por una hora de paseo en barca, por hacer que le llevaran las cartas al correo.

La raza capriota es fuerte, bien templada, de moderado desarrollo é inteligencia pronta. No hay en ella personas muy gruesas, de exagerado volúmen, igual que no las hay; segun mis observaciones, en los puntos expuestos á todos los vientos, como si las fuertes corrientes de aire pulieran y afinaran las formas, dando reconcentrada solidez á los músculos.

Las mujeres son de noble aspecto, sin arrogancia. Tienen regular estatura, hermosa cabeza, facciones delicadas, destacándose del conjunto del rostro la extrema blancura de la completa y apretada dentadura, que contrasta con el color de la fina piel empañada por la luz del sol y los aires del mar.

Tan proverbial como su belleza es su castidad. ¡Raro contraste en la historia de esta isla, las puras costumbres de hoy con la báquica y corrompida era tiberiana! Hechas las correspondientes salvedades que la prudencia aconseja, puede de-

cirse que cada isleña es un modelo de virtud salvaje. Está muy mal visto que á las muchachas dedicadas á guiar artistas y pudientes por aquellos riscos y vericuetos se les diga con segunda intención: "buenos ojos tienes." Tanto es así, que los más constantes en galanteo concluyen por decirles: "por ahí te pudras," viendo su casta obstinación.

La obligada insistencia con que he hablado siempre de borricas, nunca de borricos, empleadas en el acarreo de los señores, habrá chocado, quizá, la perspicacia del agudo lector, á quien debo la explicación del hecho. Héla aquí. Para evitar todo escándalo de la vista, lo mismo que del oído, están desterrados de la isla los individuos de la familia asnal componente de la parte masculina. Los ojos y las orejas cerrilmente piadosos, ó piadosamente cerriles de las doncellas capriotas, están tan perfectamente educados como los de la más remilgada inglesa.

Pero como la moral, la religion, la estética y otros órdenes de cosas por el estilo, son relativas en cada pueblo, según el modo con que el sér racional entrevé lo abstracto ó lo impalpable, resulta que aquellas mujeres de tan vidriosa pudicicia, enemigas del inocentísimo amor cuadrúpedo en sus legítimas manifestaciones, no hallan inconveniente alguno, cuando airosas descienden á la Marina, en mirar por encima de los bardales las atezadas formas de los zagalones del país, y las blancas de los extranjeros que se bañan al aire libre. Misterios de la humana naturaleza.

Las artes del buen decir no han logrado mucho desarrollo entre aquellos sencillos habitantes. Por Capri dicen *Crapi*, por Tiberio *Timberio*; al templo de Mithras, llamado entre los latinos *Mithras antrum magnum*, le nombran *Matromacia* los cultos, y *Matrimonio* los indoctos.

Para el que no está muy avezado á la sonora lengua toscana, que es la más usual entre los extranjeros que viajan por Italia, el dialecto napolitano es una mortificación y el caprese un tormento, por que de éste no se entiende nada de lo poco que se entiende en aquél.

Además del niño que sabe español, porque pronuncia clara y distintamente las tres interjecciones españolas de que dejo hecha mencion en otro lugar, hay en Capri algunos otros que chapurrean media docena de frases francesas, con alguna que otra inglesa. Del alemán, á pesar de que van muchos alemanes á la isla, no saben una palabra, pareciéndose en esto á la mayor parte de los que le aprenden por principios fuera del territorio en que se habla.

Tampoco el municipio de Capri se distingue por sus letras. A la entrada de un huerto donde se descubrieron algunas ruinas pertenecientes á la Villa-Tiberio, tiene colocado el siguiente letrero: *Villa-Tiberio recentemente scoperta l' anno 1875*. De modo, que andando el tiempo, de aquí á un siglo, lo mismo que hoy, la villa está descubierta recientemente.

31 de Julio.—Ha llegado el momento de la partida, bajo tristes auspicios. El cielo está anubar-

rado, la mar picada, el ánimo melancólico por las despedidas.

Marcho en una barca de doce remeros, acompañado de dos napolitanos decidores, que son como los andaluces de la península italiana. La embarcacion cabecea horribilmente con el oleaje; los napolitanos derrochan un caudal de gracejo, á cada lance del viaje, que se hace pesado, por tener constantemente el punto de llegada delante, sin poder llegar á él en seis ú ocho horas.

A lo mejor de la charla, oimos un estrépito prolongado que nos dejó suspensos. Los marinos soltaron á un tiempo los remos, al grito de *mamma mia!* pronunciado con terror por un tripulante, el primero que vió un enorme cetáceo, tres veces más grande que la barca, surgir á la superficie de las aguas, á diez metros de distancia.

Conticuere omnes.

Nos hallábamos justamente á mitad de camino de Capri y de Nápoles. Mirábamos á ambos puntos sin saber lo que hacíamos. El timonel recomendó el silencio y la inmovilidad. Todos obedecimos atónitos, mirando las aguas por donde habia desaparecido el animal, y creyendo que podia aparecer nuevamente tan próximo á nosotros, que de un coletazo esparciera la barca con sus trebejos y ocupantes por la region del aire. Afortunadamente, inofensivo el cetáceo, salió hasta tres veces, alejándose tanto que no le volvimos á ver.

Tornó la calma al ánimo perturbado, la respiracion al pecho, los remos á las manos de los remeros, y á charla ménos viva los napolitanos que-

pálidos como la cera, se habian escondido bajo los bancos.

Juré no volver en barca por aquella latitud, habiendo tan buenos vapores que hacen la travesía. Desde el muelle de Nápoles envié un saludo á la isla que abandonaba.

POMPEYA.

FOURTY A

POMPEYA.

LO PROBABLE.

Corría la noche del 24 de Agosto en el año 79 de la Era Vulgar. Pompeya, una de las célebres ciudades que componían la privilegiada región de la Campania, descansaba sobre la falda oriental del Vesubio, cuyo humeante y rojizo penacho subía recto á perderse en el claro oscuro del espacio que los brillos estelares de un cielo sereno y las reverberaciones de la luna sobre la tersa superficie del golfo de Nápoles penetraban de ténue claror.

De los recortados jardines contruidos dentro de las casas opulentas, de las vastas *villas* situadas extramuros, de los boscajes que circundaban la población, se desprendían emanaciones llenas de fragancia que la picante brisa marina llevaba hasta los cubículos donde se daban al sueño los más felices moradores de la bella ciudad.

Las paredes de estas cámaras, cubiertas de brillante estuco vigorosamente coloreado, sobre el

que resaltaban las graciosas actitudes del cuerpo humano, el sencillo movimiento de los animales, los grupos de flores y frutos y los caprichos de esa fina ornamentacion característica del estilo pompeyano, permanecian ocultas por las sombras. Sólomente en los dormitorios, alumbrados por la discreta luz de una pequeña lucerna alzada sobre elegante columnita, podia contemplarse los pasajes principales de la vida de los dioses ó de los héroes cantados por los poetas, si es que la vista no resbalaba sobre bruñidos bronces que se encendian al contacto de los rayos luminosos, pasando despues á los zarzillos y abrazaderas de oro luciente que constituian el adorno de la hermosa dama que allí se entregaba al reposo. Tendida sobre el lecho con incrustaciones de marfil que servia de marco á su incitante figura, apenas si los abandonos del sueño permitian adivinar la imágen del pudor en las pulidas formas que los paños dejaban descubiertas.

De los asuntos olímpicos ó heróicos, los más escogidos para las composiciones murales eran los amorosos, triunfando los referentes á Vénus *física*, protectora de Pompeya, como lo da á conocer uno de los principales frescos pintados en casa principalísima, en que se representa á la diosa con el peplum sobre las rodillas, estrechando el largo cetro de oro, sentada sobre el Triton, y alargando la mano á Cupido como para descender á la playa en donde una jóven matrona, personificacion de la ciudad, la recibe libando sobre un ara aguirnaldada.

No todos los sueños eran tan apacibles como el de la dama; muchos ciudadanos constituidos en autoridad ó negociantes acaudalados, cuyos nombres aparecían inscritos en las fachadas de sus casas, se revolvían entre las angustias con que la ambición y la avaricia logran perturbar hasta las tranquilas horas de la vida. Algunos otros se despertaban ansiosos, creyendo haber sido nombrados decemviro, cuando en realidad sólo se sabía de ellos que su candidatura estaba escrita á la puerta de algunos despachos de bebidas calientes y de comestibles, cuyos dueños recomendaban, en unión con sus parroquianos, por todo programa electoral, los nombres de dichos caballeros.

Sin embargo, la dulzura en las costumbres, como el cultivo de las pasiones afectivas (consecuencia de aquellas costumbres, que lo suave de la naturaleza del lugar ablandaba) eran lo predominante en Pompeya. El umbral de las puertas de entrada saludaba con el pacífico *Have*; el perro guardian que impedía el ingreso á los extraños sólo estaba representado en un mosaico del prótiro, como en la casa del poeta trágico; y en los muros de los perístilos, columnas de los jardines, ó sitios á propósito, se leían frases y versos, protegiendo el sueño de una dama, hablando de amor á una doncella, ó celebrando la generosidad de un rico que regala á sus amigos y parásitos con exquisitos vinos y manjares.

Por las calles de la ciudad había cesado el estrépito de los carros rodando sobre las poligonales losas de lava que formaban el empedrado. El

tráfico quedaba paralizado hasta el alborear del día siguiente. Algunos individuos, muy pocos, transitaban aun á lo largo de las altas aceras en las vías principales, cortando el ruido de sus pasos la monotonía de los caños de agua que caían en los pilones de las fuentes colocadas en las esquinas. Otros aparecían y desaparecían por entre los huecos de los elegantes propileos de los pórticos. La mayoría de estos vigilantes se dirigía á sus domicilios; eran contados los que sintiendo el aguijón de la impureza acudían á sitios infames, donde se reproducían al vivo los obscenos grupos pintados en las paredes por una mano grosera. El eco de las carcajadas ó de los aplausos de la muchedumbre, había espirado ya sobre las desiertas graderías semicirculares del Teatro Cómico y del Teatro Trágico, iluminadas débilmente por la luna, lo mismo que las elípticas del gran Anfiteatro. Igual silencio reinaba en los anchurosos ámbitos del Foro, de la Basílica, de los templos contiguos, cuyas estátuas ornamentales mostraban al aire libre varias actitudes, y cuyas masas arquitectónicas resaltaban casi totalmente por oscuro en el espacio.

Por entre las rendijas de las puertas de ciertas posadas y tabernas salían rayos de luz y ráfagas del vocerío producido por la gente viciosa allí reunida, que por lo comun disputaba sobre el mérito de los gladiadores. Por cierto que algunos de estos purgaban á aquellas horas faltas de disciplina en el cepo del cuartel. También velaban los cuerpos de guardia, establecidos en las puertas de la

ciudad, aumentando el ruido en la de la Marina, por donde se entraba á Pompeya, viniendo del Puerto, la cual era de más animacion que las otras por tener una hostería muy frecuentada de marineros y soldados, desde donde solian escaparse buen número de blasfemias contra una imágen de Minerva colocada en un nicho de la pared frontera. Esta imágen, aunque de barro cocido, tenia particulares adoradores de posicion, á juzgar por las lámparas votivas de plata y oro colgadas á su alrededor.

Así mismo permanecian despiertos los muchos operarios que en los hornos con molino fabricaban el pan del dia siguiente; los artesanos á quienes la prisa ó la penuria obligaban á trabajar durante la noche; y acaso más de un poeta, creyendo oír el fragoroso aplauso del público en los coliseos, ó la culta aprobacion de la alta sociedad en las exedras de las casas opulentas, recitaba versos acabados de trasladar al rollo de pergamino, hollando á grandes pasos las quimeras del pavimento en mosaico.

Quienes, de fijo, trabajaban eran los dos Plinius, tio y sobrino, ilustre el naturalista entre sus contemporáneos, y en camino de celebridad el menor, que enamorado de la sabiduría se dedicaba á prolongados estudios. Las evidentes señales de una próxima erupcion, manifiestas en la cumbre encendida del Vesubio que por allí lanzaba las ardientes materias que le corroian, les tenian apercebidos á la catástrofe que trataban de presenciar como hombres científicos.

El humeante y rojizo penacho siguió elevándose durante el resto de la noche; el firmamento continuó brillante, el ambiente puro, la ciudad callada y las embarcaciones del puerto, imperceptiblemente movidas por el tranquilo flujo del golfo sosegado, se agrupaban entrelazando aparentes sus palos y jarcias.

* * *

Y comenzó á lucir el nuevo dia, 25 de Agosto, y á circular gentes por las calles; primero los madrugadores, despues los que despachaban líquidos y sólidos de general consumo: cuántos servian en tienda abierta ó trabajaban en talleres, fábricas, estudios de artistas, templos, establecimientos públicos, de todas partes iban acudiendo á ellos los ciudadanos que por obligacion debian abandonar el plácido lecho reservado á la gente regalona ó que trasnochaba.

Los conductores de reses se dirigian con ellas al Foro boario; los canteros y albañiles iban, en su mayor parte, al Foro civil, á sustituir las columnas del pórtico, hechas de tufo, por otras de travertino, y construir sobre ellas un segundo orden cubierto para dar amplitud y magnificencia al monumento. Igualmente restauraban allí el templo de Júpiter, cuyas columnatas jónicas y corintias superpuestas habian sufrido mucho con el último terremoto.

A la basílica acudian cuantos traian entre manos públicos negocios; y muchos de ellos, cansados

de esperar las decisiones de los magistrados, ó satisfechos del éxito de sus pretensiones, se entretenían en grabar letreros con el estilo en los entrepaños de las paredes. El templo de Vénus, cuya ornamentación unía á la severidad dórica la jónica elegancia, era el más concurrido, adorándose allí, como dioses afines á la Vénus física, á Mercurio y á Maia, representada en un cono de piedra, llamado *Omphalos*, símbolo de la tierra. En la Curia de los Augustales se congregaban estos hermanos para celebrar funciones cívico religiosas en honor de Augusto, y allí abrían sus despachos los banqueros que traficaban con el cambio de moneda.

Las casas de baños y termas públicas marcaban ya en su reloj solar el momento de tener dispuestos los aparatos gimnásticos en la palestra; el espoliatorio, las salas de agua fría, templada y caliente, los destrictarios colocados al extremo de las piscinas para la limpieza y unciones, y todo lo concerniente á los baños de hombres y mujeres, porque el calor de la estación los llenaba de concurrentes.

En suma, los pompeyanos se entregaban á sus faenas ó placeres en público ó en el secreto del hogar, cuando principió á nublar el espléndido sol que los alumbraba, como preludio de la gran catástrofe que iba á sepultar á Pompeya al influjo de una erupción volcánica.

LO CIERTO.

Se habia inflamado repentinamente el Vesubio. Torrentes de materias volcánicas, mezcladas con piedra pomez dividida en fragmentos, comenzaron á cubrir sus vertientes.

Arremolinadas nubes de denso humo ennegrieron el espacio, borrando el Sol y todo destello de su vívida lumbre.

El cráter arrojaba un continuo metrallazo rojizo que iba á perderse recto en la oscuridad. El ruido del borbotar la lava en las entrañas del monte era medroso; el temblor de la tierra atemorizaba; el fuego, reflejándose en las ondas del golfo, simulaba un mar de llamas que metia espanto. Las ascuas y las cenizas iban subriendo á impulsos del volcan las comarcas próximas: algunas de aquellas llegaron en alas del viento hasta el Egipto y la Siria.

Los pompeyanos, fuera de sí ante una catástrofe tan impensada y tan general, huyen despavoridos en la primera hora. Escenas desgarradoras de tiernas despedidas entre parientes y amigos, de llanto por los que sucumben, de agitado delirio por los que no saben qué partido tomar, llenan de tristeza y horror los hogares y sitios públicos.

Entre tanto, los rios de hirvientes materias que descenden de la cumbre estrian el Vesubio en varias direcciones. Apretada lluvia de arena y pedrisco vá cubriendo la techumbre y el empedrado de la ciudad.

El Mediterráneo retrocede con fieros rugidos, dejando la playa cubierta de peces. Comienzan á sucumbir los pompeyanos, unos sofocados por el humo, otros aplastados por las piedras. Mujeres y niños agonizan en sus casas, sin valor y fuerzas para abandonarlas. La angustia de los enfermos postrados en sus camas es horrible.

Los ciudadanos que pueden huyen por las puertas de los muros. Algunos, llenos de ánimo ó de codicia, registran las casas propias y las ajenas para llevarse el dinero, las alhajas, las telas ricas. Otros vuelven á la ciudad, despues de haberla abandonado al primer momento de pavora, para buscar las prendas de su corazon ó los objetos preciosos del hogar.

La misma confusion que reina en las vías públicas, se advierte en los alrededores de Pompeya. La puerta que lleva al Vesubio se vé completamente abandonada; la aglomeracion es grande en la de la Marina, por ser muchos los que, llenos de sobresalto, corren á salvarse en el mar; y á las demás salidas afluye numeroso gentío. Unos buscan el refugio de la populosa Cápua; otros se dirigen hácia la culta Ñola; quienes, sobreponiéndose á antiguas miserias, olvidan ante el peligro las rivalidades existentes entre Nuceria y Pompeya, y van al delicioso valle en que aquella se estiende; otros, en fin, toman la ruta de Herculano y de Estabia, donde su mala suerte les ofrece en espectáculo la desolacion de que van huyendo. Ambas ciudades desaparecen paulatinamente bajo las cenizas de la erupcion, muriendo en la última el mayor de los

Plinius, arrollado por un turbion de fuego y azufre. Pensó el otro morir en la campiña mesinense, en medio de las tinieblas, sofocado por el humo y la ceniza. Testigo presencial de la horrorosa catástrofe, nos dejó en dos cartas su tétrica narracion.

Al cabo de tres dias cesó el volcan de vomitar lava, sosegándose el mar y los aires. Entónces pudo verse que Pompeya, con otras ciudades de la Campania, habia como desaparecido de sobre la haz de la tierra cubierta de cenizas en una extension vasta.

AYER.

Pompeya estaba situada á doce millas de Nápoles, en las rientes playas donde el Sarno desagua, recostada sobre una colina dominante una gran llanura, que entonces llegaba hasta el mar, el cual ha ido retrocediendo á influjo de las erupciones. La ceñian dos murallas, una sobre otra, flanqueadas de torres y coronadas de almenas.

Piérdese su origen en la noche de los tiempos, como se perdieron sus trazas en la oscuridad de unos dias. Una poblacion itálica, mezclada de griegos venidos de fuera, fundó Pompeya hácia el siglo vi, antes de la Era vulgar. Strabon supone que la fundaron los oscos, y la ocuparon sucesivamente etruscos y pelasgos. Los samnistas, bajados de los Apeninos, tomaron posesion de ella en el año 424, manteniéndose allí hasta el fin de la guer-

ra Mársica, cuando incendiada Estabia y deshecho el ejército de Cluencio, hubieron de sucumbir los habitantes de Pompeya á la fortuna de Roma.

Perteneció á la república del Tiber, agregándose á otros pueblos que reconocian á Cápua como metrópoli. En la guerra de Cartago contra Roma se apoderó de ella Aníbal. Inclínada al lado de Mario, fué vencida y saqueada por Sila, quien estableció allí una colonia militar, renovada luego por Augusto.

Harta de guerrear, fué poco á poco abandonando su primitiva fiereza, y embelleciéndose con suntuosos edificios. De entonces comenzaron á acudir ilustres personajes, que en su seno buscaban refugio contra las agitaciones del foro romano.

Dicho emperador la habia declarado municipio, y Neron colonia, por lo que, bajo la protectora egida de sus magistrados, llegó á gozar de una prosperidad envidiable, creciendo su renombre tanto por tierra como por mar, que en aquellos tiempos concurrían á su puerto muchas naves.

Cuando la amenidad del sitio, la frecuencia del comercio y la riqueza de sus habitantes la habian convertido en una de las más célebres ciudades de la Campania, la hirió de improviso un terremoto el dia 5 de Febrero del año 63 de la Era vulgar. La Basílica y el Foro quedaron destruidos, temblando la ciudad entera sobre sus cimientos. Huyeron espantados los habitantes, y Roma vaciló en permitir su restauracion. A consecuencia de acalorados debates que se verificaron en el Senado, se concedió permiso para la reparacion de los consi-

derables perjuicios que el terremoto ocasionara.

Los temblores no se repitieron; la memoria del siniestro se borró; pero en el año 79 se borró también Pompeya del mundo de la vida.

En 1748 de la Era cristiana se principió á sospechar de su existencia, con ocasion de haber tropezado con unos objetos extraños para ellos ciertos labradores que trabajaban en una viña, á orillas del Sarno.

El rey de Nápoles ordenó que se emprendieran las escavaciones, y al cabo de más de un siglo de descubrimiento, exploradas diligentemente calles, plazas, edificios públicos y particulares, ha podido reconstruirse el tipo de la cultura romana durante la primera mitad del siglo de Augusto.

Hoy.

A las nueve de la mañana de un magnífico día de verano, tomamos el tren en Nápoles, y á las diez llegamos á Pompeya. Portici, Torre del Greco, Torre dell' Annunziata, fueron las estaciones que íbamos dejando atrás, á medida que el convoy costeaba las orillas del mar, unas veces visible por los claros de las construcciones, otros oculto por murallas y casas que se alzaban formando calles á la vía férrea.

A trechos aparecian pequeñas playas de arena oscura con lanchas y botes en seco, dispuestos á la carena ó á la limpieza. Y sucediéndose unas á otras en la tortuosa línea trazada por los caprichos

de la costa, larga série de modestas casas de pescadores, blancas como la nieve, y opulentas *villas*, solicitando [la atención del viajero con la poética pobreza de los reducidos huertos, y la exuberante florecencia de los vastos jardines, en cuyas escalinatas tropiezan las ya moribundas olas.

Apeados en el andén, término de nuestro corto viaje, y saliendo por la puerta trasera de la estación, anduvimos algunos instantes por terreno llano hasta dar en el *Hotel Diomedé*.

Después de haber tomado allí un refrigerio y encargado comida para la vuelta, subimos á un cuarto de la misma fonda, donde sobre mesas y dentro de escaparates se ofrecían multitud de obrillas de arte hechas con lava del Vesubio, como estatuillas, dijes, gemelos, alfileres, etc., á precios módicos. Frente á la puerta de esta habitación hay otra más pequeña como si diera á un lugar cuyo nombre es escusado decir, en la cual campea este letrero: *Entrada á Pompeya*. Efectivamente, por allí se sale al aire libre, se sube por una amena colina que los oleastros y las acacias asombran, bajo la que están enterradas casas y jardines que en los antiguos tiempos llegaban hasta las murallas de la ciudad, hoy inútiles ó destruidas, y se va á parar á la entrada oficial. Llámola así porque en ella ha establecido el Estado un torno que deja el paso expedito á todo visitante que satisface la cuota de dos liras en la caseta de recaudación. Mediante esta suma, un empleado, de uniforme, os acompaña, con el encargo de enseñaros la ciudad. Por lo general, se espera á

formar un grupo, á fin de que haya suficientes *cicerones* para los viajeros.

La primera impresion que la vista de Pompeya causa, es penosa. Se ve una inmensa tumba abierta, en medio á la soledad más triste. Parece que se oyen los gritos ahogados y que se presencian las torturas compañeras de la horrible agonía de cuantos murieron modelándose en la ceniza. ¡Qué espantoso cuadro! Cuánto dolor supremo, cuánta indecible angustia en aquella estensa trabazon de casas sin techos, sin muebles, sin habitantes; desnudas y rotas las paredes, llenos de cascajo algunos compartimientos y otros ostentando aun trozos del mosaico que los pavimentara! La alegre naturaleza que rodea tanta ruina, y la vida que el sol esparce, prestan ficticia animacion al recinto de la ciudad; se nota algo parecido á la sardónica risa de una calavera.

A medida que se avanza, se observan los caracteres generales de aquella agrupacion de muros y tabiques dividida en otras pequeñas agrupaciones á manera de islas trazadas por las calles, plazas, foros y solares descubiertos.

La luz es fortísima, las sombras se destacan con vigor. Todos los accidentes del empedrado, como las abolladuras, el desgaste de las piedras, los hondos surcos hechos por las ruedas de los carros, anuncian como acabado de cesar un ruido de cosas y un movimiento de gentes que cesaron hace mil ochocientos años de existir y de moverse.

Volaron los tejados, desapareció el menaje, se

pulverizó lo endeble, quedó en pié lo sólido, lo macizo permaneció sobre su asiento, palideció lo de tonos vivos, se borró lo vago, murió la carne, se quemó la materia sensible, y sobre la inerte se estendió un sudario que poco á poco fué trocándose en losa sepulcral. Vinieron luego los sábios é hicieron levantar la losa. Mandaron sacar cuidadosamente los restos y los trasportaron al Museo de Nápoles, formando otro Museo pompeyano en la Puerta de la Marina. Fragmentos de maderamen, trozos de muebles, vaciados de cuerpos humanos y de animales en varias actitudes, ya de abandono, ya de desesperacion; inscripciones en piedras; tierras cocidas, bronces, vidrios, colores, comestibles, restos orgánicos, mármoles para construcciones, estátuas, manuscritos, allí está cuanto la ciencia industriosa ha podido sacar, estudiar y clasificar de entre la general destruccion.

Los mismos sábios han hecho que se limpien las vías, que se ordenen los escombros, que se sujete lo vacilante, que se numeren los edificios, y se averigüe el destino de la mayor parte de ellos. Puesto todo en regla, el Estado se encarga de su conservacion; y mientras los viajeros, guiados por públicos funcionarios, recorren las secciones descubiertas, las lagartijas desvergonzadas atraviesan de una acera á otra, ó se esconden por los ángulos de las casas.

Lo escavado hasta la fecha equivale á poco más de una tercera parte del casco de la poblacion, que puede compararse á una mitra mal hecha y desmochada. Los descubrimientos van desde la base

hacia el medio, en sentido latitudinal. Desde el medio hasta la punta, donde se vé el Anfiteatro, está cubierto, escepcion hecha de una línea recta formada por una calle que va á dar á las murallas interrumpidas por puertas. Estas se hallan totalmente destruidas, ménos las de Herculano y Nola, y marchan así: á un extremo de la base de la mitra, la puerta de Herculano, desde donde comienza la calle, extramuros, de las tumbas; sigue la del Vesubio, al pié de la falda oriental del monte; luego la de Cápua, donde se inicia la seccion triangular de la mitra; puerta de Nola, en que termina la calle larga de que se ha hecho mencion; puerta del Sarno, junto al Foro boario, próximo al Anfiteatro; es decir, en el remate de la figura; la de Nocera enfrente de la de Nola, como la de Estabia frente á la de Cápua; y al otro extremo de la base la puerta de la Marina, por donde se penetra en el caserío.

Primero se vá á dar al Foro, que sirve de núcleo á una agregacion de edificios importantes, como los templos de Vénus, Júpiter, Vesta y Mercurio, la Basílica, el Augusteo, el Atrio, el Calcídico, el pórtico de la Concordia, las Curias y la Escuela de Verna donde el pueblo se reunia en comicios.

A la izquierda del Foro, detras del templo de Júpiter, parte una calle recta que conduce á la muralla septentrional: su primer tramo remata en dos arcos erigidos en honor, el uno de Neron César y el otro de Calígula; ambos hijos de Germánico. Por delante de estos arcos va en direccion

Este la gran arteria que atraviesa la ciudad, y que, como queda dicho, termina en una puerta. Llámase ahora Decumano mayor, componiéndose antiguamente de las calles de las Termas, de la Fortuna y de Nola.

Más á la izquierda del Foro se llega oblicuamente á la puerta de Herculano, cuya calle de los Sepulcros carece de interés ante el inmenso sepulcro de la ciudad.

Volviendo á la derecha del punto de partida se está en la pequeña arteria, Decumano menor ó calle de la Abundancia, desde la que se baja hácia el Mediodía para visitar los teatros Trágico y Cómico, las Termas, varios templos y pórticos, el Foro triangular y el templo de Hércules comprendido en él. El gran Anfiteatro se halla en la campiña á cuatrocientos metros de la parte descubierta.

El total de las construcciones, aunque fuera más propio decir de las destrucciones, aparece bajo, estendido en un plano que se pierde en las graciosas ondulaciones de las colinas vesubianas. Las casas, por sí solas ó agrupadas, forman islas ó manzanas. Por lo comun eran de dos pisos, muy rara la de tres, con la fachada cubierta de estuco con brillante colorido, y azoteas que desaparecían bajo el follaje de las enredaderas y algunas de las vides. Hoy se ven mutiladas con los reparos que el espíritu de conservación les ha hecho semejantes á cicatrices. En su interior se hallan estatuas de dioses, héroes ó simples mortales, hermes simétricos á las entradas de cámaras y jardines, está-

tuas de animales rodeando una fuente muda con el caño seco, pilastras, sustentáculos con grifos y cobertera para que el tiempo no los injurie, nichos vacíos, pedestales desamparados, pinturas murales en paredes desquebrajadas cuyos intersticios llena la restauradora argamasa.

La distribución característica de la casa pompeyana, así como de la romana, que venia á constituir el tipo comun á las casas de alguna importancia, es sencilla.

El *atrio* y el *peristilo*, he aquí las dos partes principales que comunicaban entre sí, por el *tablinum*, pieza media destinada á archivo, comedor, etcétera; por los corredores, llamados *fauces*; ó por uno y otros á la vez. El atrio era una pieza rectangular, con techo, en cuyo centro se abria el *compluvium*. El peristilo era un jardin rodeado de un pórtico. Al atrio se entraba por el prótiro, especie de vestíbulo con puerta á la calle.

Esta arquitectura responde á la doble fase de la vida romana, pues que el átrio tenia semejanza con el Foro, significaba la vida pública, se recibian en él las visitas, y los extranjeros; mientras que el peristilo, destinado á la vida doméstica, presenciaba las operaciones del hogar.

De la fortuna de los propietarios y sus mayores ó menores necesidades dependia el que la casa, además de lo enumerado, contara con otras habitaciones de puro lujo ó indispensables para vivir con opulencia, tales como baños, capillas, salas de conversacion y otras parecidas.

Sirva de modelo la casa llamada vulgarmente

de Pansa, que forma la isla Arriana Polliana, y es de las más bellas y espaciosas de Pompeya. La entrada está precedida de un pequeño vestíbulo, al que sigue el atrio con *impluvium* para recoger las aguas llovidas, teniendo á cada lado tres dormitorios y un ala. *El tablinum*, situado entre un corredor y una elegante sala con ventana (*oecus*) donde solían estar las mujeres, da al jardín, rodeado de pórticos y provisto de una piscina. Este tiene por un lado la salida secreta con escalerilla á las habitaciones superiores, mas un vasto comedor con camarín á propósito para guardar el servicio de mesa; y por el otro tres aposentos reducidos, con hermosas pinturas, de las que se conservan una ninfa sentada que se apoya sobre una urna manante, y Danae recogiendo la lluvia de oro. Inmediata sigue la cocina con hogar, y en ella las imágenes pintadas de los dioses lares, de serpientes, del génio doméstico que sacrifica acompañado del tocador de tibias sirviendo de contorno á estas figuras; las de un jamon, una anguila, una cabeza de puerco, una liebre, peces, tordos y otras que el tiempo ha borrado por completo. Tras de la cocina se hallan la cuadra, la letrina y un pátio con puerta separada para el ingreso de los carros. Frente al jardín hay una *exedra* ó sala grande de conversaciones, (que por lo comun tenia los bancos en hemicíclo), y otras piezas menores, desde una de las que se sale al huerto, con balsa y casa rústica para el hortelano.

Recorriendo la ciudad, se acostumbra el curioso al espectáculo de las ruinas, mirando de continuo

infinidad de tabiques divisorios, de dos á tres metros de alto, en las casas particulares. A veces, en el paso de una cámara á otra, se ve subsistente el arco de entrada, y paredes adornadas hasta cerca del techo imaginario con ese estilo pictórico propio de Pompeya. De cuando en cuando, algunas obras de mosaico, como fuentes practidas en el fondo de los jardines, ó frescos murales, que son prodigios de buen gusto. Tambien es frecuente hallar en las tabernas y tahonas vasijas para el despacho de los líquidos y muelas para desmenuzar el trigo; así como á las puertas de las casas ciertas esculturas que la erudicion considera con más benignidad que el vulgo de los espiritualistas en grado superlativo.

En las Termas quedan aun grandes nichos sin estátuas y estribos con arranques de bóvedas. En los templos, además, aun permanecen escalinatas, grupos de columnas con trozos de arquitrabe, fustes rotos, lisos é histriados, de pié sobre las basas. Y en aquellos, como en los otros edificios públicos, capiteles y cachos arquitectónicos alzados sobre el suelo en artística composicion: fuertes muros descascarados con ladrillos al descubierto, como si estuviera levantada la piel para mostrar la robustez muscular de un gladiador. En las columnatas reina una gradacion que pone de manifiesto el mayor ó menor estrago sufrido. Se conservan, desde el solo imóscapo enhiesto, hasta sosteniendo pedazos de cornisa; las mesas de los intercolumnios están destrozadas por los bordes.

La diligente suficiencia de los eruditos que el

gobierno italiano destina á la conservacion de Pompeya, hace que cada cosa esté en su sitio, restaurada hasta donde los medios permiten. Las excavaciones continúan. El asombro de los presentes es mucho, al ver surgir de la tierra toda una ciudad, pero la melancolía que su aspecto infunde en los ánimos es mayor.

Con ganas de sustraernos á la punzante curiosidad que se siente transitando por aquellas calles abandonadas y plazas desiertas, volvimos á salir por el torno que nos sirvió de entrada, y llegamos al Hôtel Diomede. Despues de borrar las tristes impresiones de la visita con los refuerzos de la mesa de la fonda, tornamos, otro amigo y yo, á la bella Nápoles, cuya loca alegría contrasta hoy con el silencio de Pompeya. ¡Quién sabe si dentro de algunos siglos vendrán los viajeros á ver desenterrar á Nápoles, sepultada por una erupcion del Vesubio!

góticamente, también se ven en el
 fondo, pero que cada uno está en su sitio, por
 donde hasta donde los ríos terminan, las
 corrientes, corrientes. El río no es de los
 grandes, el río está de la corriente, pero
 que, por el momento, por el momento, por el momento
 los ríos se separan.
 Con gran de entusiasmo se comienza a
 dar que se está trayendo con algunas
 abundancia y para de pronto, y allí
 por el río que nos sirve de camino, y
 al río, también. Después de esto, la
 distancia de la vista con los ríos de la
 en la zona, también, está en la zona
 ríos, pero los ríos están por el río
 también, también. Después de esto, la
 una línea vertical, los ríos, y por el momento
 ríos, también por un camino del río.

VENECIA.

VENEZIA

VENECIA

IMPRESION DE VENECIA.

Salir de Roma para ir á Venecia, es abandonar un pueblo de barro para ver una ciudad de transparente porcelana floreada.

Las grandiosas ruinas, entonadas uniformemente por los siglos, caracterizan la Ciudad Eterna de bien distinto modo con que las líneas y colores de artes románticos, con que la alegría de un cielo radioso hermosean la ciudad de las fiestas orgiásticas, de las bulliciosas serenatas.

Partiendo de Roma, en la estacion estival, se cruza en alas del vapor las encantadoras campiñas de Nani, Terni, Foliño, Peruzza, Arezo, hasta llegar á Florencia, joya del arte, reducida hoy por los acontecimientos políticos. á la fiera modestia, propia de toda grandeza, que sucumbe con el convencimiento de su valía.

La suave tranquilidad que domina en aquellas comarcas, comparable sólo á la suavidad con que

las tranquilas ondas del Mediterráneo bañan las playas de Niza y San Remo, prepara el ánimo del viajero al sorprendente efecto que ha de producirle Venecia á la hora del amanecer, despues de haber atravesado, durante la noche, las zonas en que se asientan Bolonia, Ferrara y Pádua.

Desde la estacion de Mestre, donde en tiempos pasados era necesario embarcarse para arribar á Venecia, arranca un larguísimo puente de 3.600 metros, que une la ciudad á la tierra firme. Trepidando el tren, y avanzando por los hierros de la vía, avanza tambien el viajero, sintiendo las trepidaciones que causa el anhelo de percibir las siluetas de la mágica creacion.

* * *

Venecia es la ciudad de los encantos, de las hadas, de la poesía; y á la tierna luz de la alborada, cuando el sol empieza á reflejarse en extensas bandas argentinas sobre la inmovil superficie de la laguna, surge como una aparicion, con sus innumerables torres y cúpulas de ambar ceniciento, iluminadas por los primeros destellos matutinos.

A la vista de tan magnífico espectáculo, se comprende el entusiasmo exaltado, permanente, la pasion que Venecia engendra en algunas organizaciones, jamás apagada ni por el hastío, ni por el desengaño.

Venecia es la alegría del agua que se engalana con los variados cambiantes que matizan los monumentos; en sus edificios, en su cielo, en sus ca-

nales, en las combinaciones de colores que la hermocean, ofrece un mundo de enseñanzas, demostrando cómo la belleza del colorido no ha de nacer del contraste crudo, sino del conjunto sosegado.

Venecia tiene por rasgos distintivos la armonía, la elegancia, el dulce fulgor. Vanos serán cuantos esfuerzos se intenten para sustraerse á la repetición de estas palabras que expresan las impresiones recibidas á cada paso, á cada momento, en aquel asombro de los ojos y regocijo del alma.

Nada que no sea el interior de las históricas prisiones, horribles antros de granito capaces de debilitar la más fuerte energía, de quebrantar la vocación más llevada á conspirar, habla en Venecia de los crímenes de la república; parece una mansion de delicias creada para residencia de ángeles vestidos de carne mortal.

Y así como el aspecto general no da idea de las espantosas escenas verificadas en los tiempos medios que parecen exigir una decoracion dramática de negros torreones y oscuros palacios derrumbados, tampoco las prendas morales de los venecianos indican su antiguo carácter bélico y temperamento levantisco que les llevaban á intestinas refriegas, entristeciendo la ciudad con largos regueros de sangre.

¿Es posible que generaciones batalladoras, intrigantes, suspicaces, altaneras, emprendedoras, avezadas al mando, hayan precedido á los actuales venecianos, amables, pastosos y pacíficos? ¿O es que del antiguo poderío no les quedó otro dón que la hermosa naturaleza que ha logrado dulcificarlos,

infiltrándose en su sér, obligándoles á la contemplacion y goce de lo bello á cambio de las enormes riquezas y del soberbio dominio perdidos para siempre?

* * *

Venecia es excepcional en el mundo: representa una fase de la ley de la variedad en la unidad. En los antiguos cataclismos históricos habrán desaparecido ciudades más ó menos similares, quedando otras como ejemplares de una civilizacion ó de una época; pero si por efecto de un cataclismo geológico se sumergiera Venecia en el fondo de las tímidas aguas que mansamente la rodean y entrelazan sus ámbitos, desaparecería el único ejemplar de un orden determinado: y tanto es así, que no puede la mente concebirla, agrupando impresiones recibidas en otros pueblos, ó representándose un convencional conjunto de palacios, canales, puentes, torres, casas, luz, color y vida. La realidad produce diverso resultado que el fingido por la imaginacion.

Como Venecia no es ruidosa, á algunos les parece triste, principalmente á la mayoría de los que acaban de aturdirse con la estrepitosa balumba de las grandes capitales, y pasan á ella sin transicion. En su recinto no se oye el rodar de los coches y otros vehículos; falta el movimiento bullicioso que el comercio y la industria imprimen á un pueblo; parece que cosas y personas se deslizan por la tierra como las góndolas por el agua.

Si apenas la alumbrara la escasa claridad de un crepúsculo, sería imágen acabada de los silenciosos Campos Elíseos, donde las almas de los muertos aparecen y desaparecen como sombras, así como los venecianos pasan por sotopórticos intrincados, calles estrechas, puentes pequeños, puertas imperceptibles, tras de innumerables esquinas, por entre laberínticos cruceros, en negras barcas de sosegado trámite, desvaneciéndose en los recodos ó tendiéndose bajo los mortuorios paños de las góndolas.

Pero este silencio no es causa de tristeza, sino de misterio, de un misterio que se siente, sobre todo, en presencia de algunos canales de agua oscura, largos, estrechados por apretadas hileras de altas casas de ladrillo con tonos diferentes. Casas que perfilan sus balcones y ventanas desiguales en truncadas líneas, formando los aleros de los tejados quebradas siluetas fantásticas. Canales que evocan en el alma de quien los contempla indecisos recuerdos de tremendas aventuras ó halagüeñas imágenes de sabrosos devaneos.

El efecto de la laguna por la noche es imprevisible. Forma aquella un inmenso arco, cuya cuerda, irregular aquí, constituida por el muelle, tiene por ejes dos jardines. Trazan el arco, mirando de derecha á izquierda, las luces en perspectiva, que partiendo del jardín real, continúan por la

Aduana, por las islas de la Giudeca, San Jorge y Lido; por los sitios donde se hallan las señales que advierten á los navegantes los escollos del puerto, y van á terminar en el jardin público. Este arco luminoso es fijo; pero á intervalos se distinguen dentro y fuera del segmento, y en confuso término, luces que avanzan seguras. Juntanse en grupos de dos ó de tres, y son amarillas ó verdes cuando pertenecen á alguno de los vapores que conducen gente al Lido; mas si la luz es aislada, blanca ó amarillenta, y se acerca á impulso de imperceptibles sacudidas, es indicio de que acompaña á una góndola en su travesía. El silencio que reina en la laguna apenas es interrumpido por el acompasado golpe de remo cercano, ó por la brusca percusion de algo arrojado al agua desde los buques anclados. El mar refleja serenamente todas las luces con un ténue rielo.

Los canales ofrecen por la noche numerosas variantes de romanticismo, desde el lúgubre hasta el amatorio. A la vista de algunos, el espectador se imagina los detalles de un asesinato, cometido de góndola á góndola, cree sepultada la víctima en el légamo de las aguas, persigue con la intencion al matador sumido en el fondo negro del cuadro. Mirando otros, apresta el oido para escuchar los acentos de tierna serenata, el apagado murmullo de ardiente diálogo, el poco tranquilizador chasquido de los lábios impacientes.

Hay canales cuya oscuridad está interrumpida por varias fajas y planos de luz, más ó menos intensa, segun la forma y colocacion de las boca-ca-

lles y de los puentes que los accidentan. Los hay tambien iluminados en un trozo por un gran farol, cuyos reflejos en el agua semejan colossal gusano de anillos separados, que se mueven sin trasladarse, efecto causado por el foco luminoso en las ondulaciones que abarca. Los más característicos tienen al extremo una sola luz, lánguida, pobre, que mete miedo en vez de tranquilizar al curioso.

* * *

Roma es famosa por sus mujeres, hijas de las primitivas romanas, como ellas arrogantes en el andar, robustas de formas, de elevada talla y sólido encaje. El suelo y extension de Roma son fuerte y amplia como si de tales condiciones necesitaran para que los pobladores puedan transitar y los monumentos sostenerse. Unos están en relacion de otros, lo mismo que en Venecia, donde, por constituirse esta de agrupaciones de islas reunidas por débiles trabazones, vive una raza ligera como su suelo: graciosa, encantadora, colorida como su fábrica. Los coros celestiales animan ambos pueblos, sólo que en Venecia residen ángeles, arcángeles, querubines y serafines, mientras que en Roma viven tronos, potestades y dominaciones. Un deber de galantería me obliga á distribuir las virtudes á prorata entre ambas ciudades, y así lo cumplí gustoso.

Venecia es paraíso de rubias. La armonía de la belleza y de la gracia es completa allí. La luz clara y fina que arrebola los cielos, argenta los edifi-

cios, cambia los iris de las aguas, releva los contornos y suaviza las asperezas, compone admirablemente con el tipo de la mujer.

Las cualidades físicas dominantes de la veneciana, son una correccion exquisita de líneas en las facciones, y un ofuscamiento y afectado desorden del cabello que vela un tanto la pureza del rostro, en que el nácar, la seda y las rosas compiten. Todo su cuerpo es suelto, movido, cadencioso. Elegante como las torres y campaniles que se alzan airosos rematando en calado templete, que una figura dorada corona, el cuerpo de la veneciana se eleva esbelto y gallardo, terminando en artística cabeza ornada de caprichosos embolismos de cabellos de oro.

Al verlas andar menudito, oyéndolas hablar dulcemente, percibiendo sus sonrisas, magnetizándose con el fluido de sus ojos, se traslada el hombre sensible á regiones maravillosas, donde cree encantarse con una plácida música de vibraciones cristalinas, traídas de léjos por los céfiros; regiones donde los sentidos languidecen, y el espíritu cae en el arrobamiento.

Un paseo en góndola es la realizacion de un sueño. Todo el mundo sabe lo que es la góndola; esa extraña embarcacion negra, semejante en la forma á un cuarto de luna, prolongada entre dos extremos de perfilada punta, y abultada en el medio por un camarín, cubierto generalmente con



pañó negro, sobre el que campean gruesos borlones de seda ó lana. Pero no todos han penetrado en ella.

Paseándose de día, sin rumbo fijo, y á capricho del gondolero, se transita por canales varios en forma é importancia, en medio de una calma inusitada en otras poblaciones. La embarcacion marcha suavemente, obedeciendo á las menores inflexiones del remo. Oyense á veces el choque de los remos en el agua, las voces de aviso que el conductor da á otro gondolero para evitar un choque, los sonidos de un piano, el ruido del menage, sin que por ello se menoscabe la intensidad general del silencio reinante.

Al doblar una esquina asoma la tajante proa de bruñido acero dentado de otra góndola; pasan ambas con majestuosa rapidez, siguiendo opuesto curso, y si los paños de los camarines van caidos, ó sus persianas corridas, piérdense los paseantes en conjeturas sobre sus respectivos encuentros.— ¿Quién irá en la góndola?— Hermosa dama de elevada alcurnia, á juzgar por la librea de los gondoleros.— Curioso forastero que goza novedades.— Cansado señor que reposa de fatigosos placeres.— Culto artista que evoca un mundo de recuerdos.— Si indiscreta la cámara deja al descubierto á su inquilino, si se encuentran un hombre y una mujer en parecidas condiciones de cuerpo y alma para agradarse y adivinarse, se cruzan las miradas escrutadoras, y se dan un poético adios que resume prolongados diálogos, de íntima revelaciones.

Palacios de órden arquiacuto, característicos de

Venecia, antiguos esquinazos de variado tono, azoteas con flores y ramajes irregulares, construcciones de extrañas líneas, hacinamientos de casuchos míseros, incrustados en las partes modificadas ya por la vida moderna, puentes uniformes de un solo arco, graderías que se hunden en las aguas, góndolas fugaces, barcas que embarazan el tránsito, son los accidentes é incidentes de la excursion á través de infinitos canales de agua verdosa ó negra, matizada por las imágenes de pintados edificios que los estrechan ó ensanchan, segun las circunstancias del terreno.

Apenas se nota tráfico, apenas se ven ricos aparadores de lujosos comercios y provistos almacenes; los elementos necesarios á la vida se depositan en tiendas de apariencia humilde. Parece que la original ciudad está protegida por una maga próspera que la exime de las rudas fatigas que el movimiento de hoy impone á los pueblos.

Mas ¡ah! saliendo de los canales trasversales al incomparable canal grande, bordado en sus reposadas orillas por interminables filas de marmóreos palacios, en los que la Edad Media y el Renacimiento, el Oriente y el Occidente, amontonaron cinceladas joyas arquitectónicas; vagando por las lagunas en un ambiente esplendoroso; divisando fantásticas islas que dan consistencia á las ilusiones del espejismo, entra pertinaz deseo de plantar los reales en Venecia la bella, y pasar tranquilamente el resto de la existencia en aquella mansion embellecida por el génio del hombre y la sonrisa de Dios.

EL CANAL GRANDE.

Las ciento veintidos islas que entrelazadas por trescientos setenta puentes componen la ciudad de Venecia, única en el mundo, afectan forma tan original, que, salvas las irregularidades consiguientes, puede ésta asemejarse á la pierna de una andaluza. Y digo de una andaluza, para comprender en la figura la escasa longitud, la abultada curva de la parte posterior, y el menudísimo pié, caracteres propios, á mi modo de ver, de aquellos ágiles miembros que sobre los tablados de nuestros teatros interpretan con más ó ménos garbo la letra y el espíritu de los clásicos bailes nacionales.

No puedo, por desgracia, referirme á otros textos, velados por el pudoroso ropaje que hoy encubre las gracias de las hijas de Eva, muy distintas, en el vestir, de su ilustre primera madre.

Mirando con la imaginacion la susodicha forma convencional, supongamos que del medio de la parte delantera hasta el centro de lo alto se extiende una ese invertida, que desigualmente divide la ciudad, y así nos aproximaremos al conocimiento de lo que es el Canal Grande, considerado como arteria mayor que tortuosamente va desde el muelle en que termina la plaza de San Marcos hasta la estacion del ferro-carril, ambos puntos principales, éste para los que van y vienen, aquel para los que se quedan.

Cerca de cuatro kilómetros tiene el canal de

largo; tres puentes monumentales saltan sobre él, al principio, al medio y al fin, próximamente, de su carrera; ciento cincuenta riachuelos se derivan de sus aguas para mantener la comunicacion fluvial entre las dos mil y cien calles con trescientas plazas que constituyen el caseo de la poblacion, suavemente delineada por las tranquilas ondas de la laguna.

Tiénese por inconcuso entre los observadores, que tanto la realidad física como la moral superan la potencia creadora de la fantasía, traspasando el límite de sus encumbrados vuelos, no en todos, pero en gran número de fenómenos. Lo que la ardiente imaginacion del artista consigue dar forma, acumulando extraordinarios elementos de hermosura, cede á veces ante la magnificencia del natural bello; así como hay hechos de tal inverosimilitud que el ménos discreto rechaza por absurdos. Podria deducirse de semejante observacion la profunda verdad que encierra el antiguo principio filosófico de que nada hay en la mente que ántes no percibieran los sentidos, como si lo ideal hubiera de formarse exclusivamente con los únicos datos que lo real suministre. Así lo viene confirmando la experiencia universal de los que á esta série de investigaciones se dedican, quedando, por consiguiente, circunscrita la facultad fantástica que en nuestra alma reside á combinar las mundanas realidades en superior forma á esta ó la otra realidad imperfecta; pero nunca en combinacion superior á todas las realidades, porque acontece que el mundo visible sustenta maravillas

que sobrepujan en perfeccion á las atrevidas concepciones del idealismo.

Pedid al espíritu mejor templado para percibir é idear la belleza que os finja una ciudad extraordinaria de suelo extraño y cielo apacible, en cuya atmósfera vibre el éter agitado por fiestas luminosas; de seguro no imaginará una Venecia. Haced que fantasee un canal que en caprichoso giro divida la ciudad, vereis cuán inferior al verdadero resulta el soñado. ¡Ah! que á formarle tal como se aparece á nuestros ojos atónitos, han concurrido la naturaleza y las artes, aportando natura la flor de las delicias para embriagar con su perfume los delicados sentidos de sus hijos predilectos, de los apasionados adoradores de la belleza multiforme, de los artistas, en fin, que en crecido número y paulatinamente han dado consistencia á esa obra de hadas, que uno solamente es incapaz de abarcar.

Calendario, Sansovino, Scamossi, Lombardo, Vittoria, Sammicheli, Bergamasco, Longhena, Massari y otros, han recortado la piedra y hecho ondular la línea graciosa en las prolongadas filas de suntuosos palacios que finamente encauzan las tornasoladas aguas del canal. Hace gala la arquitectura de sus encantos, igual que en el estilo italo-bizantino de la undécima centuria, en el bizantino lombardo de la duodécima, y en los románticos ojivales que se suceden del siglo XIII al XV, que en la espléndida elegancia del Renacimiento que abarca los depurados gustos dóricos y las ricas variantes de la decadencia. Sirviéndoles de ley

un aparente capricho, sujeto, en el fondo, á las exigencias del arte, admíranse grandiosas fábricas en que el dórico, el jónico y el corintio; el ojival y el greco-romano; el gótico y el barroco armonizan; sobresaliendo, por su encantadora originalidad, el núcleo de gallardas mansiones, decoradas por el característico estilo veneciano, semi-árabe, semi-bizantino; y triunfando, como reina de magnífico aspecto entre el coro de hermosas cortesanas, aquella Casa de Oro en que los fulgores del precioso metal hacían resaltar los trazos de los estilos gótico y árabe en bella conjunción, cuando sus destellos se inflamaban aún en el espacio, cubriendo las aguas de movibles reflejos dorados.

Perugino, Quarana, Tintoretto, Longhi, Pordenone y Canova, secundados por otros pintores y escultores, decoraron interiormente tantos palacios, embelleciendo su exterior con soberbias composiciones al fresco, cuyas tintas palidecen ó se borran, sucumbiendo á la destructora acción de los elementos.

Patentizan esos edificios la munificencia de sus primeros dueños, de los Tiepolo, Contarini, Loredan, Michieli, Giustiniani, Balbi, Mocenigo, Grimani, Barbarigo, Dandolo, Corner, pertenecientes á la antigua nobleza de la Señoría; de los Pesaro, los Cavalli, que por brillantes hechos de armas ó por grandes servicios á la república, lograron el patriciado; de los Rezzonico, Persico, Manin, Manzoni, Grassi, adscritos á la aristocracia por fuertes sumas de dinero, cuando ya la altiva prepotencia de la clase elevada perdía, con

las mudanzas de los tiempos, su pristino carácter, desarrollando el espíritu práctico, que nunca abandonó á los venecianos, raza extraordinaria de seres en que el guerrero, el comerciante, el artista, el legislador, en vez de repelerse, se completaban para los altos fines del engrandecimiento general.

Imaginémonos dentro del camarín abierto de una góndola, ricamente decorada, como las que usaban los grandes ántes que la ley obligára á pintarlas de negro y cubrirlas con funerarios paños, en señal de luto por desgracias de Estado. Dos remeros, con pintoresco trage, colocado el uno entre el camarín y la afilada proa, situado el otro casi á la punta posterior de la elegante barca, manejan pausadamente el remo para que ésta se deslice mansa, cortando las aguas.

Partimos de frente á las dos columnas de granito oriental, rematadas con la estatua de San Jorge y el leon alado de San Márcos, respectivamente, que decoran la *Piazzetta*, átrio suntuoso de la Plaza Grande. Vivimos en las varias épocas en que fué construido cuanto abarca nuestra vista, desprendidos de la actual manera de ser, é identificados con los tiempos que representan los objetos que contemplamos. A derecha é izquierda volvemos los ojos, para que el ánimo se suspenda. A veces saltamos de la embarcacion á las gradas marmóreas de algun pasmoso edificio por el que discurremos, prosiguiendo luego la marcha é in-

terrumpiéndola de nuevo, hasta llegar al término de la jornada y desvanecerse la fantasmagoría al aspecto de la estación.

Bogan los gondoleros.

La Aduana del Mar se ofrece primeramente á la izquierda, edificio de robusta arquitectura, en cuyo centro se eleva á manera de torre un dado gigantesco con dos atlantes que sostienen el globo dorado sobre que gira la estatua de la Fortuna.

Enfrente se vé la Casa de la Moneda, atestiguando la bonanza que disfrutó la República en el segundo tercio del gran siglo xvi, y eso que pierde fuerzas defendiéndose de los turcos que hostilizan su comercio, y guerreando contra un Barba Roja que se apodera de algunas islas del Archipiélago. En medio del extenso pátio brilla colosal estatua del Sol, símbolo del oro que en considerables sumas se acuña.

Como resultado de tanta riqueza, debida á la sonriente Fortuna, sigue el Jardin Real destinado á públicas expansiones, y el Casino (Ridotto) erigido al comenzar el siglo xviii, en cuyos salones de artísticos techos hermosados por el Triunfo de Baco y las Mudanzas de la suerte, se mezcla á la blasfemia del perdidoso en los juegos de azar, la alegre canción del bebedor.

Psiquis, eterna representación de la vida, despliega los lances de la suya en los frescos del contiguo palacio, el cual encierra las imágenes de Hector y Ajax, labradas por el cincel de Canova, el último pagano de nuestros tiempos, como Cimabue lo fué de los antiguos.

La dura ley del contraste en los accidentes de la existencia, da origen al grandioso templo octógono que se alza del otro lado.

El 25 de Octubre de 1630, decreta la república la erección de una iglesia votiva á la Virgen de la Salud, para que libre la ciudad de la peste importada por los soldados alemanes cuando la guerra de sucesión al ducado de Mántua.

Avanza buen trecho la ligera embarcación, parándose ante el Palacio Cavalli, de estilo arquitectónico, desde el que se disfruta un bello panorama del canal, que en ancho recodo ostenta cuatro secciones de edificios.

A la izquierda, el único palacio feudal de Venecia, pasado á dominio de la nación cuando murió su último señor, se sostiene venciendo á todos en antigüedad y en magnificencia de mármoles. Corre el siglo xi, obteniendo los venecianos importantes victorias sobre los sarracenos, peleando contra los Croatas, desangrándose en luchas intestinas, mermando la excesiva autoridad de sus Dux en abiertas hostilidades con los normanos, graditas y dálmatas, perpétuos enemigos, y respondiendo (después de consagrada la suntuosa basílica de San Marcos), al llamamiento de Urbano II, que invita á todas las naciones y pueblos cristianos á formar la primera cruzada contra los infieles para conquistarles la Tierra Santa.

Allí desembarcamos, junto al alto puente de hierro que conduce á la Academia de Bellas Artes. El célebre vicentino Palladio, perfeccionador del estilo greco-romano que en sus manos perdió el

severo carácter que le habia impreso el no ménos célebre Bramante, habia construido la escuela y convento de la Caridad, cuya antigua puerta sirve de entrada á la Academia fundada en el mismo terreno á principios de este siglo. Sobre extensos muros de salas espaciosas muestra los timbres de su gloria la ilustre escuela Veneciana. De entre los Vivarini, Bonifacio, Bassano, Bellini, Ranieri, Padovanino, Cima di Conegliano, se destacan los grandes maestros Carpaccio, Giorgione, Pablo Veronés, Tintoretto, los dos Palmas, y Sebastian del Piombo, con Ticiano Vecellio á la cabeza, aquel sublime artista que en su época constituye, unido á Rafael y al Correggio, el triunvirato del gran arte; inferior á Rafael en el ideal de la forma y filosofía de la expresion; reconociendo del Correggio la superioridad en el empleo magistral del claro oscuro, pero superándolos en el colorido é imitacion de la naturaleza: aquel gran señor, que vivió noventa y nueve años, honrado de todo el mundo; á quien abrumaban los honores; que contaba entre sus amigos, soberanos como Carlos V y Pablo III, génios como Miguel Angel y Ariosto, por citar los primeros entre los numerosos.

Dejemos al alma espaciarse, contemplando por medio del sentido la grandiosa composicion de *Maria Asunta*, obra maestra del coloso; la elegante fantasía de que el Veronés hace gala en sus famosas *Cenas*; y la justa manera con que el Carpaccio embebe en las tradiciones de los santos las costumbres de Venecia, como predecesor de la

flamante tendencia realista moderada por el gusto y el sentimiento de lo bello.

Vueltos á la góndola, nos hallamos á los pocos momentos frente á la residencia de la familia Giustinian, descendiente de Justiniano, emperador de Constantinopla.

La nobleza veneciana está dotada en su primer período de tal instinto, que procura por todos los medios la conservacion de las estirpes, pidiendo á Dios lo que se ha separado del vano mundo para que vuelva á ocuparse de los negocios terrenales.

En 1171 se apresta la República á vengar ultrajes del emperador griego Manuel, enviando al dux Vitale Michiel como jefe de una escuadra formidable con rumbo á Grecia.

Atemorizado el insidioso monarca pide la paz, explicando satisfactoriamente su conducta, hasta conseguir que la flota se retire á Seio, en cuyo puerto, sea por naturaleza, sea por crimen del enemigo que envenenó los pozos del agua, se declara una espantosa peste que acaba con los venecianos. Tantos sucumben, que el dux, por falta de tripulantes, manda quemar las naves, volviendo sólo á la patria diez y siete de los ciento que salieron. La familia Giustinian, que formara parte de la expedicion, sucumbe tambien, con gran número de domésticos; pero la República, obtenido el consentimiento del Papa, llama al monge Nicolás Giustinian, que en el monasterio del Lido

cumple sus votos, y le casa con la hija del dux, en la que tiene seis hijos. Satisfechos ambos esposos del cumplimiento de sus deberes en aras del bien público, rompen de comun acuerdo el vínculo conyugal, tornando Nicolás á la soledad del claustro, y entrando su mujer en la regla de San Benito. ¡Admirable ejemplo de armonía entre lo material y lo espiritual en la conciencia de un asceta de elevada alcurnia!

Tanto como de su conservacion al principio, cuidó despues de su buen nombre, cubriendo con un velo negro el lugar destinado á Marino Faliero en la série de retratos que componen el friso de la sala del Gran Consejo, en el Palacio Ducal, por haber muerto aquel dux decapitado: desterrando á la abrasada doncella Blanca Cappello que huye del hogar paterno con su amante, y prohibiendo que se vistiera luto por su muerte, despues de casada con Francisco de Médicis, gran duque de Toscana: haciendo que el personaje llamado Moro, que sirvió á Shakespeare para su creacion de Otello, sea un negro (en italiano *moro*) cuando en realidad fué un noble veneciano: por no citar otros casos, hasta que, al fin, trabajada por las luchas entre las Casas viejas y las Casas nuevas de la aristocracia, que á mitad del siglo décimo quinto se iniciaron en la sucesion á la suprema gerarquía, vino el predominio de la nobleza flamante sobre la antigua, y posteriormente el cambio de pergaminos por escudos.

La magnífica morada de los dos Foscari, cuyos infortunios pasan de la historia á la literatura,

haciendo que el sentimiento de la compasion vibre pulsado por la enérgica mano de la tragedia, encierra en sus cámaras el eco de los sollozos de un padre, cuyo hijo marcha al destierro, alta la indómita cabeza sobre la que se ciernen iracundas amenazas de una familia enemiga, sedienta de vengarse. Sirve la inmediata, en cuyas ventanas se goza del riente aspecto que ambos brazos del Canal presentan en su mayor curvatura, de generoso hospedaje á los grandes que llegan á la encantada ciudad, desde que á fines del siglo xvi la República florece al influjo de una paz duradera, sin mezclarse en las guerras civiles de Francia, en las turbulencias religiosas de Alemania, y en las luchas entre España é Inglaterra, hasta que Napoleón I motiva espléndidas regatas celebradas en su honor al comienzo del siglo xix, convertida ya la fiera República en Principado de los Bonapartes.

Al llegar ante el palacio Mocenigo, fuerza es traspasar sus umbrales, amarrando la góndola á alguno de los enhiestos pilotes, pintados en retorcidas franjas de alegres colores, que se alzan al pié de la gradería. Allí componia Lord Byron los primeros cantos del poema *Don Juan*.

Penetremos en la estancia del poeta. Si las paredes hablaran, nos contarían interesantes anécdotas acerca de la espontánea Margherita Cogni, y la fina condesa Guiccioli.

Los agrestes arrebatos de la primera, contrastan enérgicamente con las apasionadas delicadezas de la segunda. En el alma de Byron, como en

todo lo incomensurable, cabian las grandezas de aquellas dos mujeres, pequeñas con relacion á la sublimidad del amante. Margarita representa la exacerbacion de una naturaleza potente, de un sentimentalismo original, vaciado en el hermoso cuerpo de la mujer del pueblo; la Guiccioli significa la pasion noble, atemperada por la cultura aristocrática: ambas, mal avenidas con el hombre que la sociedad les impusiera, sirviendo de intermediario el sagrado ministerio de la religion. Y, ¡cosa extraña! el dueño de Margarita padecía de tisis, el artesano se matizaba con los pálidos colores de una enfermedad romántica, distinguida; mientras el patricio transigia con su honra como un plebeyo, mediante el dinero del ofensor. Andaban trocados los papeles en aquellos singulares matrimonios que la siniestra aparicion de Byron descompuso para siempre, arrojando simpáticos destellos sobre las interesantes figuras de sus apasionadas víctimas.

El canto primero de *Don Juan* se comenzó á escribir en aquella estancia á primeros de Setiembre de 1818, concluyendo con Noviembre, mientras que el melancólico otoño entristecía la ciudad.

Al entrar nosotros en aquel recinto, el sol se hunde lentamente en la lejana laguna; los objetos desaparecen en la penumbra, luchando sus contornos contra la invasion de las negras sombras que se enseñorean del espacio.

Poco á poco en el fondo de la habitacion se inicia ténue claridad que alumbra débilmente la forma de un hombre. Se borra ésta, y se concreta

otra nueva, á la cual sigue una tercera, y varias que en ordenada sucesion se nos aparecen. Sus cuerpos son la revelacion de un sér, y este sér es la imágen de una época. A veces, llevan tal sello de humanidad permanente, que representan un tipo eterno en el mundo, el tipo de D. Juan.

La primera figura es la imaginada por el inmortal Tirso de Molina. Estamos en un siglo creyente, supersticioso, que respeta los misterios inexcrutables de la Providencia, armonizando por la fé la inexorable justicia con la inexhausta misericordia. *El burlador de Sevilla*, realidad basada en algunas circunstancias de un ilustre miembro de la familia de los Tenorios, dotado de ánimo sereno para afrontar el amedrantador aparato del mundo inmaterial con que se le quiere avasallar, se engrandece despues con el carácter de la ficcion. Es la intrepidez de la protesta contra el cielo que se opone á la satisfaccion de sus depravados caprichos. La audacia, el desenfreno, la impenitentia en carne y hueso. De varonil apostura, las gracias le hermocean, el vicio le recomienda, la impiedad le engrandece, y pasa á través de las edades personificando locas aspiraciones que el génio de los poetas naturaliza. La batalla entre el bien y el mal se resuelve en él á favor del mal, por intercesion del amor de la mujer sacrificada. Hasta lo divino se pone al lado de lo satánico para que triunfe.

Así se agiganta, sin que los principios de orden social y de temor religioso hayan podido

jamás minar el pedestal sobre que se yergue el coloso, cuya cabeza toca en el cielo.

Desvanecido el personaje de Tirso, se dibuja el *Libertino* de Shdvell, que muere pronto á impulsos de su horrorosa obscenidad, estremando la impureza de la carne, una sola entre las múltiples faces de esta soberbia creacion. Cede el puesto al fantaseado por la inventiva francesa. A oídos de Molière llega el estruendo que D. Juan produce, y le da carta de naturaleza para que castigue á los corifeos de aquella sociedad devota, chocando abiertamente con sus pequeñeces. El protagonista del *Convidado de Piedra* ha perdido su nativa monstruosidad; es un caballero ingenioso, pródigo, franco, que ama poco á muchas mujeres; que no rinde culto á Dios, y, sin embargo, cree en la humanidad, en cuyo nombre da limosna á los pobres.

Una encantadora melodía que conmueve todas las fibras del corazón, resuena acompañada de armónico torrente en la estancia, á tiempo que nueva aparición surge en el fondo luminoso. Es la obra maestra de Mozart, rindiendo homenaje al extraordinario galanteador, perenne en el arte.

Apagadas las últimas notas musicales, se presenta el *Disoluto* de Goldoni, del ilustre abogado cuya vena cómica ha regocijado la sociedad francesa é italiana de todo un siglo. Vitalba es un D. Juan de ocasion, que sopla la novia (signorina Pazzalacqua) al enamorado Carino, pastor que representa á Goldoni. El rencoroso dramaturgo aprovecha el paso de D. Juan por el mundo lite-

rario, para satisfacer las reclamaciones del público, en una fábula puramente personal.

Dos confusas imágenes se observan, que tienen el aire de familia del héroe. Son el *Fausto* de Marlowe, cuya vida desordenada se refleja en el protagonista de su *Historia trágica*, y el *Fausto* de Goethe, que se asemeja un tanto al otro. Apenas desaparecen, se ofrece á nuestra vista el insigne *Lovelace*. El tipo de Richardson es un Tenorio vestido á la inglesa, desfigurado por el clima, por el humorismo británico, pero que sustancialmente se iguala al primitivo; audaz, escéptico, duelista, libertino, lleno de refinado egoísmo, y amable por el brio, la gracia y el ingenio.

El Don Juan que más fuertemente se destaca en el nimbo es el de Byron. En esta habitacion se oyeron sus vagidos. La musa del lord es por esencia sarcástica. Lo que en Childe Harold se dice de Rousseau es aplicable al poeta. Supo dar tal encanto á la demencia, que su brillante y celestial estilo arrancaba lágrimas por el criminal.

Don Juan se revuelve contra la meticulosa hipocresía de la sociedad inglesa, haciendo blanco de sus profundas observaciones, de sus ocurrentes salidas, la infidelidad femenina, el deshonor de los hombres, y la locura de los buenos que buscan la virtud en los demás, cultivándola por cuenta propia para un mundo que es indigno de ella. Conoce y penetra los recónditos resortes del humano corazón; defendiendo todas las causas en todos los tonos á merced de las varias trasformaciones que

su entidad sufre. Aventurero en los últimos períodos de su existencia, jamás permite el triunfo del pesimismo prosáico, porque derrama tesoros de conmovedora poesía sobre los azares de su conducta desatentada.

Junto á esta arrogante personificación, decae el *Marana* de Dumas, que á seguida vemos, bajo el aparato de religiosa fantasmagoría que le rodea; sucediéndole el *Marana* de Balzac, cuya indecente impiedad se burla entre los resplandores del altar del fanatismo de las gentes crédulas.

Como Byron, de Musset y Espronceda representan una generacion que al escepticismo en materias religiosas une altísimas ideas caballescascas, inspiradas por la tendencia romántica, la más extraña de las figuras que se perciben despues del amable escéptico byroniano, es el *Estudiante de Salamanca*, quien rinde párias al universal dominio de la Iglesia, cuya sepulcral hermosura le atrae, á pesar de que blasfema contra Dios.

La última que nos seduce con sus poéticos contornos es el D. Juan de seráfica hermosura, el más opulento de la tierra, que pierde su belleza, su génio y su gloria por una soñada mujer que no existe, por esa aspiracion infinita que jamás logra ver realizada en la interminable série de amoríos, nobles é infames, que esmaltan su vida turbulenta. Es el magnífico personage que la musa de Alfredo de Musset encarna en el inmortal canto segundo de *Namouna*.

La mágica luz ha desaparecido en la estancia del palacio Mocénigo. Tras las sombras de la noche viene la claridad durna, y volvemos á la góndola que continúa marchando á impulsos de los remeros.

La complicada fábrica de maderas que constituía el puente de Rialto, situado en la parte más antigua de la ciudad para unir las dos partes en que el canal la divide, desaparece en el último tercio del siglo xvi, ante la grandiosa fábrica de piedra que estriba en doce millares de pilotes. Bajo el extenso arco pasa nuestra embarcacion, sintiéndose encima de nuestras cabezas el bullicio que transita por las tres vías de que consta el puente, paralelas á dos órdenes de tiendas laterales que en forma de arcos componen las fachadas de éste.

* * *

Un sentimiento de piedad nos asalta á la vista del palacio de la infortunada Catalina Cornaro, reina de Chipre. En 1488, amenazada la isla por enemigos externos é internos, víctima la animosa soberana de las maquinaciones de los suyos, torna Catalina á Venecia, despues de haberse alzado el estandarte de San Márcos en aquellos dominios de que se posesionó la República con solemnes ceremonias.

Bien pronto llama nuestra atencion un espectáculo halagüejo. Del gran balcon central de bello edificio, ornado con elegantes ojivas cuyos

rosetones de pintados vidrios trasmiten al interior en multicolores rayos la intensa luz de fuera, parten alegres carcajadas que estallan en frescas bocas. Marieta del Oro, Clara, Margarita Pocofila con otras compañeras, caprichosamente vestidas, y semi-ocultas por toldos de claras telas en que se quebranta la fuerza del sol, se entregan á devaneos propios de sus años y carácter, quizá burlándose de cuanto ven sus lindos ojos, quizá mostrando los rasgos sentimentales que alguna vez aparecen fugaces en el curso de sus insensatas conversaciones.

Gran número de góndolas atracan á la gradería del edificio, cuya escalera interior tiene los peldaños usados por el incesante subir y bajar de abigarrado gentío. Turcos, judíos, indianos, franceses, alemanes, españoles é italianos, en cuanto al origen; soldados, estudiantes, frailes, letrados, caballeros, príncipes, en cuanto á la profesion, componen la muchedumbre.

Aquellas son jóvenes puestas al servicio de un hombre famoso por la procacidad del talento como por la licencia de las costumbres. Estos son admiradores ó clientes suyos, de ese extraordinario producto de la cultura italiana llamada el Secretario del Mundo, por sus servicios á los vasallos; el azote de los príncipes, por sus diatribas contra los reyes; el primer periodista del siglo décimo sexto, por ser como el prototipo de la prensa periódica; en una palabra, el divino Meser Pietro Aretino, á quien los poderosos regalan, los emperadores pensionan y brindan amistad, y los

Papas quieren investir con la púrpura cardenalicia.

En espaciosa cámara, profusamente decorada con presentes que de todas partes afluyen, recibe Meser Pietro las consultas, ofrendas y adulaciones del público.

De costosos brocados y sedas son los trajes que gasta, de oro macizo la pesada cadena que del cuello le cae sobre el pecho. La mefistofélica cabeza, representada con aditamentos córneos en los relieves que enriquecen la puerta de la sacristía en la Basílica de San Márcos, es la forma más gráfica de su esencia y naturaleza.

A los diez años se burlaba ya públicamente de las cosas religiosas. Parece como que todas las infamias se habian aunado para echarle al mundo. Nace bastardo en un hospital, y sus hermanas escandalizan en un lupanar. Su lengua no conoce rival en maledicencia. Su cinismo es épico, si cabe grandeza en el cinismo. "No he querido casarme, dice, porque el día en que nací me dieron por consorte la Virtud, de cuyo enlace tengo la prole que todo el mundo sabe." Y parece, tambien, que todas las noblezas se aunan para elevarle. Confiesa que no la tiene, pero que pueda darla, porque su alma es de rey. Quieren hacerle caballero, y lo rehusa, así como el legitimar á sus hijas, porque bastante ilustres son con venir de tal padre. Con su busto, con el de éstas y de las queridas que en casa sustenta, llamadas las aretinas, corren medallas que los grandes señores poseen. Cardenales y duques dotan á sus parientas solte-

ras para que se casen ventajosamente. El mundo entero se complace en convertir un mónstruo en ídolo.

La pluma del Aretino es la vara mágica que hace surgir tesoros pronto desvanecidos. Con un cuaderno de papel y un frasco de tinta se agencia millares de escudos, derrochados para satisfacer las exigencias de su vida fastuosa, que el vicio desenfrenado degrada. Su estilo hiperbólico, abundante en calificativos, rebosa ingenio libre de trabas. La desfachatez suple la falta de ciencia, pues la poca que sabe fué aprendida en los libros que de niño encuadernaba en Arezzo. Semejantes escritos le alcanzan universal reputacion, al par que suscitan enconados ódios que dirigen más de una vez el puñal contra su pecho. Por ellos pasa á la historia, que no por los religiosos y cómicos, el hombre original á cuya muerte preside un paralelismo con la vida, que hace pensar en los castigos providenciales. El Aretino muere de la risa que le produce un relato obsceno. La convulsion le hace caer, chocando contra un mueble que le hiere la cabeza. Y sus contemporáneos condensan en el siguiente epitafio los innumerables latinos é italianos que inspirara:

*«Qui giace l' Aretin, poeta toscó,
che disse mal d' ognun, fuorché di Dio,
Scusandosi col dir: non lo conosco»*

Abandonamos este lugar, transitando por el palacio del desventurado Antonio Foscari, muerto ignominiosamente en 1622 por suspicacias del

gobierno de la Serma. República, y rehabilitada al año su memoria con noble pero tardío decreto del temible Consejo de los Diez.

Más adelante miramos el suntuoso depósito para las mercancías de los turcos, con columnas de cieniento mármol oriental, donde moró el sublime loco Torcuato Tasso; y poco á poco llegamos en artístico arrobo hasta el puente de hierro que nace en la estacion, á donde va á morir el curso de la ligera góndola, llamándonos á la realidad de la vida las arquitectónicas construcciones férreas de la actual civilizacion.

EL LIDO.

A diversas distancias, y de variadas formas y dimensiones, surgen al rededor de Venecia un coro de islas que, al igual de las demás cosas de este mundo, han venido sufriendo desde su aparicion los efectos de la inflexible ley de la inestabilidad. Algunas permanecen sumergidas en el fondo de las aguas, sobre cuya superficie vivieron primero, encanto de la quieta laguna, raramente encrespada. Otras subsisten aun, conservando venerables ruinas de monumentos civiles y religiosos que atestiguan su primitiva importancia. Las casas de refugio para los peregrinos que tornaban de Tierra Santa, los conventos y monasterios en ellas construidos de antiguo, se trocaron en manicomios y lazaretos. Las basílicas silenciosas, á medio derruir, ostentan artísticos tesoros que el viajero admira. Los miles de habitan-

tes que componian las pasadas generaciones quedan reducidos á escasos centenares de modestos agricultores ó marinos que se dedican á la pesca. A los emigrantes guerreros de Chioggia han sucedido los tranquilos naturales de pintorescos trajes y dialecto original. No parte ya de Murano la espléndida cascada de cristales coloreados en que centelleaba el oro, llevando á Europa, Asia y Africa los primores de su fantástica industria.

No se fabrican en Burano los costosos encajes que sirvieran de marco á las delicadas formas de las damas aristocráticas. Cercan las derrumbadas torrecillas de Torcello, que en otro tiempo presidian extenso caserío, pobres cuadros de hortalizas que sirven de sustento á miseros aldeanos. Solamente permanece en San Lázaro la congregacion de benedictinos mechitaristas, dedicados al estudio de la historia y lingüística orientales, dueños de una rica biblioteca, de un museo de antigüedades y de una tipografía políglota, que los sábios admiran.

Donde más se manifiesta el movimiento de la vida es en el Lido, situado al Este de la ciudad. Compónese esta isla de una larga tira de terreno arenoso, cuya longitud recorren los aficionados á la equitacion, no pudiendo satisfacer su deseo en el casco veneciano, por imposibilidad material.

Al Lido arribaba la pomposa nave destinada á las ceremonias de la República, llamada Bucen-tauro, para que el dux celebrara anualmente el dia de la Ascension la fiesta de los *esponsales del Mar*.

Como los narentanos ó eslavo-croatas se dieron á piratear por las costas y Archipiélago dálmatas, el dux Pedro Orseolo II, hijo de Orseolo el Santo, partió en ayuda á las ciudades de la Dalmacia, con una flota, á cuya nave capitana subió el día de la Ascension el año 998. Triunfante despues de luchas encarnizadas, y arrasada hasta los cimientos la isla de Lagosta, que servia de guarida á los piratas por sus fortificaciones naturales y artificiales, tenidas por inexpugnables, volvió el dux á Venecia, despues de recibir nuevas protestas de adhesion de los pueblos de la Dalmacia é Istria.

En conmemoracion de tan brillante victoria, que reportó grandes beneficios al comercio y gobernacion de la República, se instituyó la fiesta llamada posteriormente de los Esponsales del Mar, que con el trascurso de los años fué celebrándose con creciente aparato. Al principio, subia por la mañana el clero á una barca cubierta con un paño dorado, llevando un vaso de agua y otro con sal para consagrarla. Despues se dirigia á la iglesia de San Nicolás, á cuyo punto llegaba la nave del dux. Cantadas las letanías, decia el obispo en alta voz: "Dignaos, Señor, hacer que este mar permanezca tranquilo para seguridad nuestra y de los demás navegantes." En seguida bendecia el agua é hisopeaba al dux y á los circunstantes, arrojando al agua el remanente.

En 1177, con ocasion de hallarse en Venecia el emperador Barbaroja y el Papa Alejandro III, para acordar una tregua de seis años á las ciudades de la Liga Lombarda, que acababan de triunfar

en Legnano, se celebró la fiesta con mayor pompa. El Papa presentó al dux un anillo, diciéndole: "Recibe, dux, este anillo como una cadena para sujetar el mar al dominio veneciano. Con él le desposarás, para que los venideros sepan cómo las armas venecianas han logrado el imperio de las ondas, y cómo el mar les está sujeto, á semejanza de la esposa sujeta al esposo." Posteriormente siguió verificándose así: el dux marchaba en el *Bucentauro* hácia la boca del puerto del Lido, el patriarca bendecía el anillo, y el dux le echaba al agua, diciendo: "Mar, Nos te desposamos en señal de verdadero y perpétuo dominio."

Hoy la isla es risueña mansion, embellecida por jardines y bosquecillos; animada con el tránsito de pedestres, de caballos con sus ginetes, y de carruajes que la atravisan en sentido latitudinal, desde los embarcaderos hasta los baños. Multitud de cafés y fondas brindan allí reposo y sustancias restaurantes de las perdidas fuerzas. Desde sus principales puntos de vista, se mira al frente entre el nacarado cielo y las aguas que de sus reflejos se tiñen, la bella ciudad, como verse pudiera entre las conchas de la madreperla el tesoro que guardan: mientras que al lado opuesto se pierde la contemplacion en el profundo azul del Adriático.

Nada tan placentero como el trascurso de un día de verano en estos parajes. Cada cuarto de hora salen pequeños vapores de dos distintas empresas, con embarcaderos situados en el muelle *degli Schiavoni*. El estridente pito llama á los viajeros tardíos. La chimenea del vapor fatiga

con su anhelante resuello. La tripulacion manio-
bra. Se oye á los vendedores de periódicos mati-
nales pregonar su mercancía. Van saltando sobre
cubierta ágiles caballeros que dan la mano á da-
mas medrosas; ellos vestidos segun requieren la
poco ceremoniosa estacion y la hora temprana;
ellas envueltas en ligeras batas, superficialmente
tocado el cabello, fresca la cara, y desvaneciéndose
en los traicioneros ojos que la luz aviva los úl-
timos sopores del sueño que aún velan la limpidez
de la mirada. La brisa impalpable roza con alas
aéreas los rostros. Los conocidos se saludan, los
desconocidos se curiosean.

Oyese el ruido ágrío de una cadena que se cor-
re y el acompasado bazuqueo que simulan las
palas del hélice al moverse. El vapor se separa del
muelle y camina imperceptiblemente, al paso que
en la retina de todos los ojos, vueltos hácia la
ciudad, se dibujan en insensible disminucion los
edificios, sobresaliendo los altos campaniles. Al
poco rato se percibe, agrandándose por grados, el
vapor que está de vuelta. Se pasa frente al Jardin
Público, punta del pié en la figura con que repre-
sentamos á Venecia, cuando de allí á poco asoma
la isla en lontananza. Hay momentos en que del
silencio de los viajeros, recogidos en mental abs-
traccion que el espectáculo de aquella tierna natu-
raleza suscita, se destacan el respiro de la chime-
nea y el voltear de las palas impulsoras.

Entonces, parece que se vuelve en sí, se siente
la dulzura de la vida sin tempestades, hasta que la
melancólica sonrisa estereotipada en la faz de algu-

nas mujeres nos vuelve á sumir en meditacion. A medida que el barco se acerca al Lido, la gente se rebulle, desaparecen las cavilaciones, cada cual se apresta á saltar en tierra, las bellas componen los revueltos giros de sus vestimentas, mientras que un compartamiento del embarcadero se llena de gente dispuesta á ocupar los sitios que dejemos vacantes, á fin de volver á la ciudad que acabamos de abandonar. Saltamos unos tras de otros en el compartimiento vacío, para ir separándonos despues por el camino. Quién va á pié, quién en carruaje particular, ó en tartanas destinadas al servicio del público.

Llegados á la casa de baños, cuyas celdas se extienden en extensas alas á derecha y á izquierda del gran pabellon central compuesto de fonda, salon de descanso y ancha terraza al mar para recreo de curiosos, los caballeros toman la derecha y las damas la izquierda, quedando aislados los dos sexos. A la media hora, los disfraces sociales quedan cerrados en las cámaras, y las ondas reciben nuestros cuerpos adornados sólo con el indispensable atavío. Los hombres, cuando se bañan, luchan con el líquido elemento; las mujeres juguetean con él, acostumbradas como están á jugar con el tempestuoso mar de las pasiones que tantas víctimas devora. Los hombres debaten á brazo partido; las mujeres imitan el movimiento de las aguas, acompañando el oleaje con las inflexiones de sus cabecitas ligeras, movibles, pérfidas como la onda.

Los que prefieren la terraza, cuyas farolas y de-

más objetos de ornamentación salientes se destacan absolutos en el espacio, por la carencia de otros objetos en el fondo que quiebren sus siluetas, gozan del aspecto brumoso del horizonte y de la azulada superficie vasta del mar, interrumpida á trechos por claros puntos que forman las velas latinas de las barcas pescadoras. A medida que estas se acercan, ensanchan las ántes confusas líneas de sus elegantes lonas, teñidas de azafranado matiz con caprichosas franjas, en cuyos fondos no es raro ver la imágen de la Virgen protectora, ó del gallo vigilante.

Al salón de descanso acuden primero los caballeros, ménos ocupados en el atavío de su persona; despues las damas, doblemente saladas, habiendo enjugado apenas las lágrimas que la náyade de los ojos verdes depositara en sus cabellos al abrazarse con ellas. Ilustradas revistas extranjeras, grandes periódicos políticos cubren los tapetes de los veladores, mientras una escogida orquesta de instrumentos de cuerda recrea el oído de los asistentes, acá y allá recostados en blandas butacas. Otros más positivos prefieren el regalo del paladar, sentados á las mesas de la fonda.

Tras del baño y del almuerzo va el necesario reposo, y tras del reposo se siente el deseo del ejercicio, solicitado por la enérgica elasticidad de los atemperados músculos. Es la hora de las excursiones á los parajes risueños, á los frescos bosquecillos; la hora de las visitas artísticas á las iglesias, del paseo por la isla.

Al caer de la tarde, cuantos establecimientos

del ramo cuenta el Lido, preparan abundantes virtuales y excitantes vinos para sostenimiento y solaz de sus parroquianos. Se hace la comida al aire libre, bajo toldos de verdes hojas, ó discretamente ocultos, los que manejan alguna intriga amorosa, por el entrelazado ramaje de apartada gloria.

A medida que el sol se hunde en el mar, y las estrellas comienzan á titilar en el firmamento, comienza también en remotos bosquecillos de la isla, unidos por largas ondulaciones de faroles de papel pintado, una iluminación á la veneciana que fulgura atrayendo distinguido concurso.

Los claros que deja el plantío se ocupan con el material indispensable para un concierto. Sitio de la orquesta, andanas de sillas para el auditorio, despachos de bebidas refrescantes, café y otras dependencias instaladas en aquellos mágicos verjeles, se ven circuidos de inextricables laberintos de follaje, á donde sólo llegan la luz de los astros y la armonía de los instrumentos músicos, acaso para embellecer los incidentes de un idilio amoroso.

Es de noche. Los vapores de Venecia conducen gran número de personas vestidas con elegancia. Por cuantos senderos llevan al sitio de la reunion se ven animosos transeuntes. La plazoleta del concierto se llena de hermosas, envueltas en transparentes gasas, salpicada de flores la cabeza y el rostro destellando encantos; de galanes rendidos al poder de su belleza; de tranquilos enamorados del plácido bienestar con que la naturaleza favo-

rece; de apasionados por el arte divino de la música.

Hasta las doce dura el espectáculo, y en ese tiempo, ¡cuánto suspiro, cuánta nota perdidos en el espacio! ¡Cuántos saetazos clavados en el corazón! ¡Qué de deseos ardientes relampagueando en el pecho, y qué de ilusiones desvanecidas tan pronto como las forjara el amor propio! ¡Quién sabe los apretones de manos correspondidos, las suspiraciones prevenidas, los celos apagados, las protestas ratificadas, las promesas de amor hechas al influjo de una frase musical, de una brisa voluptuosa, de una vibración estelar!

Juventud, hermosura, elegancia, arte, clima paradisiaco, cielo rutilante, misteriosos rumores que llegan de la ciudad encantada, suaves corrientes aéreas que del mar aportan frescura, emanaciones balsámicas de las plantas, se combinan en los incentivos de la noche con las vagas ansiedades del espíritu, produciendo semejante fusión de los elementos de la naturaleza física con las aspiraciones morales, un estado excepcional en cada humana criatura, que apegándola á los placeres de la tierra la permite vislumbrar las inefables dichas ultramundanas.

Cuando la última obra musical agoniza en la orquesta, y la luz de algunos faroles se apaga, cada cual abandona su asiento buscando la persona ó personas de su compañía.

Véanse á lo largo del camino que conduce á los embarcaderos, alegres grupos que aprietan el paso para tomar pronto el vapor. En dos ó tres puntos

de la isla se admiten pasajeros para Venecia, los cuales llegan apresuradamente, por lo avanzado de la noche. Llena ya toda la cubierta, los vapores emprenden la marcha. La algazara del embarque ha cesado, lo mismo que el murmullo que se produce mientras dura la colocacion de la gente. Al primer ímpetu de las conversaciones en alta voz, sucede el agradable momento de los diálogos susurrados entre los que bien se quieren. Las grandes pausas dejan oír los ruidos de la máquina, cuya intensidad aumenta por la noche. Algunas cabezas calenturientas se exponen ávidas de frescura al embate de la brisa marina; otras reflexivas, por lo regular de enamoradas doncellas, se velan con el ligero abrigo. Puede decirse que en estas travesías hay siempre un lapso de cinco minutos en que el barco camina como si llevara fantasmas, puras apariencias de figuras humanas. Tal es la quietud de los cuerpos y el vuelo que las almas han tomado, tendiéndose hácia las esferas de la inmortalidad.

Al final del viaje, la blanquecina línea de nebulosa que ántes indicaba el alumbrado del muelle, se acentúa, separándose los focos que la componen. Se ve perfectamente aislado cada farol y el edificio en cuya fachada se refleja su luz. El vapor toca en el merlon de madera dispuesto para desembarcar. Hombres y mujeres llegan, por lo comun, á la plaza de San Marcos, y allí se desparaman, sumiéndose en las boca-calles por donde se entra al eurvezado caserío veneciano. Por una de ellas desaparece la esbelta indígena que os ha

seducido durante el concierto; cuya voz, llena de melódicos tonos, ha llegado hasta vuestra alma, cernida á través del dialecto que hablaba con sus acompañantes, y del que no habeis entendido una palabra, si no tuvisteis la fortuna de nacer en tierra véneta.

segundo durante el concierto; cuya voz, llena de
melancólicos sonos, ha llegado hasta vuestra alma
cortada & travesada del diapasón que bajaba sonando
compañantes, y del que no habéis entendido que
faltaba, sino tal vez la forma de hacer en tier-
ra vuestro

...

...

ROMA.

FORMA.

DISCURSO PRELIMINAR.

¡Roma! ¡Singular destino el de estas cuatro letras! Con ellas se forma la palabra *amor*, que es la materia, y tambien el espíritu, sobre que se ha escrito mayor número de volúmenes. Con ellas se forma la palabra *Roma*, asunto de tantos libros que podian componer una rica biblioteca. Finalmente, con ellas se forma la palabra *Omar*, personaje abonado por sus humos para reducir á cenizas cuanto se haya escrito sobre el amor, sobre Roma y sobre el ilimitado género que Pico de la Mirandola cultivó, si reapareciera por el mundo.

Tarea árdua en demasía la de decir algo nuevo acerca de ciudad tan vieja, por tan ilustres hombres visitada, por tan grandes escritores descrita. La nata y flor de la sabiduría ha pasado por allí; la crema del arte ha recibido inspiraciones en sus ámbitos; la *high life* europea y americana ha hecho rodar innumerables coches de *remise* por el empedrado de sus calles. Los peregrinos rezan en todos sus templos; los ingleses recorren todos sus Museos, haciendo una señal en el catálogo, al margen

del objeto visto, para que conste; los pintores admiran todas las obras de Rafael y de Miguel Angel, sin imitar ninguna; y los escultores sienten la revelacion de la belleza en todos los mármoles griegos, porque la escultura en Roma es una manifestacion divina. A tres individuos nos ha producido igual efecto al contemplarla. Al primer poeta aleman, al gran Goethe; al primero de nuestros Pachecos, don Joaquin Francisco; y á mí, el último de los escritores de viajes. Consigno orgulloso esta convergencia de mi humilde persona, del génio y del excelentísimo señor hácia el arte por esencia plástico, é incomprensible en los pueblos saturados de romanticismo como Alemania y España.

Las damas francesas, españolas y belgas que van á Roma, visitan al Papa; las inglesas y *yankees*, visitan á Garibaldi; las familias hispano americanas, procuran ver á los dos. El Rey, el Papa y el héroe legendario, que no cabrian en el mundo, caben en Roma, que ha sido, es y tiene trazas de ser la señora del globo. Cada astro gira en su órbita, seguido de sus correspondientes satélites. En la inmensidad del firmamento romano hay sitio para todos los soles y sistemas; pero con una condicion, la del universal dominio de Roma.

Los extranjeros al sexo fuerte, en prueba de la fortaleza peculiar del sexo, son ménos escrupulosos que las damas, y comprenden en el círculo de su curiosidad cuantos entes rabian de verse juntos; esceptuándose no obstante, de la regla general, aquellos que por llevar orejeras que les impidan ver otro camino que el que tienen delante de los

ojos, andan por Roma embobados y en cuadrilla, metiéndose en cuanto lugar sagrado columbran, como si estos lugares fueran compendio de lo divino y humano que por santo y hermoso constituye la supremacía de la Ciudad Eterna. Aludo á los peregrinos, que son por naturaleza fanáticos y esencialmente huraños, los cuales, por su forma y accidentes, tanto ellos como ellas, merecian componer un sexo aparte, llamado neutro, que los diferenciara del comun de las gentes, cuyo trato rehuyen y cuya risa provocan.

Si el primer elemento de la moderna Roma es el *forestiere*, aquel sér despilfarrador que los romanos entreven en sus sueños de color de rosa, estravagante individuo que gasta al mes lo que una familia indígena al año; el segundo elemento es el mismo romano que, en combinacion con el italiano, se dedica, por regla general, á vivir del extranjero. Si alguna modificacion ha sufrido el antiguo sistema que para buscárselas tenian implantado los descendientes de Rómulo, débese á la capitalidad de Roma, y al sentimiento de dignidad que la Italia una ha despertado en aquellos que le tenian mortecino ó ignoraban su paradero.

Chateaubriand, espíritu culto y hombre de raza, en quien el puntillo aristocrático prevalecia, con las preocupaciones, sí, pero tambien con las cualidades que adornar deben al caballero cumplido, en cuanto respecta á su propia estimacion, torció el gesto la primera vez que se vió en Roma. Al autor de *Los mártires* y de la *Vida de Rancé* le pareció una inmensa fonda. No nos ha dicho

si buena ó mala, y es lástima, porque Rabelais, cuyo génio era el polo opuesto del talento de Chateaubriand, no habia hallado en Roma, con dos siglos de antelación, cosa digna de superior alabanza sino la lechuga; por donde se ve que en aquella vasta fonda, de seguir las lechugas las honrosas tradiciones de sus antepasados, habia en tiempo del célebre vizconde, por lo ménos, un plato apetitoso, que ya es algo tratándose de una generacion entregada exclusivamente al culto de *Santa Pasta* y *San Manso aleso*.

Lo que se dice del romano ha de aplicarse á la romana, sin que entre en mi ánimo mancillar la fama de tan hermosa mujer, que tampoco entró en el de Moratin, quien, católico, templado, conservador, prudente, respetuoso, clasicon y hasta pascato, despues de entusiasmarse oficialmente con la grandiosa suntuosidad de la Basílica de San Pedro, donde nadie ha percibido los vislumbres de la Divinidad, se creyó con autorizacion para echar los piés por alto y decir cuanto se le vino á la pluma sobre la frágil condicion de unas débiles mujeres que por su desgracia viven en tiempos bastante remotos de aquellos que las Virginias y Lucrecias ilustraron.

Queda dicho que el romano y el italiano se combinan solamente para negociar con el extranjero, pues que entre ellos no hay fusion ni acomodo posible desde que Roma, en vez de capital de los Estados Pontificios, es capital del reino de Italia. Se habla en tésis general. Allí no hay más que *buzzurri* y *caccialepri*; aquellos son los con-

quistadores, estos los conquistados. Aquellos son los piemonteses, los toscanos, los italianos, en una palabra, que así se les llama; y estos son los romanos.

La centralización en la Ciudad Eterna es un hecho consumado, aunque no reconocido. ¡Y cuidado que se trabaja para que se reconozca! En Roma se consume el aceite de Luca, el salchichón de Bolonia, el queso de Parma, el vino de Toscana; en sus *trattorios* se sirve la chuleta á la milanesa, el hígado á la veneciana, la ternera á la genovesa, los macarrones á la napolitana, las truchas á la liornesa; pero *nequaquam*. La mayoría de los empleados son piemonteses, y en la ciudad se oye más de lo acostumbrado el dialecto piemontés, que es el catalán italiano.

La gran nación que creó Camilo Benso, que consolidaron las armas francesas unidas á la juventud de la Península, con la colaboración de la Casa de Saboya, corre peligro, en concepto de los romanos, de convertirse en un grupo de provincias tributarias del Piamonte. Está hecha la unidad política, está hecho el ejército, el país... mas la bella Nápoles, la culta Milan, la romántica Venecia, la rica Génova, la ática Florencia, la pagana Roma se ven supeditadas á la monótona Turin. La Ciudad Eterna, de su parte, hace lo posible por separar la cabeza del cuerpo.

Semejante manera de proceder, en español claro, neto, puro, limpio, fijo y sin esplendor se llama majadería: en latín se llama *non possumus*.

Para el romano, la mejor religion es la romana;

el mejor gobierno, el que saca ménos contribucion y perdona más delitos; la ciudad adelantada, grande, superior por escelencia, es Roma. ¡París, Lóndres, Berlin, Madrid, Viena, San Petersburgo! Vanos nombres que oyen á los extranjeros, sin conocer apenas su significado. El romano se resiste á viajar: en su ciudad natal se resume el universo, y, como suele decirse vulgarmente, tiene á Dios cogido por los piés, porque, al cabo y al fin, la Causa primera es romana.

Roma, es grande, lo confieso, más de lo que algunos creen, aunque no tanto como se figuran sus hijos. Encierra singularidades que ella sólo posee; pero está muy atrasada, y lo estaba más aun ántes del 20 de Setiembre de 1870. Un imitador del estilo de Víctor Hugo diria: en el océano de las ciudades, Roma es la tortuga.

Pasada revista á la ligera de los seres que viven vida inteligente en la capital del orbe católico, no obstante haber olvidado los caudillos de la Iglesia militante, y la tripulacion de la nave de San Pedro, que aquí residen, porque lo difícil de los tiempos me impide ocuparme de ellos, vamos á echar una rápida ojeada á la misma capital, exponiendo ántes los varios métodos que pueden prestarnos su concurso para no hacer de estos párrafos una madeja inextricable. Y aun ha de ir por vía de prólogo lo que yo entiendo que es obligacion del escritor que se dedica á dar á luz sus impresiones de viaje.

Escritor, á mi juicio, es el que saca libros de su cabeza, y erudito el que los saca de la cabeza

de los demás. (Quien dice libros dice cualquier forma de publicacion escrita.) El que crea, expone, *subjetiviza* lo que ha pensado ó sentido, sin prévia línea de conducta que le trace la direccion que han de seguir las lucubraciones de su númen; ese escribe; el que utiliza agenos materiales ó echa por senderos trillados, ese compone, arregla, compagina; *hace* filosofía, literatura, versos; es erudito, compilador, apreciable literato, y excelente sujeto, de cuya mollera puede decirse, sin ofenderle, que jamás han brillado en sus cavidades las ráfagas creadoras del *quid divinum*. Para describir países, por el sistema de la erudicion, hay que saber mucho y bien; hablar de ellos lo que otros han hablado ya, es como ir por la nieve, por barrizales ó por camino polvoriento, encajando el pié en las huellas de anteriores caminantes; luego el más cómodo proceder es trasladar al papel lo que se siente, y de la manera que se siente, no teniendo un memorion terrible para ser erudito, ó una voluntad dúctil que nos convierta en autores de reata. Resúmen: hay que conformarse á ser escritor liso y llano, á crear; y si las creaciones pueden ir realzadas con el adorno del saber, miel sobre hojuelas.

En esto del escribir, como en todas las cosas, debe haber su método. Con aplicacion á Roma, ignoro cuál será el mejor; los puntos de vista son numerosos, el panorama vastísimo, la historia antigua. Hay la Roma de la República, de los Césares y de los Papas; la política y la artística; la degenerada y la regenerada; la de las ruinas y la de

los monumentos que permanecen en pié; la de los romanos, la de los italianos, la de los extranjeros y la de los católicos. Desde la pobre cabaña de Rómulo, en el monte Palatino, donde es fama que se educó con su hermano Remo, despues de ser recogidos por el pastor Faustolo, hasta el Vaticano, residencia de los Papas, palacio que cuenta veinte patios y once mil habitaciones, sin incluir las salas, capillas, biblioteca, museos, etc., hay infinidad de moradas interesantes ó suntuosas que recorrer. Desde la grosera caricatura del Cristo, trazada con estilo por los soldados del pretorio en una pared del cuerpo de guardia, hasta el marmóreo Apolo del Belvedere, resplandeciente de serena hermosura olímpica, hay una larga série de obras de arte que admirar. Desde las humildes criptas en que se enterraban los primeros cristianos, hasta las soberbias tumbas que en San Pedro guardan los restos mortales de poderosos Pontífices; así como desde las venerandas reliquias de los mártires hasta la imágen de San Ignacio de Loyola, estatua de plata maciza y de tamaño natural, hay multitud de objetos que exciten la piedad de los fieles. El templo de Hércules vencedor, poco mayor que una garita, y la Basílica más grande del orbe, son los extremos de una série de templos; como las subterráneas cárceles mamertinas y el castillo de San Angel, ó mole Adriana, son el principio y término de una cadena de vejaciones que comienza con San Pedro encarcelado, segun la tradicion, y finaliza con Pio IX encarcelador.

En las afueras véense los restos de antiguos edi-

ficios que, al desmoronarse, sirvieron de guarida á osados bandoleros, muchos de ellos fundadores de esas ilustres casas de la nobleza pontificia, cuyos vástagos pasean orgullosos en magníficos carruajes por el monte Pincio aquellos dias de la semana en que la córte se abstiene de hacerlo. (Porque los nobles pontificios, constituyendo la aristocracia *negra*, se creen en el caso de evitar todo roce y mezcla con la aristocracia *blanca*, que es la que presta su concurso á la vida pública y social de la casa de Saboya). En el interior de la ciudad, junto á una respetable familia inglesa que, á pié ó en coche, transita por la calle, destacándose de su conjunto el dorado y el azul de las cabelleras y de los velos, pasa el sórdido fraile gris, haciendo con su repugnante figura la propaganda anticatólica más eficaz que hacer pudiera un descarado reformador; mientras tanto que el cura, de calzon corto y leviton largo, pasea indiferente, convencido de que, si no las puertas del infierno, las ventanas van prevaleciendo, y de que acaso no esté muy lejos el dia en que prevalezca todo el edificio.

Como hay contraste é innúmeras gradaciones en las cosas y en los hombres, los hay tambien en la diversidad de formas que componen el total de la vida en Roma, originalísima y compleja, para cuya descripcion habria menester de un libro voluminoso quien, como el que estas desbaratadas líneas escribe, pasó allí muy cerca de tres años, y por poco que tenga que decir, necesita para expresarlo un lugar y un tono que la ligereza de estas *Notas* no consienten. Quédese para ocasion pro-

picia el cumplirlo, concretándome ahora, si he de seguir el hilo del discurso y método adoptado, á consignar las impresiones puramente personales que la Ciudad Eterna me produjo al recibirme en su seno, y á indicar cómo debe distribuir sus horas el viajero que de paso la visite, á semejanza de las visitas que llevo hechas á otros puntos de que el presente libreo trata. Muy de prisa, al vapor, como se vive en la época.

Pensaba yo, pobre de mí, que entrar en Roma y asombrarse era cosa del momento; que en saliendo á la calle habia de anudarse mi lengua, porque la admiracion de lo grande me impediria su manejo; que un ligero exámen de las costumbres á donde tantas individualidades extrañas y entre sí discordantes afluyen, seria tesoro de observaciones; que la lucha entre el Vaticano y el Quirinal prestaria abundante materia para largos escritos.

Era Semana Santa, y preparé los bártulos. No sé qué tempestad de párrafos presentia yo sobre el *Miserere* de Palestrina en la basílica de San Pedro; sobre la ostentacion de la córte romana; sobre el mágico efecto de realidades nunca vistas, en espacios soñados; y todo fué ilusion pura; porque lo cierto es que el jueves y viernes santo no ví en la basílica citada más aparato, ni más córte, ni otro efecto mágico, que un chiquillo de doce años, cubierta la cabeza con un casquete, y barriendo el pavimento del altar mayor, allí donde está la silla de San Pedro, sostenida por cuatro obispos colosales de bronce.

Fácilmente se comprende que el asombro presentado en mi candidez no es el asombro artístico que las grandiosas y bellísimas obras del paganismo causan; ociosa es toda protesta, si se considera que yo, como cualquier hijo de vecino, había de rendirme ante las riquezas del arte antiguo, y no había de emplear mis écios en calificar de ruin y chavacano lo que el saber aplaude por magnífico, el buen gusto ensalza como admirable.

Ni es de mi competencia hablar de un arte que apenas conozco, pues me falta hasta la osadía de que muchos echan mano para salir del apuro.

En lo que yo fundaba mis pasmos futuros era en los elementos materiales y morales de que se compone la Roma moderna, la Roma de la infalibilidad, la Roma de Italia, la Roma de los viajeros, el centro del catolicismo, la fragante capital que á Luis Veuillot embriaga con sus perfumes, y por donde tantos libre-pensadores transitan torciendo el gesto, y llevándose el pañuelo á las narices.

Esta Roma no me fascinó; y pensé que no habría de darme motivos para elocuentes ditirambos en adelante.

Respecto á la antigüedad, séame lícito aventurar algunas heregías históricas. Ellas reflejan mis primeras impresiones. Quizá con el tiempo cambié, pero al principio tal efecto me produjo, y así debo decirlo. En Roma no he sentido la antigüedad. Para reconstruirla me pareció de absoluta necesidad el omnímodo conocimiento de las épocas remotas, so pena de hacerse la más fantástica de las

ilusiones: y ¿por qué no tener la franqueza de confesarlo? El verme desprovisto de tan gran aparato científico me privó del placer de identificarme mentalmente con la Roma clásica del paganismo. Item más, el romántico amaneramiento que al juvenil modo de ser político impusieron las predicciones generosas, anteriores y simultáneas á la revolucion de Setiembre, hizo de aquella generacion que por entonces apareció á la vida pública, (de ella formo parte) una generacion poco á propósito para gozar con el recuerdo de las tiranías, para recrearse con viles tradiciones y aficionarse á ruinas que patenticen el paso por la tierra de una sociedad corrompida.

Las Termas hablan de la molicie de insolentes mancebos y frívolas matronas; el Anfiteatro, de amargos martirios, para divertir una córte aborrecible; el Foro, de pueblo degradados y gárrulos tribunos; el Palacio de los Césares, de una cadena de infamias que principia en el estanque de las carpas, alimentadas con carne de esclavo, para lisonja del paladar señoril, y concluye con el incendio de Roma, espectáculo recreativo, dispuesto *inter cepulas* por Tiberio; los Templos, del repugnante culto tributado á innobles pasioncillas, á soeces preocupaciones encarnadas en torpes divinidades, ó á miserables mortales que la servil adulacion elevaba al rango de dioses. El simbólico naturalismo griego que las artes ensalzaron y la filosofía penetró con su soplo inmortal, aparece tan grosero en Roma, despues de sobrevenir el escepticismo religioso representado en los augures, que

INDICE.

PRIMERA PARTE.

	Págs.
Suez.—Aden.—Moka.	5

SEGUNDA PARTE.

Ceylan.—Punta de Galles.—Los caimanes.—Una caza de tigres.—Las mujeres de Tembapoor.—Los elefantes.—El pico de Adam.—Leyendas brahmánicas y budhistas.—Trinquemalé.	69
-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----

TERCERA PARTE.

Las bayaderas.	187
------------------------	-----

CUARTA PARTE.

Trinquemalé (continuacion).—Un matrimonio de clase elevada.—Los fakirs.—Sir John Hastley.—Una caza en el lago Kandellé.—Las hornagueras.—Abnegacion de Amoudou.—Una noche en las junqueras.—Salida de Trinquemalé.—Jaffnapatnam.—Partida para la costa india.	217
-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

sólo, en mi concepto, puede gustar de la antigüedad romana, el sábio arqueólogo que en presencia de los objetos comprobados por la erudicion siente el amor propio satisfecho y se asegura de la verdad de la ciencia.

Otra cosa es, si partidarios de la teoría del arte por el arte, en todo se prescinde del horror histórico, y se considera no más la exteriorizacion de la belleza que por los ojos se nos llega dulcemente hasta el recóndito camarín donde se alberga la ternura. El arte puro, hé aquí lo que en Roma cautiva, por refractario que se muestre el espíritu á sus percepciones, por escasa que sea su preparacion para recibir dignamente el divino reflejo.

Y hablando de este arte, contra el que siempre se desató en improperios la intransigencia clerical, sepa ésta que en el Museo Capitolino resplandece la Vénus del mismo nombre, irradiando hermosura, por gracia de Benedicto XIV, á cuya munificencia se debe la conservacion de tan preciada joya del arte naturalista en tan célebre Museo. Y sepan tambien todos los exaltados predicadores que suben á los púlpitos de España repletos de furibundos apóstrofes contra las diversas manifestaciones del arte, tratado por ellos como materia diabólica, que al chocar su rabiosa ignorancia contra las figuras paganas, se chocan irreverentes y procaes contra multitud de Soberanos Pontífices, que por amor á la cultura han enriquecido á sus expensas los Museos de la Ciudad Santa con obras que á ellos les parecen pecaminosas y dignas de inmediata destruccion.

Lo contrario de lo que se dice de la antigüedad pagana puede aplicarse á la cristiana. Simpática la historia de los orígenes del Cristianismo bajo las persecuciones, (crasos errores de efectos contraproducentes que sirven para la propagacion de lo que se intenta destruir) halla el espíritu piadosas melancolías contemplando las huellas de los primeros cristianos por el difícil camino lleno de escabrosidades que paulatinamente habia de conducirles al triunfo glorioso que aún persiste en nuestras sociedades. Los monumentos sencillos que de sus prácticas nos dejaron, espontáneas manifestaciones en que á vueltas de conatos imitativos se perciben asomos de la originalidad espiritualista, llamada más tarde á regenerar el mundo, impresionan por su tosea ingenuidad. Maravilla cómo aquellas místicas ideas y alegóricos cultos, concebidas y practicados en el misterio de las criptas, por gentes de humilde condicion, llegaron á desarrollar tal fuerza expansiva, que, haciendo explosion, sembraron de ruinas la Historia y se levantaron avasalladores sobre los destrozados restos de poderes ántes fuertes y soberbios, acerca de cuya duracion locura fuera aventurar siniestros cálculos ni predecir fatídicos acabamientos.

Catacumbas, basílicas, sepulcros, inscripciones, mosaicos, pinturas murales, cuanto de aquellos primeros siglos queda, excita la curiosidad, se gana las voluntades y luego dá margen á serias consideraciones de un orden presumible en la religiosa España. Mas poco á poco el viajero, el

observador, el filósofo van pasando de la tierna sencillez primitiva á la arrogancia posterior, á la embriagadora actitud del predominio con sus lamentables equivocaciones. Ven las señales claras de una reaccion fanática que tiende á destruir cuanto de la Roma pagana queda pregonando el antiguo poderío; ven los templos de los dioses trasformados en templos de santos, los arcos rotos, los circos derruidos, las estátuas mutiladas, las tumbas abiertas, profanadas, aprovechados los materiales de construccion y afeados por torpe mano que la ignorancia mueve los bellos residuos de una civilizacion vencida; y entónces el ánimo reacciona tambien; lo que inspiraba simpatías causa tédio, lo que se contemplaba con amor se mira con disgusto, y aquella fragante emanacion que del fondo del sentimiento religioso subia á refrescar nuestras ideas contaminadas de escepticismo, contrarestando con su virtud purificadora los venenosos efluvios del sarcasmo, planta letal cuya semilla ha depositado en nuestro espíritu el espíritu del siglo, desaparece arrastrada por el viento de la crítica, esa temible corriente que á la par que limpia arrebatada, llevándose en sus violentas ondulaciones lo mismo los errores que las ilusiones, lo mismo las mentiras que las esperanzas.

A la reaccion sigue la ostentacion, al triunfo satisfecho, á la represalia, el desplegar un aparato que aturda, que fascine, que se imponga. Así la Iglesia, puesto el pié sobre la garganta del paganism, se alza triunfadora, radiante de galas y

magnificencia. La Ciudad Eterna se cubre de ricos templos en el período de su grande esplendor. Datos curiosos para la marcha de las ideas á través de las sociedades, trasformadas desde su origen cuasi divino en ideas terrenales, mundanas que creíamos desprendidas del cielo como rocío vivificador de las almas agostadas, y luego no son más que ideas embrionarias de nuevos organismos sociales en que la Humanidad vive y continúa desarrollándose para llenar sus fines. Estas son, resumidas en grandes síntesis, las impresiones que Roma pagana y Roma cristiana, la de los Césares y la de los Papas, me produjeron en los primeros días de mi estancia en la Roma de los reyes constitucionales.

Para visitarla, aunque á la ligera, por el sistema que sigue la mayoría de los viajeros, lo mejor es ajustarse á las indicaciones de las Guías, seguros de verlo todo, de llevar de todo una idea en la mente, una noticia en la memoria, una impresión en el cerebro. *La Semana de Roma*, programa que no carece de atractivo, permite ver en el breve período hebdomadario las *villas* Pamfili, Albani, Wolkonsky, Ludovisi, Borghese, Médicis, Máximo; las galerías artísticas de Corsini, Borghese, Doria, Rospigliosi, Barberini, Farnese, Sciarra, Spada, Colonna, con sus palacios correspondientes; los Museos Capitolino, Lateranense, Vaticano y sus Logias, Kircheriano, Quirinal, Academia de San Lúcas, la Farnesina y otras curiosidades. Esto es lo que pertenece al público, á cualquiera, al universo mundo, que tiene igual-

mente acceso á las ruinas, á las catacumbas, y puede penetrar en las innumerables iglesias que decoran la poblacion.

El conjunto se reduce, por condensarle en grandes agrupaciones, á paganismo á cristianismo, considerado históricamente; y naturaleza y arte, considerado como forma. De las primeras agrupaciones algo se ha apuntado ya; de la segunda (prescindiendo de la naturaleza, cuya hermosura debe apreciarse en las opulentas quintas de los señores romanos, quienes ménos egoistas ó más fastuosos que otros señores, permiten que el menesteroso se recree en ellas); del arte, poco resta que decir en disertacion que no tiene pretensiones de ningun género. Puede tambien ramificarse en tres divisiones, la pintura, la escultura y la arquitectura.

La pintura que se admira en Museos, en galerías, en templos, en Academias, es obra, aparte de otros autores ménos visibles, de veintinueve artistas que recorren una gama espiritual desde el génio hasta el ingenio, pasando por las gradaciones del talento. Clasificados estos artistas por otro escritor de gran reputacion, no tengo inconveniente en aprovecharme de su trabajo. Hélos aquí, por escuelas:

Escuela de Florencia. Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Frate, Andrés del Sarto.

Escuela romana. Rafael, Julio Romano, Poussin, Lorrain, Perugino, Miguel Angel y Polidoro de Caravagio, Garofolo.

Escuela lombarda. Luini, Corregio, Parmigianino.

Escuela de Venecia. Giorgione, el Ticiano, Pablo Veronés, Tintoreto, los dos Palma, Sebastian del Piombo.

Escuela de Bolonia. Los tres Carrachos, Guido, Dominiquino, Guercino, Cantarini, Francia.

Los colosos de Roma, empero, son Rafael y Miguel Angel.

La escultura en Roma es de grandisima importancia. Primero, durante la República; y despues, durante el Imperio, creció, se desarrolló, y cayó en decadencia, imitando siempre los modelos de Grecia. Escultores griegos y discípulos suyos italianos adornaron los templos con las imágenes de los dioses; las plazas, termas, edificios públicos y particulares con las estátuas de los héroes, de los hombres ilustres, de los cónsules y de los emperadores. Tanta riqueza se vió destruida, rota y dispersa con las invasiones de los bárbaros que sucedieron á la caída del imperio del romano, hasta que al calor de la fé cristiana renació el arte místico que, despreciando la forma, concentró su fuerza en la expresion de los afectos del alma inmortal. A los dioses y héroes sucedieron el Cristo en la Cruz, la Vírgen doliente, los santos macilentos, los mártires escuálidos, las vírgenes entecas, los ángeles de rostro estático; y sobre los monumentos sepulcrales, los príncipes de la Iglesia, tendidos como en eternal sueño; los caballeros dentro de su armadura, y las damas cubiertas de largas vestimentas, arrodilladas y en actitud de rezar eternamente por la salvacion de sus almas. Miguel Angel rompió con las tradiciones de la

Edad Media, influyendo con el prestigio de su génio sobre la escultura romana, y renaciendo con él la idea antigua que ya daba nueva vida á las ciencias y á las letras.

La perfecta armonía del cuerpo recobró su imperio, si bien agrandada, agigantada, puesta en mayor relieve y tension por la grandiosa manera del maestro, sin que la resurreccion de la carne fuera incompatible en sus obras con el espíritu cristiano. Tras larga série de imitadores llegó la época decadente, no bastando la maestría de la ejecucion y los esfuerzos del talento á suplir la falta de vida y de verdad característica del barroquismo, cuyos principales campeones fueron Bernini, Boromini y Algardi. Protegidos, no obstante, por la Iglesia, llegaron los barrocos á hacer de Roma un inmenso museo que podia competir en número, si no en buen gusto, con la antigua Roma; exagerando tan desatentadamente las violencias de su dislocado estilo, que la aparicion del gran Canova fué acogida con extraordinario júbilo por los amantes del clasicismo, implantándose la graciosa imitacion del arte griego que el innovador acreditó con la maestría de su cincel. Muerto Cañova, los primeros como los últimos escultores, han seguido sus huellas y regídose por sus principios. Thorwalldsen, Tenerani, Jacometti, con mayor ó menor fidelidad, continuaron la obra de aquél, estacionándose las Academias en sus cánones artísticos. Los albores del realismo parece que comenzaron á lucir en Roma á mitad de siglo, y en su fulgor creciente buscan inspira-

ciones los escultores contemporáneos. Los restos de la antigüedad, unidos al cúmulo de producciones que esta reseña significa, se admiran en la Ciudad Eterna, do quiera que el amante de lo bello intenta buscarlos.

La arquitectura es de un particular exclusivismo. Bien conocida la romana, apenas si de ella al Renacimiento hay ejemplares de las varias combinaciones bizantino-góticas que, correlativas al arte de la expresión mística en pintura y en escultura, prevalecieron durante la Edad Media. Restaurados muchos templos paganos, fueron convirtiéndose en basílicas cristianas, adquiriendo un sello especial que les imprimían los dos elementos que entraban en su construcción. Los materiales de las termas, circos y otros monumentos, servían, así como sus reminiscencias arquitectónicas, para fabricar palacios é iglesias, adaptándose á los órdenes clásicos. El Renacimiento ningún obstáculo tuvo que vencer en esta región tradicional del paganismo. Simultánea á la escuela barroca en escultura, fué la de arquitectura, que tomó singular incremento. Desde Miguel Angel hasta el Bernini, los Peruzzi, Sammicheli, Sansovino, Vignola, Palladio, Ammannati, Pellegrini, Olivieri, ambos Fontanas, Maderna y otros, dejaron muestras profanas y sagradas de sus propios estilos. La arquitectura de Roma es grandiosa, rica, expresión del dominio, del fausto, de la supremacía.

El extranjero, en la capital del orbe católico, combina la fácil manera de vivir espiritualmente de recuerdos, y materialmente de las comodidades

que los actuales tiempos positivos se procuran los humanos, hijos de la civilización moderna.

A pesar de que la industria extiende su nivel por las naciones, borrando costumbres típicas, y estableciendo una ley universal que rige las mayorías, aún conserva Roma restos de las costumbres que podíamos llamar pontificias, mezcladas á las que el paso de la Europa culta por sus ámbitos ha implantado.

Su estudio, descripción, ó somera noticia, ensancharía los límites de este discurso, que doy por terminado, cumplido el fin que presidió á su comienzo.

que se encuentran en el nivel de la actividad económica. El primer nivel es el nivel de la actividad económica. El segundo nivel es el nivel de la actividad económica. El tercer nivel es el nivel de la actividad económica. El cuarto nivel es el nivel de la actividad económica. El quinto nivel es el nivel de la actividad económica. El sexto nivel es el nivel de la actividad económica. El séptimo nivel es el nivel de la actividad económica. El octavo nivel es el nivel de la actividad económica. El noveno nivel es el nivel de la actividad económica. El décimo nivel es el nivel de la actividad económica.

DE ROMA A MADRID.

DE ROMA A MADRID.

1877

11

ITALIA.

I

Salgo de Roma en martes, desafiando las preocupaciones del vulgo. Cuando se escriban las biografías de los libre-pensadores insignes, espero que se tome en cuenta este atrevimiento. Aunque bien mirado, nada tiene de particular; pues cuando un individuo es víctima de intrigantes manejos, y se vé obligado á abandonar amigos cariñosos, y vuelve á la pátria en busca de los antiguos, y sabe que los va á hallar llenos de sinsabores, y está seguro de que le esperan las amarguras de un calvario, bien puede afirmar que todas las semanas tienen para él siete martes, siete días aciagos.

Cometeria un pecado de ingratitud si no os presentara, benévolos lectores, el criado que acabo de dejar, Giovannino, en cierto modo ligado á la historia contemporánea de España.

Giovannino es bastante viejo, como que siendo

ya hombre presenció las fiestas que se hicieron en Roma, y bebió en las fuentes de vino que corrieron en *Piazza di Spagna*, en celebracion de ciertas bodas régias, á cuya merced tenemos los españoles Gobierno constitucional. Tambien es bastante feo. No sé hasta qué punto es lícito hablar de la fealdad de los hombres. Hubo una época, no muy lejana, en que fué moda entre los periodistas de Madrid, que luego se propagó á Ultramar, el bromearse á costa de la escasa estética de un escritor humorístico, popular en España, moda que acabó cuando este señor, ofendido en sus ilusiones, sacó á plaza la opinion materna para la que no hay hijo feo por rematado que lo sea. Y ocioso es añadir que la prensa satírico-liberal, cuando cierto personaje político, jefe de una bandería moderada, manda con los suyos, le llama en todos los tonos feo, recordándole una desgracia que pesa sobre él desde que en la península es conocido el sistema parlamentario.

Bien podré, por lo tanto, sin incurrir en pernicioso novedad, decirlo de Giovannino. Ya desde muy jóven se dedicó éste al servicio de los diplomáticos residentes en el palacio de España, por aquellos venturosos tiempos en que no habiendo más que un solo representante de la nacion en Roma, no habia tampoco dimes y diretes sobre atribuciones, ni se pensaba en construir segunda escalera para que los cortesanos del Pontífice no se encontraran con los cortesanos del Rey al visitar respectivamente á nuestro embajador y á nuestro ministro. Razon por la cual, el antiguo servidor

sabe la vida y milagros de cuantos diplomáticos reaccionarios y liberales han enviado á Roma los diversos Gabinetes de Madrid, desde hace cuarenta años, unos para que desenredaran la madeja político-canónica, y otros para que se redondearan decorosamente. Sobre gran parte de ellos pesa la losa del sepulcro, y la memoria de muchos yace bajo la losa del olvido, más pesada aún que la del sepulcro.

De quien conserva Giovannino indeleble recuerdo es del incomparable Rios Rosas, el más enérgico de cuantos embajadores ha tenido España en Roma, igual al más digno, maestro de elocuencia, gloria del partido conservador liberal y honra de la patria. Con ser tan valioso, tenia momentos en que, oscureciéndose la luz de su inteligencia, creia que trataban de envenenarlo. No andaba muy seguro de la hidalguía de los romanos, y en cierta ocasion amenazó á Giovannino, pistola en mano, con quitarle la vida, si no declaraba quién habia envenenado un manjar que el infeliz criado acababa de llevarle para desayuno.

Cuando Giovannino sabe que va á llegar á Roma alguna partida de peregrinos españoles, capitaneados por neos ó por moderados históricos, se rie con la misma malicia con que pudieran hacerlo las viejas brujas de vía Frattina, vía Margutta y piazza Barberini, testigos ántes de las hazañas eróticas de determinados excelentísimos señores. De sus prendas morales nada tengo que decir en contra. Como buen romano, su política, su religion, su civilizacion, su ideal es Roma; la ciudad,

sólo la ciudad; porque Giovannino, como sus paisanos, es *romano de Roma*, sin desdeñar, no obstante, el vino *dei castelli*, blanco y tinto, que los pueblos comarcanos suministran á la señora del mundo.

II

A las diez de la mañana (estamos en Agosto), partió el tren en direccion á Civita-Vecchia, Pisa y Liorna. Desde Roma al último punto han de recorrerse 334 kilómetros; á los 81 está Civita-Vecchia. Sabido es que esta parte de los antiguos Estados Pontificios, continuada hasta la Marisma Toscana, es árida, insalubre, triste. La primera estacion que se encuentra es la Magliana, donde se ha verificado la última Cervara, ó Carnaval de los artistas residente en Roma; despues siguen varias estaciones nominales, por no haber más que el edificio del ferro-carril, sin otras señales de poblacion.

Al cabo de una hora se vé una tira de mar tranquilo, que va ensanchándose por Palo, pueblo de baños, de hermosa playa; tira que camino adelante aparece y desaparece hasta convertirse en estensa llanura líquida, cuyas ondas vienen junto á la misma vía férrea.

En Civita-Vecchia se toma una ligera refaccion en un puesto ambulante del anden, sino se ha tenido la prevision de traer provisiones. Es cierto que para ocurrir á esta dificultad se halla el gran hotel de Montalto (116 kilómetros) frontera del ya

mencionado reino papal, donde habia ántes una aduana que fiscalizaba hasta las intenciones ocultas. En este pueblo, y á dos pasos de la estacion, hay una choza de paja, cuyo solar podrá tener cuatro metros cuadrados, la cual ostenta sobre el agujero de entrada la siguiente inscripcion: *Grand Hôtel*, en caracteres mayúsculos. Los franceses, por creerse superiores á todo el resto de la humanidad, nos imponen en sério semejantes exageraciones, explotando el atraso de los demás; pero los italianos, aunque exageran en su casa, son circunspectos en sus relaciones internacionales, y como relacion internacional es una fonda de ferrocarril italiano con letrero francés, me extrañó mucho semejante salida de tono. La choza, en último resultado, tiene gracia, porque en el *grand hotel* no se encontraron otros géneros que salchichon de jaspe, pan marmóreo, queso petrificado y vinagre en vez de vino.

Hácia las cinco de la tarde, despues de haber recorrido 250 kilómetros, se llega á la estacion de La Cornia, que no tiene más particularidad que el estar próxima á Piombino, consistiendo la particularidad de Piombino en servir de embarcadero para la isla de Elba, distante 10 kilómetros, formada de montañas graníticas y piedra serpentina.

Peligroso es, ahora que en diversas localidades y con varios pretextos se intentan facciosas manifestaciones en favor de Napoleon IV, salir hablando de la isla de Elba. Yo, que respecto al héroe del siglo estoy tan léjos de la admiracion cantada en dos generaciones de odas, como del encono ra

quítico del gran Waltet Scott, no quiero hacerme sospechoso de bonapartismo. En mi humilde juicio, el primer Napoleon fué de acero, el segundo de aire, el tercero de barro, y el cuarto presumo que es de papel pintado, sin que jamás llegue á tomar consistencia real. No vaya á creerse por este desenfado en tratar de tan famosa dinastía que no he hecho sacrificios por los Napoleones. Precisamente no há tres dias que para cambiar algunos centenares de liras italianas, de papel moneda, por napoleones de oro, tuve que pagar, no diré un premio, sino un castigo para mí de 8 por 100, que mermó considerablemente mi exíguo capital. Pero estos sacrificios, aunque son de los que se pagan con dinero, no quiero hacerlos valer; y si algun dia soy presentado á la distinguida condesa de M... (cuya amabilidad para recibir en sus salones gente plebeya no reconoce límites) procuraré que no salga de mi boca ni una alusion, ni un lamento.

Al caer la tarde se acerca el fin del viaje. El sol se esconde tras del mar. Variados celajes, recortados por oscuros montes, llenan el espacio de poesía que impresiona primero nuestros sentidos y va despues derecha al corazon. La voz de la naturaleza se hace sentir potente, confundándose con ella la voz de nuestra alma en armónico concierto.

A las siete, en Colle Salvati, cambian de tren los que van á Liorna; los que vamos á Pisa permanecemos en el wagon, y allá llegamos al cabo de media hora.

III

Quando se llega cansado y con apetito á una fonda, lo natural es comer y luego descansar. El establecimiento en que me alojé en Pisa, próximo á la estacion, es como todos; la cámara que me designaron es como todas las cámaras; el lecho, como todos los que tienen un cierro de cortinas tupidas, lo más á propósito para el verano. Apri- sionado en él, vino á mi memoria una situacion cómica del *Viaje sentimental* de Sterne. Cierto que yo no tenia la vecindad de una cama con su bella durmiente, que á tenerla, en vez de llevar á efecto, como el buen Yorik, una alianza de es- tricta neutralidad, prendida con alfileres, hubiera hecho prodigios de diplomacia para celebrar un tratado de comercio. Pero los dueños de las fon- das en estos tiempos civilizados no tienen por costumbre promiscuar en una sola pieza huéspe- des de diferente sexo, á no ser que exista previo aviso y conformidad de interesados.

¡Pisa! Los 150.000 habitantes que la componian en época esplendorosa han quedado reducidos hoy á 24.000. Con razon se la llama *Pisa morta*. Está situada en una llanura, al pié de los montes Pisanos, que se derivan de los Apeninos. La atra- viesa el Arno, lo mismo que á Florencia.

Sabido es cuál es la riqueza más preciada de Pisa: aquella plaza, ó mejor dicho, aquel campo (porque brota la yerba por las junturas de las piedras, como en los sitios solitarios) en que se

alza una familia de monumentos, si es lícita la expresion. La Catedral, como madre; el Baptisterio, como hijo, colocado en frente; el Campanil, que está detrás, y cela inclinado, como buen servidor; el Campo-Santo, en fin, tendido á la derecha de la iglesia, yacente, muerto. Las elocuentes páginas que el Sr. Castelar ha escrito sobre estos lugares, declaran la sublimidad de tales obras. Las Guías de viajeros entran en detalles de fechas y pormenores de noticias á que remito al lector curioso. Sólo diré que el arte cristiano de la Edad Media es el que mejor habla de la religion espiritualista del Cristo. Lo gótico es el sentimiento en la arquitectura; y ese cúmulo de templos greco-romanos, si se cuenta desde la Basílica Vaticana hasta la última iglesia de jesuitas, sólo sirven para ensalzar el catolicismo como cuerpo social, organizado, predominante, rico, aparatoso, soberbio.

De Pisa á Liorna se va en treinta minutos, contemplando un agradable panorama. El ramal que enlaza estas dos ciudades carece de estaciones intermedias. "Es una Liorna", se suele ó se solia decir para significar un barullo estrepitoso en el que nadie se entiende. Hoy Liorna tiene 100.000 habitantes, de los cuales 18.000 son judíos, lo que indica que la poblacion prosigue entregándose al comercio con sus cinco sentidos. Ya no se ven por las calles gentes oriundas de las diversas partes civilizadas del universo, vestidas á la usanza de su país; desapareció el poderío comercial de Liorna, yéndose con él la exuberante vida, el fragoroso movimiento de que gozó en lo antiguo.

Todo cambia en este pícaro mundo, todo, hasta la misma inmortalidad. En prueba de ello, ahí está la gran plaza de Carlos Alberto, en cuyos extremos habian colocado los liorneses, una en frente de otra, dos magníficas estátuas, la del gran duque de Toscana, Fernando III, y la de Leopoldo II, su hijo, tan gran duque de Toscana, por lo ménos, como su padre. El basamento de la estátua fernandina tiene un bajo relieve que representa el beneficio de la traida de aguas, hecho por el soberano á la ciudad. Además, hay una inscripcion en que se pone al gran duque de piadoso y grande que no hay por donde cojerlo. Tanto este bajo relieve como el del basamento leopoldino, que representa las obras del puerto, construidas bajo los auspicios del otro gran duque, son de un rutinario clasicismo. Los rios están figurados por ancianos sosteniendo una urna que arroja agua; la ciudad, por una matrona con corona mural; el comercio, por Mercurio; las artes, por musas que llevan en la mano los atributos correspondientes. Ahora, más que nunca, que el arte ansía nuevos ideales, cansado de las gastadas fórmulas, producen un efecto desastroso semejantes relieves.

Pues bien, y vamos al asunto: Fernando III, sin laurel en la cabeza, sigue inmortalizado en las inscripciones del monumento de la plaza de Carlos Alberto; pero su infeliz vástago, Leopoldo II, con tanto laurel como un primer premio de colegio francés, cesó en su cargo de inmortal por obra y gracia de la Asamblea del año 59, que declaró la dinastía austriaco-lorenesa incompatible

con el orden y la felicidad de la Toscana. Así lo han escrito los liorneses [con caracteres de bronce en una lápida de mármol colocada sobre la antigua, en que acaso las mismas personas grabaron con rasgos indelebles la apoteosis del soberano.

A mayor abundamiento, en la lápida del lado opuesto, que oculta otra debilidad absolutista, figura el resultado del plebiscito del pueblo toscano en el año 60. En números redondos es el siguiente:

Votaron á favor de la monarquía constitucional de Víctor Manuel	366.000.
Votos separatistas.....	14 000
Votos nulos	4.000

Por lo cual dije ántes que todo cambia en este pícaro mundo; hasta la inmortalidad.

En la misma plaza, impresionado aun de las fatales ideas que Leopoldo II me sugería, diciéndome desde su pedestal:—no te rias, que puede ser que con tu estatua hagan tambien alguna barbasada,—ví cruzar la más gentil buena moza del pueblo, legítima representante de una raza de mujeres que sólo he visto en Pisa y Liorna. Alta proporcionalmente; derecha sin rigidez; esbelta con plenitud; empinado hácia atras el moño, de cuyo vértice pendia un pañuelo de seda de color de rosa, anudado bajo la barba; ligera chaquetilla blanca, ceñida, lisa por la espalda, convexa por el pecho, que dibujaba el busto, formando un volantito á raíz de la cintura; ajustada falda de percal pardo, en pliegues naturales, terminada por

volante medio palmo ántes de llegar á los tacones; piés firmes, cubiertos de limpia media blanca y calzados de chapines de madera con tacones de tres dedos de altos; marcha entre magestuosa y llamativa; cara blanca, ojos castaño-oscuros, pelo tirando á negro, boca tirando á grande, y sonrisa tirando á degüello; aquella criatura era lo que habia que ver. La seguí un rato para alabar á Dios en sus obras.

IV

Al mediodía parte el tren de Pisa para Génova. Deslízase el convoy por aquellas hermosas y bien cultivadas llanuras, con reposo y fruicion del viajero, apercibiéndose para la anhelosa carrera que ha de emprender desde la Spezia á la capital de la Liguria.

La segunda estacion despues de Pisa es Viareggio, delicioso punto de baños de mar en la península. Los periódicos de Florencia dicen que allí se reúne la nata y flor de la buena sociedad italiana. Los diarios de Nápoles anuncian que en la *Villa Real*, paseo que se ilumina fantásticamente por la noche y se regocija con la música de bandas militares, se reúne tambien lo mejor de la sociedad italiana. Segun las hojas de Venecia, en los encantados laberintos del Lido se reúne á gozar de la brisa del lago, de la armonía de los conciertos vocales é instrumentales, de la poesía que misteriosamente penetra en aquel lugar paradisíaco, lo más selecto de la sociedad italiana. La pren

sa de Roma cree que en los pueblecillos agrupados en las colinas tusculanas, se reúne la distinguida sociedad italiana. De modo que, dando de barato que lo mejor, y lo bueno, y lo distinguido, y lo selecto, finalmente, la crema de la buena sociedad es la sociedad elegante que veranea, ésta, como Dios, se ve dotada del don de la ubicuidad, al decir del periodismo italiano.

El extenso valle de esta comarca se estrecha llegando á Massa, próxima á Avenza, de donde se deriva una ramificación férrea de cinco kilómetros que conduce á las famosas canteras marmóreas de Carrara, pequeño espacio donde está condensada gran parte de la gloria del planeta. Muchos de los hombres célebres, extraordinarios, ó génios que nuestro mundo ha producido y producirá con destino á la posteridad, significan otros tantos trozos de piedra blanca y perdurable, creada para perpetuar su memoria. La cuestión es de puro procedimiento; de desbastar el informe pedrusco y sacar de él la estatua que indefectiblemente encierra. En esta cuestión de detalle es donde se pierden ó se salvan los artistas. De ellos depende que el gran hombre cuya forma quieren copiar salga trasfigurado ó desfigurado.

Al pasar frente á Carrara un cúmulo de consideraciones asalta mi mente. Allí están, en las entrañas de los montes, las imágenes de los grandes que las naciones tienen olvidados, esperando que una época de ilustración los saque á la luz del sol y á la admiración de sus compatriotas. Allí están, aguardando su turno, las estatuas de pri-

vilegiados que aún gozan vida mortal y que por sus hechos ó escritos dejarán un rastro luminoso en la historia. Allí están tambien algunos géneos del porvenir, que Dios sabe cómo pensarán, cómo obrarán, qué milagros de arte, de ciencia, de industria, de progreso habrán de realizar para conquistarse la gloria.

Mi imaginacion fantasea en el interior de las montañas inmenso palacio de singular arquitectura, resumen de todos los estilos bellos, que una mano prodigiosa refundiera en orden de superior hermosura. En prolongadas galerías de transparentes muros que una clara luz penetra, vé las estatuas de los grandes hombres futuros, sobre pedestales soberbios; entre ellas la de un músico que ha reconcentrado en su obra maestra las vagas inquietudes, los indeterminados dolores, las indefinidas amarguras con que la melancolía del siglo punza las organizaciones delicadas y los espíritus enfermos de ideal; la de un poeta que ha elevado la materia dignificada al rango épico; las de artistas que han fijado en el lienzo y en las piedras lo más bello de la naturaleza, sin rebuscar fuera de ella los cánones estéticos que sólo aparecen escritos en su seno, y se patentizan al que sabe con amoroso afán buscarlos, como se busca en la mujer amada la casta expresion de la belleza concebida al calor del sentimiento. Al final de tan brillantes galerías, que por un extremo dan á los pórticos resplandecientes del palacio, y por otro á rotondas oscuras donde habria de reposarse largo rato para percibir alguna

cosa, veo las estátuas presas de nuestro Cervantes, de nuestro Lope, de nuestro Tirso, y otros, sumidas en lóbreguez por la ingrata incuria y despreciable pobreza de una Nacion que acaso jamás piense en llegar hasta los antros de Carrara y librar de sus mazmorras á las figuras que el sol potente de la pátria debe reanimar con el fuego de sus rayos de oro.

Saliendo á la explanada sobre que me fingí construido el palacio, vi una gran extension cubierta de bustos, apreciables sugetos muy conocidos de su familia, que la vanidad ó el cariño robaban á los destructores ultrajes del tiempo; y sirviendo de límite lejano á la vasta llanura interminables líneas de monumentos sepulcrales, formados tambien con el níveo elemento que las canteras guardan en sus profundidades.

Bajo el dominio de este sueño llegué á Sarzana, cuando las montañas comienzan á invadir el llano, abriéndose el primer túnel que se encuentra desde Nápoles, siguiendo el litoral.

Desde la Spezia, que viene luego, hasta Sestri, hay 45 túneles en un trayecto de 55 kilómetros. Se puede afirmar que es una inmensa galería oscura, interrumpida por fajas de luz.

Se sale de un túnel para entrar en otro inmediatamente. El silbido de la locomotora mortifica, y cuando parece que la mano disforme de un sér invisible agarrota el respiradero de la máquina, para que no aturda con su prolongado y agudo chillido, el mónstruo de hierro se esfuerza en continuar advirtiendo del peligro, silbando ronco

por los agujeros practicados en las rocas. Cree uno que va en el coche del diablo. Séres infernales serpentean traviesos por entre las ruedas, produciendo cada cual un ruido pertinaz y fuerte, sujeto á compás. Se me antojaban llenos de perversa malicia, golpeando á lo largo del tren, para matraca de los viajeros impresionables ó irascibles. Las sombras acrecientan el estrépito. De túnel á túnel se abre el negro espacio, dejando ver el proceloso mar que hiere los ojos, reflejando la luz solar.

Aquello es una série de transiciones de la oscuridad á la claridad, del bártro al ambiente; y cada punto de transición es un pueblo. Unas veces confuso amontonamiento de miserables chozas construidas con cantos supuestos, semejantes á conchas de descomunales mariscos; otras, apiñado grupo de casas de fábrica, ya agarrado á la montaña, ya colocado entre dos rocas; pero siempre protegido por el fuerte muro en que está enclavada la vía, y contra el cual se estrella el mar rugiente y espumoso.

El ánimo rendido sucumbe ante el poder tiránico de la materia en estrepitoso movimiento, reconcentrándose para quedar en libertad. Cuando no es el ruido de los wagones, centuplicado horribilmente en las negras galerías, es el fragor de las olas rompiéndose en la costa acantilada, lo que os acompaña durante el trayecto.

En ocasiones se ensancha la distancia entre túnel y túnel, permitiéndoos ver una pequeña playa con barcas pescadoras descansando sobre la arena;

ó bien un pueblo importante con su iglesia de esbelta torre y sus manzanas de casas de tres pisos, sobre algunas de las cuales cruza el tren veloz, cuando al diablo le entra la humorada de lanzarlo por los aires.

En determinadas estaciones se para á recoger contados viajeros, y entonces es la hora de comprender la soledad de aquellos parajes escuetos, donde el viento azota las banderolas de los guías, las cortinillas de los coches, y los vestidos de las mujeres pedestres que atraviesan raras y huidas, alejándose del siniestro convoy.

En Chiavari se presenta de nuevo la llanura, alborozando á los medrosos, quienes despues de un rato de respiro vuelven á caer en el pavor pasado. De un tiron, que dura dos horas, pasa el tren 28 galerías más; y para remachar el clavo, despues de llegar á Génova, se entra en la última que atraviesa la ciudad, desde la estacion Brignole á la estacion Príncipe, en la que se desembarca. El tren ha seguido su curso dejando atrás campanarios, quintas, monumentales edificios, pertenecientes á pueblos comarcanos que atestiguan no solamente la proximidad, sino tambien la riqueza del emporio genovés.

V

ALGO SOBRE MILAN.

Para ir de Génova á Milan se sale por San Pedro de Arenas, arrabal manufacturero de 14.000

habitantes, lleno de fundiciones, fábricas metalúrgicas y talleres de construcciones navales.

En los primeros 42 kilómetros ha habido que superar inmensas dificultades para el planteamiento del ferro-carril. Desde San Pedro hasta Pontedécimo, ó sea tres estaciones más allá, la vía sigue la orilla izquierda del torrente Polcevera, invadiéndole á menudo el lecho, con poquísimo recato en un sér femenino. Debilitado el torrente con tales invasiones, contenido, además, por los fundamentos sólidos de la vía, que sabe mantenerse en su puesto cuando le conviene, el pobre Polcevera no es ya aquel torrente que tenia por costumbre devastar la comarca, sino mísero riachuelo que se eclipsa, avergonzado de su actual posición. ¡*Sic transit gloria mundi!*

Desde Pontedécimo se atraviesan cinco túneles pequeños, precursores de otros seis grandes: el primero llamado *degli Armirotti*, tiene 182 metros. El segundo, ántes de llegar á Busalla, se intitula *dei Giovi* (nombre de la montaña calcárea en que está practicado), y tiene la friolera de 3.100 metros. El tercero, próximo á Ronco, es de 864 metros, denominado *della Pieve*. Viene inmediatamente el cuarto, de *Villavecchia*, de medio kilómetro, y á él sigue un puente oblicuo de tres ojos; y al puente oblicuo sigue el quinto túnel de *Gravercino*, de 860 metros; sucediéndole un viaducto de 250 metros, en *Isola del cantore*, tras de cuyo viaducto se presenta otro de 300 de largo por 30 de alto, acabando la procesion en la sexta galería de *Pietra Bissara*, que es de 682 metros, tres mil ántes de llegar á la estacion de Arquata.

Poco despues se llega á Novi, donde el 15 de Agosto de 1799 dieron rusos y austriacos una batalla á los franceses, muriendo Joubert. Más allá, á la derecha, está Marengo, que dió su nombre á la batalla ganada por los franceses á los austriacos el 14 de Junio de 1800; y siguiendo el ferrocarril aparece la ciudad Alejandría de la *Paja*, situada en una llanura fértil, en la confluencia del Bormida y del Tanaro, que suele hacer sus calaveradas por los alrededores.

Fué fundada en el siglo xii por la Liga lombarda, á fin de hacer frente al emperador Federico I, tocayo mio. Los milaneses la construyeron primero con barro y paja, de donde los gibelinos la llamaron, por mofa, de la *Paja*, viniéndole el nombre de Alejandría del Papa Alejandro III, protector de los güelfos.

Gastada una hora de espera en dicho punto, me introduje en el wagon, pasé en Valenza sobre otro puente de 21 arcos, atravesé otro túnel de 2.060 metros, ví una magnífica puesta de sol, y llegué á Milan á las diez de la noche. Cené y me metí en la cama. Pero entre ambas operaciones medió el lapso de una hora. Situada la fonda casi inmediata á la catedral, yo no podia, sin perpetrar un crimen de lesa arte, acostarme repleto como un clérigo, á dos pasos de la maravilla.

Salí á la calle de Cárlos Alberto, que me llevó á la plaza del renombrado teatro de la Scala, donde se eleva hermoso monumento á la memoria de Leonardo de Vinci, tan hermoso como el génio de este hombre extraordinario, pintor, escultor, ar-

quitecto, ingeniero, versado en todas las ciencias y cultivador de todas las artes. Se le tacha de afeinado, y este defecto, felicísima dote suya, es el sello de la delicadeza impreso á la plenitud de su númen.

Pronto ví la entrada de la suntuosa Galería de Víctor Manuel, la que atravesé sin detenerme, admirando su grandioso aspecto. Sabedor de que la Galeria abocaba á la plaza del Duomo, súbito me hallé delante del fantástico templo.

Esperaba recibir la impresion romántica de una mole sumida en las negruras de la noche. Nada de eso. La impresion fué tranquila, como todo lo que viene de una gran armonía. Anchurosa plaza, flanqueada de palacios con pórticos, sirve á la catedral de adorno. Un círculo de faroles de gas, colocados en el centro de la plaza, con otras filas de luces y candelabros, iluminan débilmente la fachada, que á tal hora tiene el tono de la nieve hollada por los caminantes: efecto del tránsito de los siglos por el mármol. Es tarde y apenas pasa gente. Reina profundo silencio, no el de las tumbas sino el de la contemplacion. Parece que los faroles miran la iglesia como si no pestañearan. Tambien las estrellas la miran sonrientes. Las casas de los alrededores se agrupan contentas de su sitio, y callan para no turbar los pensamientos de aquellos millares de santos que escalan la blanca montaña mística. Despues de rodearla desde el valle de lágrimas, desde la tierra, torné á mi hospedaje. Entonces fué cuando me metí en la cama, aunque no pude pegar los ojos en un buen rato.

Al día siguiente, el sol me sacó de casa, y en derecha me fui á visitar aquel amor que por la noche me habia echado en la ciudad de Milán. Apénas le ví, desde un ángulo de la plaza, bañado en luz celestial que penetraba por todos los calados, resaltando las transparencias marmóreas; apénas seguí con la mirada las elegantes y derechas agujas que terminan en un elegido, del cual parte una oracion que llega al cielo; apénas comprendí el conjunto de adornos, columnas, alicatados, doseletes, estátuas, filigranas, flechas, terrados y parapetos agujereados, pináculos y cuanto la vista puede abarcar en oblícua direccion, sentí que el llanto se agolpaba á mis ojos, oprimiendo suavemente el pecho una dulce emocion.

Penetré en el alegórico templo, maravillándome del idealismo que realizan los altísimos pilares octangulares, con haces de finas columnas, que se elevan para sostener las caladas bóvedas agudas. En los muros, entre cuerpo y cuerpo vertical de arquitectura, inmensas ventanas de vidrios pintados, simulando asuntos religiosos, conducen ténue luz adecuada al misterio del lugar. Y entre ventana y ventana, preciosos altares de ricos mármoles, con celebradas pinturas y sóbria ornamentacion.

¡Quién ha ideado aquella cruz latina con tres ábsides, cinco naves y una cúpula, exenta al interior de aparato decorativo, con aras exiguas, capillas pequeñas, sencillo baptisterio, y cuyo exterior resume los encantos del gótico en nívea pie-

dra, no habiendo alarde, ni capricho, ni detalle, ni rasgo de estilo que allí no se vea llevado á feliz término? ¡En qué divina mente y extranatural fantasía brotó aquel sueño donde lo imaginable toma forma imperecedera, y el gusto más refinado unido á la más vária riqueza artística, regula los delirios de la inventiva? Nadie lo sabe: el nombre del autor permanece ignorado. Debió ser una organizacion exquisita, exuberante, prodigiosa.

La fundacion es debida á Juan Galeazzo Visconti, que puso la primera piedra el año 1336. Se erigió sobre las ruinas de una humilde iglesia dedicada á Santa María Mayor; pero habiéndose perdido los documentos originales relativos á la construccion, se perdió el nombre del que dibujó en el papel las mágicas líneas que sintió su alma. Los más célebres arquitectos de Italia y del extranjero dirigieron sucesivamente la fábrica durante largos años. Se supone que es una creacion germánica, modificada por los arquitectos lombardos que fueron poniéndola en obra. El bellissimo gótico italiano que en ella predomina está proscrito de la fachada, que es romana, con cinco puertas de adornos miguelangelescos. Sobre la principal hay una lápida con esta dedicatoria: *Marice nascenti*. ¡Qué contraste con el colosal y aparatoso fronton de San Pedro, cuya faja corre por todo lo ancho de la fachada, diciendo que Pablo V Borghese dedica la Basílica á San Pedro, príncipe de los Apóstoles! Los escultores de Lombardía han dejado cada cual en este templo trazas de su paso por el mundo del arte. Así llegan á seis mil, entre

grandes y pequeñas, las estatuas colocadas en el ápice de las cupulillas, dentro de los nichos, al rededor de los muros, en los flancos de las ventanas, en todos los huecos y sobre todos los puntos de soporte.

La parte superior del Duomo es compendio de hermosura artistico-religiosa. Al pié de la gran cúpula calada puede el cristiano, puede el amante de la belleza en absoluto, contemplar la magnificante profusion de labores de entre las que surgen un sinnúmero de estatuas de santos, bella alegoría de la Ciudad de Dios; y desde allí, antes de remontar el espíritu su vuelo á las empíreas regiones, puedan los fascinados ojos corpóreos espaciarse por el panorama de Milan entero, y por el más alejado valle del Po, desde los Apeninos de Liguria hasta el Monviso, corriendo de vértice en vértice la intermedia cadena de los Alpes.

Junto al Duomo, representando la Edad pasada, está la galería de Víctor Manuel, que representa la actual. Tiene esta agrupacion de edificios la forma de una cruz griega, cuyos brazos se concentran en un octógono rematado por una cúpula de hierro y cristal, de cuyas materias se compone el techo en su totalidad. La arquitectura moderna ha apurado en esta galería sus recursos, brillando fastuosa. Tiene tres pisos y pavimento de mosaico. La profusion de estatuas, el ornato lujoso en el que emplearon sus talentos distinguidos artistas milaneses, resalta á favor de la iluminacion nocturna, que brota de noventa espléndidos establecimientos y de una línea de encendidos globos de

cristal que marca el arranque del techo y la base de la cúpula. Soberbia como es, centro de numerosa reunion atraida por los incentivos de sus lindos cafés, y los caprichosos escaparates de pulidas tiendas, me he salido de ella á menudo para echar un requiebro á la seductora catedral.

Milan es una ciudad muy bella, renovada en poco tiempo. Desde la plaza de Duomo parten á los extremos de la poblacion anchos y largos cursos, no á semejanza de los rayos derechos de una rueda, sino como los rayos tortuosos de las nubes fulgurantes. Luego terminan en puertas, algunas de las cuales son de extremado mérito.

En estos cursos y en las secciones entre ellos comprendidas hay buenos teatros, notables iglesias, espaciosas plazas, grandes palacios públicos y particulares. En algunas de las plazas se alzan monumentos á hombres grandes que la pátria reverencia, siendo Cavour el más favorecido por la Italia moderna.

Milán, ciudad culta, elegante, artistica, es el París de Italia. En ella dejo mi catedral, mi novia, entregada á los extranjeros que no la dejan ni á sol ni á sombra, mas siempre pura como la materia de que está formada, del quinto elemento, segun madame Stäel llamaba al mármol.

Las lluvias me impidieron hacer una excursion á los lagos. Al salir de Milán, una furiosa tempestad se oponia á la marcha del tren. A pocos pasos de distancia no se percibian los objetos cubiertos por espesa niebla. El huracan arremolinaba el polvo de los caminos y el humo de la má-

Los monumentos son como la ciudad, militares casi todos. Reina en ellos el exclusivismo de la casa de Saboya. Así como hay plaza de San Carlos, de Carlos Alberto, de Carlos Félix, de Carlos Manuel, de Víctor Manuel, de Saboya, etc., hay monumentos ecuestres, ó solas estatuas de Manuel Filiberto, de Carlos Alberto, de Carlos Félix, del conde Verde, de Eugenio de Saboya, de Fernando de Saboya, del Ejército Sardo, etc. etcétera. Se vé que la modestia no es patrimonio de esa dinastía, de esa série de magnates que empieza en Beroldo, príncipe de la casa imperial de Oton III, y acabará, segun grandes probabilidades, en Humberto I, rey de Italia. Dinastía que por su respeto á las prácticas constitucionales podia servir de modelo á las demás casas reinantes que se reparten el mando de la vieja Europa.

En honor de la verdad, hay en Turin estatuas que perpetúan la memoria de sábios piemonteses, de eminentes hombres civiles; pero están como postergadas en plazuelas de inferior órden y en avenidas de jardines públicos; ocupando sitio principal la de Máximo d'Azeglio, por lo que éste sirvió á la casa de Saboya; la de Gioberti, por la idea de dominio que supone; y la de Cavour, por haber prolongado éste el Piemonte hasta Sicilia. Cavour, á más de ser turinés, hizo la Italia para Víctor Manuel. Gioberti pretendia con su *Primado* hacer de Italia la señora del mundo, probando así que las utopias nacen en todas las escuelas, lo mismo en el neo-catolicismo conservador y autori-

tario que en los falansterios del comunismo nivelador. Una vez dueña Italia del mundo, el Piemonte se encargaria de apropiárselo. Máximo d'Azeglio, con la pluma, con la espada y con el consejo trabajó por sus reyes y señores; y hé aquí porqué estos tres hombres se ven honrados en principales monumentos de Turin, sin haber pertenecido á la familia de aquellos soberanos que desde su alcázar veian todos y cada uno de los movimientos de los súbditos turineses que marchaban por la vía pública, puesto que ocupaban, por decirlo así, el pabellon céntrico del cuartel-ciudad.

Lo que tiene la ex-capital del ex-reino piomontés de superior son los vinos, capaces de competir con los mejores de Francia. La fonda en que estoy, de la *Aduana vieja*, es punto á donde concurren la mayoría de los curas franceses que hacen el viaje por el túnel de Mont-Cenis. Excelentes presbíteros que no echan de ménos la *bonne chere* de la patria. En dicha casa podrian hacerse algunos estudios comparativos entre los principios que sostienen los sacerdotes católicos y los que digieren. Ni uno de los buenos pastores de almas que tengo á la vista en el comedor, deja de propinarse sus aperitivos, ántes de entrar de lleno en la cuestion, como sardinas de Nantes, jamon, manteca, salchichon y meloncitos de esos redondos, achatados por los polos, simulando mares, con recortes de relieves grises sobre el fondo verdoso, imitando con ellos continentes é islas, y con rayas á modo de meridianos, lo mismo que las esferas geográficas. He observado que

algunos de los buenos señores se comen el melon entero, mientras que otros dejan un par de meridianos, temiendo hincar el diente en los salvajes de la Polinesia ó beberse el agua del Océano Boreal.

Con pesadumbre los abandono, porque me son simpáticos. Voy á buscar uno de los vértices del triángulo isóscels que forman Madrid, París y Roma. Voy á París.

Salgo un domingo por la mañana, despues de cambiar en la estacion el papel moneda italiano por oro francés. Los campesinos, vestidos de dia de fiesta, se agolpan á las barreras para ver pasar el tren, ó en espera de algun viajero. En las estaciones del tránsito se bajan algunos que son recibidos alegremente por sus amigos ó parientes. Mientras el convoy desaparece rápido, humeante, estruendoso, las alborozadas comitivas se dirigen lentamente al pueblo, por un camino bordeado de árboles, bañado por ondas de luz que llenan el ambiente de dorado polvo. Todo es alegre, desde los montes vecinos hasta el follaje que de cuando en cuando roza la cabeza de los caminantes. El sol se eleva insensiblemente, templando con suave calor la naturaleza que él vivifica.

El terreno quebrado se vuelve montañoso. La locomotora avanza por los bordes de los abismos, por lo alto de los torrentes, dejando atrás, ya confusos en los bosques, ya claros al pié de las montañas, pueblos y más pueblos, aldeas y más aldeas, apiñados barrios de casas cubiertas con grandes planchas de pizarra. Atraviesa luego multitud de

túneles que preceden al grande del Mont-Cenis, impropriamente llamado así, pues dista 27 kilómetros de dicho monte.

VII

EL TÚNEL.

Hace siglos que la montaña brotó en la comarca en que nací, y lentamente se ha enseñoreado de ella; era yo niño y no podía sufrir que la mole extendiera los pliegues de su manto entre mí y el sol, antes que este tocara al ocaso; pero llegué á ser animoso mancebo, y me dije: ¡Quién es más grande, tú ó la montaña? Mi alma contestó que yo; efectivamente, la piedra pesaba, yo pensaba.

Confiado en mis fuerzas, quise humillar al coloso; empecé á subir por una suave pendiente, y este se dejó pisar; seguí trepando con tan escaso trabajo, que no pude ménos de reirme de la fanfarronada de la creacion, que bajo mis piés permanecía inmóvil; mas cuando llegaba á la cúspide, me faltaron las fuerzas, y el coloso debió reirse de mí, porque las quebraduras de las piedras me parecieron arrugas producidas por la contraccion de su sarcástico rostro: por fin, trepé haciendo un esfuerzo, me agarré á los cabellos del mónstruo, y hollé con altanería su frente.

Nunca me perdonó este rasgo de orgullo.

Cierto dia, una zagala de la comarca me miró á la manera que el sol mira á la luna, inundándome con los resplandores de sus ojos; y mi cora-

zon se trasladó al pecho de la zagala, que condolidamente me entregó el suyo, exigiéndome que la visitara todos los días. La montaña, que todo lo vé, me salió al encuentro sin moverse, y me dijo sin hablarme: "tu casa se halla al borde de mi falda, tu zagala vive en el extremo opuesto; no podrás pisar á menudo mi frente, porque morirás de fatiga; es necesario que me rodees, tributando así un homenaje á mi grandeza."

No sabia hablar, y confundia el grandor con la grandeza; pero me puso la ley. Desde entonces la aborrecí; han pasado años y hoy la compadezco; los hombres me han vengado; porque si la montaña pesa, el hombre piensa; si la montaña estorba, el hombre taladra.

* * *

Cuando la moderna Civilizacion dió una vuelta por mi país, llevó consigo á una de sus predilectas hijas, llamada Locomotora: ambas seguian su camino sin contratiempo, mas la mole se opuso á su marcha con la impertinencia de costumbre, diciendo que por allí no se pasaba.

La Locomotora sostenia que la línea recta es la más corta, y queria atravesar la montaña, costase lo que costase; por lo cual la Industria, tratando de terminar el altercado, se armó con un fuerte hierro, dirigió una profunda estocada á la montaña, abrió una brecha, y la Locomotora pasó.

Esta herida, que siempre está abierta, se llama túnel en el lenguaje científico.

* * *

Aquí, es la misma historia de otros dos enamorados. El Imperio francés andaba loco por la bella Italia, haciéndole siempre la rosca. Para comunicar con ella se veía obligado á dar un gran rodeo por la colina de Frejus. En su época juvenil, el Imperio francés pasaba en coche el Mont-Cenis por un camino que construyó á sus espensas durante el primer decenio del siglo. El adelanto de los tiempos y el fervor amoroso hicieron que el Imperio, en su segunda época de madurez, pensara acortar la distancia que aun seguia separándole de su dulce bien, y el 31 de Agosto de 1857 conmenzaron las estocadas á la colina de Frejus, que no se vió atravesada de parte á parte hasta el 17 de Setiembre de 1871. Entonces entró la Locomotora, y llevados por ella pudieron ambos amantes establecer pronta comunicacion, tantos años ansiada. Su dinero les costó, pues asciende á setenta y cinco millones de francos el gasto de perforacion en doce kilómetros y pico de longitud.

* * *

La galería atraviesa en línea recta la indicada colina, mas para unirla á las vías férreas de Francia é Italia ha habido necesidad de hacer curvas á la entrada y á la salida, quedando los extremos rectos abiertos para la ventilacion. En el interior hay una corriente constante de aire, á ratos violenta. La temperatura es de 13 grados en los extremos y llega á 24 en el centro.

* * *

El tren se precipita en aquel antro, llenando de asombro al que lo presencia desde la vía. Se oye un silbido lejano, y se vé una nube de vapor que desaparece; el silbido es más perceptible, las nubes se suceden y aproximan, la anhelante respiracion de férreos pulmones anuncia la llegada de un mónstruo, y el hombre se empequeñece ante la materia.

Pasa un momento; el ruido es intenso y acompasado; se percibe un objeto que se acerca con rapidez, dilatándose como una pupila de gran tamaño, y á modo de una sima que en el aire se abre, queriendo devorar al hombre; el tren está junto á él, su ruido le aturde, su mole le asusta, su velocidad le espanta; la bocanada de vapor y humo con que le envuelve le ofusca, y el tren pasa sumiéndose en el negro agujero.

Para quien va dentro de él las impresiones son fuertes y horrendas. Embebido en mis recuerdos estaba cuando el mónstruo silbó; miré, y ví la montaña; la mole iba á sufrir una humillacion más, y todos los viajeros nos preparamos para lo que sobreviniera.

Semejante á los guerreros cuyo sistema de ataque se reduce á alaridos espantosos con que tratan de aterrar á sus enemigos, el mónstruo lanzó la más fuerte y prolongada de sus pitadas, redoblando sus trepidaciones, cuyo fragor centuplicó la concavidad. Yo noté que la luz del sol desaparecia lentamente, y ensordecido con penetrantes chirridos, ecos horribles, hurras del Averno, me hallé en la inmensidad de las sombras.

Un túnel no tiene paredes, carece de límites, contiene al alma, y no se deja dominar por ella.

La armonía de la naturaleza huyó despavorida ante el estrépito que aniquiló mi sensibilidad; y mi espíritu, sobrecogido por las tinieblas, se reconcentró. Ví el caos, el mundo que salía de él y volvía á él despues de un cataclismo.

Los espectros de mis antepasados, envueltos en largos sudarios, pasaron rápidos ante mí: la mujer que adoro moria, y á gritos me llamaba agonizando. Quise recordar los más artísticos trozos de música y no lo conseguí. Las faltas cometidas durante mi vida me parecieron crímenes, y me acusé de ligerezas. Los remordimientos se cebaron sin piedad en mi atribulado espíritu. Cuarenta minutos duró la marcha por las sombras, y me parecieron un año. Durante estos cuarenta minutos la montaña tembló de ira, el suelo de emocion, el tren de orgullo, el hombre de miedo.

El túnel es la tristeza para el alegre, la expiación para el criminal, el espanto para el valiente, lo horrible para el artista, lo sério para el superficial, lo superior para el filósofo, Dios para el ateo. Su oscuridad es la luz á merced de la cual vemos nuestra nada.

Cuarenta minutos de marcha representan una eternidad de angustias en las entrañas de la tierra.

Toda la fantasmagoría de los antros se desarrolla allí con inusitado aspecto. Caliginosas nubes de humo; focos de colores, brillantes ahora, ofuscados despues por espesa niebla; sonidos de campanas alarmantes; explosiones de aviso; dos in-

menos ojos de vidrio luciente, verdes ó rojos, que os miran intensa, fijamente, desde léjos, y son las luces delanteras de una locomotora; un tren infernal que os pasa junto al rostro, rugiendo y gritando; el convoy que se detiene poco á poco hasta quedar inmóvil, como si no debiérais salir jamás del averno; siniestros fantasmas con faroles en la mano, que se agitan en las sombras; tan pronto la boca de un horno que se abre en un muro, como el chasquido de algo que se rompe; sofocaciones que ahogan y espasmos que hielan; ruido para el oído, golpes de luz diabólica para la vista, tension para los nérvios, paralización para la sangre, caos en el entendimiento, malestar del cuerpo y tortura del alma; éste es el resúmen de lo que se siente durante una eternidad de cuarenta minutos, en que la ciencia física, exacta, se encarga de hacernos viajar por el interior de una montaña, sin perdonar medio de seguridad.

* * *

Volví á la vida; el sol derramó la alegría sobre nosotros, y recobramos nuestros sentidos, potencias y serenidad.

Pasado un momento, se hallaron los viajeros agitados por las miserias y ruindades que constituían el mundo de cada cual. El túnel hizo en ellos el efecto que el rey de palo produjo, cayendo en medio del charco de las ranas monárquicas; despues que mis compañeros pasaron el susto, se sobrepusieron al horror de la oscuridad estentórea,

y se burlaron de ella. Las ranas volvieron á alborotar el charco.

Un neo dijo que el túnel era la cáries de la montaña; aseguró que la cáries es mala, y trayendo por los cabellos el silogismo escolástico, dedujo que la civilizacion era detestable.

Un estudiante contestó que no habia lógica en sus argumentaciones; y el neo, rodando de réplica en réplica, le llamó volteriano; uno y otro cayeron de bruces en el profundo pozo de la discusion filosófico-ridícula.

A su vez, una señorita enseñó *distraidamente* el pié á un poeta lírico en tercer grado, quien tomó pié para unos ditirambos dedicados á la hourí, que prometió copiarlos en su álbum; la jóven sonreia, y el poeta soñaba con lo que podia resultar de la sonrisa.

Un avaro pidió á un ingeniero el cálculo aproximado del coste del túnel, y el ingeniero habló largamente sobre la materia. El avaro se asustó de lo dispendioso que es practicar un agujero en la piedra, y se olvidó de las víctimas que la construccion hace.

Un militar confesó que no habia tenido miedo ante el enemigo y que habia temblado al pasar el túnel. Esta debilidad hizo sonreir á un *sprit fort* inglés que viajaba en busca de emociones, apuntando en una cartera lo que *sentia*. El militar comprendió la alegría del rubio, y haciendo un cuarto de conversacion con las palabras, llegó á burlarse de la pérfida Albion. El inglés continuó imperturbable, y escribió en su libro de memorias

las siguientes frases, que más tarde tuve ocasion de leer:

"El militar tiembla al pasar un túnel; ese valor tan decantado está desmentido por muchos ejemplos. Los militares, además de cobardes son ignorantes; pretenden hacer gracia y desconocen los resortes del epígrama.»

Al salir del túnel del Mont-Cenis cada viajero eleva en su pecho un himno al sol, si es de día ó á las estrellas, si es de noche y lucen. Parece que se vuelve al mundo de los hombres. El que viene de Italia resucita en Francia y vice-versa. Yo entré por Bardonecchia, última estación de la Península italiana, y sali por Modane, entrada de la Francia. Dejé un guardia italiano y me encontré con un gendarme francés.

¡Addio, cara Italia!

Era la una de la tarde, y hasta las doce de la noche siguió el tren andando. Se paró por la noche y emprendió nuevamente la carrera. Volvió á pararse y tornó á correr. Aquello no acababa nunca. Conté el camino por horas. ¡Treinta horas! Más tarde me dije:—falta la mitad; falta la cuarta parte. —Las tres últimas me parecieron un día; los últimos cinco minutos me parecieron insoportables. La ansiedad hormigueaba en mis nervios.

¡Gracias á Dios! Chambery, Lyon, Macon, Di-

FRANCIA

I

DE PASO POR PARÍS.

Ya no llegan á mis oídos los armoniosos acentos de la divina lengua toscana, de aquella lengua en que escribieron Dante, Ariosto, Petrarca, Boccaccio, Machiavelli, Giordani y Leopardi. Lengua toscana en boca romana, es dicho que expresa la claridad y perfeccion con que los romanos pronuncian el toscano, que aspira á ser en Italia lo que el castellano en España, la lengua nacional. Digo que aspira, porque aunque ya lo es oficialmente, no lo es en las costumbres. Todavía discuten los literatos sobre la escelencia de este ó del otro idioma; aún se escribe contra la falanje capitaneada por Manzoni; hácese esfuerzos para realzar las condiciones de supremacía supuestas en el milanés, en el veneciano, en el romanesco y hasta en el piamontés, que es un idioma suave, melífluo, canto de sirenas, como su primo hermano el catalan.

Ahora llega á mis oídos el acento de la lengua

francesa. Nada debiera decir contra ella. En francés están escritas las obras de Lamartine, de Chateaubriand, autores que, con otros españoles, hermosearon los días de mi primera juventud. En francés están escritas las obras de Balzac, de Victor Hugo, de Alfredo de Musset, de Alfonso Karr, que en los dominios de mi alma hicieron una revolucion contra los primeros, destronándolos para siempre. Y francesas son las obras de Pascal, de Courier, de J. Sand, de Gautier, ¿incluiré á Heine entre los franceses? que con los antiguos dominadores comparten aún el imperio.

Sin embargo, si hubiera podido oír hablar á estos escritores, es fácil que se me hubieran quitado muchas ilusiones. Yo no quiero que nadie se muerda la lengua; por lo tanto, con más razon desearé que ninguno se la coma, y los franceses se la comen cuando hablan.

Una vez acostumbrado el oído al idioma frances, llega á gustar... ménos que el español ó el italiano. Escrito, es un instrumento manejado admirablemente por hombres de talento; no se puede negar. Hablado por los parisienses, parece un enjuagatorio con el que se limpian la boca al tiempo de expresar las ideas. Mezquino tributo de pobreza de ánimo rendirá á la moda el español ó el italiano que, acostumbrado á oír magníficas, sonoras y nobles lenguas, se entusiasme con la raquítica pronunciacion del francés vertido al parisiense.

Esto sentado, ¿qué he de decir de París que

tenga algun interés para mis lectores? Absolutamente nada de nuevo. Todo está hablado en conversaciones particulares; todo está escrito en libros, revistas, artículos, cartas y demás formas de expresion en el asunto. En el inmenso cúmulo de datos aprovechables para una *Guía de París* pienso hacer acopio, con objeto de aspirar á la creacion y desempeño de una cátedra sobre *París filosófico, económico é industrial, con aplicacion á los emigrados*, cátedra que debe fundarse en nuestra Universidad Central el dia en que se amplíen los estudios políticos, para responder á una necesidad que el juego de nuestras instituciones reclama imperiosamente.

Apuntaré, pues, mis impresiones. París se ajusta al ideal que me habia formado. Muchas calles, grandes edificios, plazas desahogadas, mucha gente, mucho coche, mucho vago, cielo oscuro y lluvias perpétuas.

Hay en la vida una edad propicia á los ideales; en ella nos formamos las ilusiones por gruesas, sobre lo que entra en la esfera de lo creado. El resto de la existencia nos le pasamos en perder ilusiones á docenas.

Lo primero que me ha chocado en París, como buen provinciano que soy, son los anuncios, que todo lo escalan, que todo lo invaden, que ganan las alturas y se arrastran por el suelo. Pequeños, grandes, dorados, de papel, múltiples en forma y

perfectamente inútiles. Como que en acostumbrándose la vista á verlos ya no los vé, y faltan, por consecuencia, á su objeto.

Lo que despues me ha llamado la atencion son las palabras *liberté, egalité, fraternité*, escritas en la fachada de todos los edificios del Estado, iglesias inclusive.

La *liberté* en París es difícilísima de explicar, puesto que nace del juego entre un gobierno ecléctico y un municipio avanzado.

La *fraternité*, á lo que presumo, estriba en dar al prógimo contra una esquina, para sacar á salvo el número uno, que es por donde empiezan todas las numeraciones, y la caridad bien ordenada.

La *egalité* se ha vuelto del revés desde que se proclamaron los inmortales principios de la revolucion francesa. Entónces la *egalité* consistia en que el ladron, el zapatero, el escritor, y el duque se llamaban *ciudadanos*; no habia clases sociales, ni aristocracia, ni mesocracia, ni democracia, ni ologracia. Ahora consiste la igualdad en que todos, desde el barrendero hasta Mac Mahon se llaman *monsieur*, y desde la mariscala hasta la lavandera se llaman *madame*. No hace muchos dias que las coristas de un teatrillo bufo faltaron en masa á la representacion, dejando al público chasqueado, y al empresario en falta, ofendidas porque en el cartel de la funcion se habia puesto *coro de mujeres*, en vez de *coro de señoras*.

Un artista, amigo mio y compatriota, acaba de tener una riña con su portera, por haberla llamado en tono familiar y cariñoso: Celestina, por su

nombre. La digna funcionaria ha echado centellas por los ojos, diciendo que ella no se llama Celestina, que se llama *madame*. Lo más grave del caso es que la portera se llama Celestina, y no sólo se llama así, sino que creo que lo es.

Aparte de esta manera de entender la igualdad y la fraternidad, aquí se vive en la edad de oro soñada, por los poetas; no se conoce el *tuyo* y el *mío*, por la sencilla razon de que todo es de los franceses, y lo que el extranjero trae pronto sale de su poder.

Porque no hay que olvidar que París se compone de dos partes. Una honrada, decente, de sólidos principios, buena doctrina y morigeradas costumbres. Fórmanla, en general, los comerciantes concienzudos, los sábios de veras, los grandes industriales, los propietarios legítimos, la gente sana, en una palabra; compónese la otra de cuanto hombre y mujer poco escrupuloso y de manga ancha está avecindado en la capital del mundo con objeto de robar legalmente. Los primeros dan decoro, fama, importancia á París; los segundos sostienen una vasta conspiracion contra las personas de buena fé, y principalmente contra los doscientos mil forasteros que ordinariamente alberga la ciudad.

Contra semejante conspiracion es imposible defenderse; hay que entregarse atado de piés y manos. El *quid* de la dificultad para estos industriales consiste en apurar el ingénio con el fin de sacar los cuartos sin faltar á la ley ni á lo convenido aparentemente con el público. Industrias, espec-

táculos, ventas, consumos en sus divisiones y subdivisiones, especies, géneros y familias, modas, formas y manifestaciones, tienden á inventar la triquiñuela que os ha de engañar, la trampa en que habeis de caer por muy abierto que lleveis el ojo y por muy cerrada que tengais la bolsa. Una vez en el garlito comprendeis dos cosas á cual más cargantes: primera, que os han robado; segunda, que no os podeis quejar á nadie.

Suprimo los ejemplos, porque seria el cuento de nunca acabar. A este modo de ganar dinero se le llama ingenio, habilidad, sapiencia. No sé qué dirán los belgas, portugueses, italianos y demás compañeros nuestros en raza; lo que sí sé es que los españoles llamamos á esto... ya saben Vds. cómo lo llamamos.

Hay ciertas cosas que nunca entrarán en nuestro carácter, y por lo que llevo observado en mis correrías, he sacado en consecuencia tres proposiciones que me atrevo á defender en público certámen si hay alguno que quiera objetar. Prévio, por supuesto, el indispensable permiso del Gobierno y la absoluta libertad necesaria.

Son las siguientes:

1.^a La España tiene condiciones para ponerse á la cabeza de la raza latina.

2.^a ¿Qué se entiende por ponerse á la cabeza de la raza latina?

3.^a Maldita la falta que nos hace el ponernos á la cabeza de la raza latina.

Ni pienso halagar el orgullo nacional, ni mucho menos. Antes al contrario, celebraria poder levan-

tar la albarda para que se vieran las mataduras.

Como ave de paso, no puedo conocer la parte buena de este dichoso París. Tengo que resignarme á tratar con lo dudoso y á ver lo falso, que el francés, y sobre todo el parisien, ama con delirio.

Hay dias en que la mentira se le mete á uno por los ojos, y le acompaña desde la mañana hasta la noche. Hoy ha sido uno de ellos.

Al salir de casa comprendí que era falsa la sonrisa con que me saludó el portero, individuo que no vé en mí más que una propina disfrazada de español.

En el primer puesto de periódicos compré el *Petit Journal*, especie de *Correspondencia*, pero que no es órgano oficial ni de la opinion ni de la prensa, lo mismo que el diario noticiero de Madrid. Hoy es jueves 14 de Setiembre; el periódico fué escrito en la noche del 13, y sin embargo lleva la fecha del viernes 15, lo cual es completamente falso. Esta manera de acelerar el tiempo, sin adelantar nada, tiene imitadores en la prensa de la capital de España.

Antes de almorzar he visitado la ponderada iglesia de San Vicente de Paul. La piedra de la escalinata y el mármol de las columnas han salido de las canteras del laboratorio de un industrial, son de mortero y de argamasa, productos que imitan perfectamente la piedra y el mármol.

Para tomar mi modesta colacion he penetrado en un local resplandeciente. Desde la puerta se divisaban salones y más salones, largas filas de

elegantes mesas, innumerable série de ricos mecheros, gran concurrencia. Despues que hube tomado asiento, ví que me hallaba en un espacio reducidísimo é irregular, cuyos muros, cubiertos de espejos en toda su extension, elevaban á la quinta potencia las proporciones de la sala.

Por la tarde he estado en el Palacio de la Industria. Hay exposicion artística, en la que abundan las imitaciones del bronce, de la seda, del marfil, de los rayos coronados. Os venden por objetos de la China y del Japon monerías hechas en Francia. El arte que observais en las estátuas es violento, exagerado, falso.

Saliendo de allí para corretear un poco, me he encontrado por las calles con francesas vestidas de *ciocciararas*; esto es, con el traje típico de la aldeana romana, tan enfadosamente reproducido en cuadros y acuarelas. Con infinitos caballeros *decorados*, dignos, por su cara, de un grillete. Con otra porcion de mentiras andando, de falsedades en coche.

Traspuesto el sol, cuando el gas luce en las tiendas, casas y esquinas, me han brindado amor ninfas de estuco, houries de escayola y sirenas de cal y canto. Antes que manchar mis lábios en las repintadas cáscaras que cubren el rostro de semejantes criaturas iría en peregrinacion á Roma á besar la *Galatea* de Rafael ó la *Aurora* de Guido Reni, que aunque pintadas, son más *frescas* que las deidades de los bulevares.

Cansado de tanto ataque á la verdad, de esa pobre señora que vive en el fondo de un pozo, y que

solo el tiempo tiene derecho de descubrir, me he venido á casa á filosofar como un ramplon.

Aunque no soy aficionado á las exageraciones, me es imposible prescindir de afirmar que los parisienses son los seres más torpes de la raza europea despues de los ingleses.

Una ciudad que, como París, es la capital del mundo, para conservar la capitalidad con justicia debia entender todas las lenguas del globo terráqueo, desde el groelandés hasta el hotentote, desde el ruso hasta el patagon, desde el chino hasta el español. ¡Que si quieres! El ciudadano de París no entiende el francés que hablamos los extranjeros, y con dificultad percibe el que hablan los franceses de los departamentos. Una administracion alambicada les ha convertido en máquinas. Si se suprime algun detalle del complicado sistema que aquí rije para servir de comer, para entrar en el teatro, para tomar la correspondencia de un omnibus, ¡qué más! hasta para cortarse el pelo, el parisien es hombre al agua, líquido, que dicho sea de paso y sin intencion, no es de los que entusiasman á los franceses.

Todo está tan reglamentado, todo tan uniforme, que si invertís en la comida el orden de los platos y pedís *maquereau*, despues de la carne, os sirven macarrones, puesto que despues de la carne no va el pescado. El servidor en París sabe muy

bien que el *maquereau* antecede á la carne, lo mismo en las comidas que en otras operaciones.

Preguntad á un municipal por una calle cuyo nombre va precedido de artículo, y no os dará razon. El inteligente funcionario buscará en el *Indicador de las calles* por la letra *ele*, que es la primera que ha oído, la del artículo, y no por la letra del nombre. Esto lo hacen de diez ocho municipales.

En Italia, basta que un extranjero abra la boca para que adivinen las gentes lo que quiere, y eso que los ingleses y alemanes pronuncian endiablada, perra y horrisonamente todo lo que no sea sus propios idiomas.

En España, sabido es que somos tan listos, que si un extranjero nos pregunta por el Congreso de los diputados le dirigimos hácia el Palacio Real, con tal de embromar á un pobre hombre.

Cualquiera diria que los parisienses beben los vientos, al verlos cuán ligeros andan por las calles, qué solícitos se muestran, cómo ardillean al servir. Pues, no señor, es una viveza ratonil que desaparece apenas se presenta la primera dificultad, y la primera dificultad se presenta siempre que quereis hacer las cosas fuera de la rutina consagrada.

En cambio de estos defectos, la limpieza es general, es costumbre la pulcritud. Falso ó verdadero, el adelanto artístico y científico es aplicado

aquí inmediatamente á las necesidades de la vida; la civilizaci6n se sale de las abstracciones para traducirse en hechos. En los paÍses eminentemente soñadores é idealistas como el nuestro, se conservan ciertas prendas de carácter que nos enaltecen, y cierto olvido de la realidad, que nos perjudica. En Francia, por el contrario, procuran por la vida *confortable*, por la comodidad, por el lujo al alcance de todos. Esto, unido á un sentimiento de patriotismo llevado á su último extremo, hacen y harán de la Francia una gran naci6n. El que viene y la vé, comprende en qué estriba su fuerza y dónde reside su debilidad, llega á saber cuáles son sus dotes y cuáles sus faltas.

Es equivocaci6n general creer que los franceses son el pueblo ingenioso por excelencia, y que la Alemania es la que tiene más talento. ¡Error! Los alemanes no tienen más talento; lo que hacen es machacar sin descanso hasta llegar al objeto. El francés no es más ingenioso que los demás; lo que hace es ingeniárselas por todos los medios posibles, sacando fuerzas de flaqueza. Ahí está su pobre lengua, muy elaborada, cierto, desde la filosofía crítica y burlona del siglo pasado, pero que á causa de su misma pobreza ofrece innumerables juegos de palabras é ideas que inocentemente atribuimos al ingenio asombroso de los escritores franceses.

El pueblo francés es práctico, muy práctico: más puntos de relacion tiene con los norte-americanos que con nosotros. Para que se vea cuán arbitrarias son las síntesis de la ciencia social que

clasifica razas latinas y razas sajonas, barajando en una familia de pueblos elementos heterogéneos.

— ¿Qué cuestiones preocupan ahora á los franceses? ¿La quijotesca idea de tomar una *revancha* pronta de los prusianos? ¿Acaso la forma de Gobierno? No lo penseis; estas cuestiones, si bien primordiales, hoy por hoy han pasado á ser secundarias.

La Francia no se ocupa ni se preocupa más que de la Exposicion de 1878, y en el descenso de la poblacion.

Con la primera quiere ganar, y ganará de hecho, muchos millones. Con el descenso de la poblacion ve que los pierde.

Para realizar las entradas que la Exposicion universal promete, hay que esperar dos años, ó ménos.

Para aumentar la poblacion, cuyo descenso atribuyen los estadistas á las costumbres corrompidas, hay que esperar un poquito más. Sin embargo, sea porque la prensa pone el grito en el cielo y hace un llamamiento al patriotismo francés, sea por lo que sea, lo cierto es que se han dado casos aislados para poner un dique al mal, y yo creo que se generalizarán. La señora de un empleado de contribuciones, que habia adquirido la santa costumbre de dar á luz todos los años un servidor más, ha dado este año dos; y la pobre mujer de un guarda campestre, tomando á pecho las desgracias de la pátria, ha echado al mundo con toda felicidad un triunvirato.

Si el Gobierno francés diera una recompensa pecuniaria á todas las señoras fecundas, propo-

niendo á los maridos para la Legion de honor, el mal funesto que la Francia lamenta dejaria pronto de serlo.

La patriótica mujer del guardia campestre, digna competidora de las conejas sometidas á la vigilancia de su cónyuge, hubiera causado la admiracion del gran Napoleon.

Sabida es la respuesta que dió el emperador á una pregunta pretenciosa de Mad. Staël.—Señor, ¿cuál es la mujer más grande á vuestros ojos?—La que dé más hijos á la Francia.

Si madama Staël hubiera tenido el talento de ser madre, como tenia el de escribir, podia haber replicado á Napoleon:—No seria yo la que criara hijos para que vuestra majestad los hiciera matar.

¡El gran Napoleon! Aquí está en su tumba de pórfido en el fondo de una rotonda monumental que alumbra poéticamente la azulada luz que se cierne por las altas vidrieras de San Luis de los Inválidos! ¡Descanse en paz el enemigo de la paz!

Aún no he visto la *goma* de París. Se conoce que está de veraneo, ó que se ha disuelto con las lluvias de estos dias. El gomoso es al limpio, lo que el fanático al religioso, lo que el charlatan al orador, la caricatura de una cosa buena.

Por estas calles no se observa el lujo que es de presumir, dada la importancia de la poblacion. Más lujo, relativamente, hay en Madrid.

Fuera de los gomosos parisienses, apenas se encuentran por acá europeos con pretensiones en el

vestir. Esta ridiculez se queda para algunos tipos de América, Asia y Africa; ciertos polletes empalagosos, oriundos de las repúblicas hispano-americanas; varios japoneses alambicados, y alguno que otro negro, abusando frenéticamente de los colores claros.

A pesar de lo mucho que se ha escrito en Francia contra los extravagantes, y de los esfuerzos hechos para convertir París en la última expresión de lo moderno, aún circulan entre el público entes imposibles, desfigurados por la miseria, ó por aberración ingénita. También hay restos de épocas pasadas; personas arqueológicas por la edad, por la moda, por las costumbres. Véanse, del mismo modo, seres risibles, mil veces más cómicos que los provincianos puestos en ridículo por la literatura amena; y es que jamás se logra borrar las huellas que el pasado próximo deja en las costumbres y en los edificios; en las instituciones y en las razas.

No se procede por saltos en ninguna modificación humana, y solamente se cambia á fuerza de transiciones suaves, insensibles. Cuando la humanidad se sale del carril en que la disposición general del universo la ha colocado, realizando una revolución violenta, súbito acude la ley de las reacciones á encarrilarla, por aquello de que al cabo de los años mil vuelven las aguas por donde solían ir; refrán que traigo á cuento, no para negar el progreso, lejos de mi tal sandez, sino para autorizar mis reflexiones.

Aunque la prensa cómica cuenta muchos periód-

dicos aquí, raro es el diario de grandes dimensiones, político y formalote que no tenga sus rasgos ligeros, su seccion de broma, y hasta su estilo burlesco para tratar de asuntos determinados. Aún es París la ciudad de Rabelais y de Voltaire.

París es inmenso; contemplado desde lo alto del arco de la Estrella no deja nada que desear como poblacion de primera magnitud. Con ser tan grande, empero, no tiene un sitio para que se reunan en él los pequeños agiotistas, los apreciables caballeros que componen el *bolsin*, los cuales se van todas las noches á una esquina del boulevard de los Italianos á comprar y vender millones... de papel, estorbando el paso á todo el mundo, y siendo amonestados cada dos minutos por los polizontes. ¡Qué oportunidad, qué comodidad, y qué dignidad!

El magnífico Sena divide, como saben ustedes muy bien, la ciudad. En la parte de acá, el París nuevo, espacioso, activo, lujoso, de vida, de movimiento, de ruido. De la parte de allá, *au delà de l'eau*, el París clásico, histórico, de tranquilidad, de estudio, típico. Me agradan sobremanera las dos partes, y si me dieran á escoger me quedaba con las dos.

De la parte nueva eliminaria las bandadas de palomas que salen por la noche á picotear. Y en la parte vieja haria fumigaciones en el barrio de San German. Al pasar por él se nota un tufo á mohó y polilla que ofende las narices igualitarias. Las bue-

nas gentes del barrio de San German sueñan todas las noches con que los estafermos almacenados en el Museo de Artillería van á ajustarse las relucientes armaduras, á blandir con el esforzado brazo de pelote el lanzon de madera, á espolear el alazan de carton pintado, y en compacto escuadron de cruzados salir por las calles de París, derribando á botes el sistema parlamentario de los borgueses, para implantar el santo y legítimo gobierno absoluto del Rey con el brazo aristocrático y el brazo eclesiástico. Dejémoslos soñar.

II

No pude pasar por otro camino. Tuve que viajar de noche, contra mis gustos, saliendo de París para Burdeos, en compañía de unos franceses que sólo hablaban de política, asunto que en su boca me parece un negocio como otro cualquiera.

Los bonapartistas, lo mismo que los republicanos, blancos y negros, moderados y rojos, tienden á ganar mucho dinero para hacer de Francia la primer nacion del mundo.

Los dignos colegas que de jo enunciados respiraban por la misma herida. Hay que amontonar oro para preponderar. Esta es la síntesis de sus lucubraciones. Tan interesante era para mí la materia de la conversacion que me dormí profundamente, y no desperté bien hasta que el sol se me metió por los ojos. Envueltos en las sombras de la noche dejé á Choisy-le-Roi, Etampes, Orleans, Blois, Chambord, Tours, Poitiers y Angulema.

Digo que no desperté bien, porque á veces oía confusamente los nombres de estas estaciones pregonados por los mozos en los momentos de parada.

Poco á poco se fueron barajando en mi fantasía, hasta que al último de la jornada nocturna tuve un sueño disparatado, producido por recuerdos históricos. Soñé que el abad de Clovis tenía encerrada en la gruta merovingia á Diana de Poitiers, y que el duque de Angulema corria en su socorro, capitaneando cien mil hijos de San Luis. Juana de Arco que lo supo, ordenó en escuadron de batalla todas las estátuas ecuestres que tiene en Francia, que no son pocas, y al frente de ellas salió á atacar el ejército del duque, ejército que no pudo resistir el duro empuje de tan extraordinario enemigo.

La victoria se decidió por Juana de Arco, y fué celebrada con una orgía en los dominios de Chambord, en la que tomaron parte, entre otros personajes, Rouget de l'Isle, Catalina de Médicis y Francisco I, quien al saber que Diana estaba muy á gusto bajo el poder del temible abad, cantó con la música del *Rigoletto* el célebre verso:

Souvent femme varie.

La luz del día disipó las embrolladas nieblas de mi cerebro.

Por la tarde llegué á Burdeos, en domingo; circunstancia que, unida á una inmensa bruma que pesaba sobre la ciudad, contribuyó á que ésta se me presentara bajo un triste aspecto.

Las tiendas cerradas, la gente en casa, la luz

oculta, las calles desiertas, los términos borrados, el Garona pardo y cenagoso como las aguas del Tíber, el cielo plomizo, y el silencio por todas partes.

Llegar del París que yo dejaba al Burdeos de aquel día, era tanto como después de una tempestad en el Océano oír un tiro de revólver. Como leer primero á Calderon y después á Arnao. Como ponerse á jugar al florete después de haber dado una carga de caballería. Como escuchar una marcha de Wagner con cuarenta tambores y luego un solo de flauta. Como contemplar la capilla sixtina de Miguel Angel y ver después una acuarela al uso. Era tanto como pasar del todo á la nada, ó poco ménos que nada.

Comprendo que el barroquismo de estas comparaciones arrugará el sábio entrecejo de los académicos, sacerdotes de la diosa Parsimonia, deidad que tiene los piés de plomo y la cabeza llena de agua; pero no he podido prescindir de semejante estilo para expresar mis impresiones.

Sin pena abandoné Burdeos al rayar el día siguiente.

Atravesadas cuarenta leguas de Landas de interminables pinares, en que los árboles heridos depositan la resina en cacharros atados al tronco, el país comienza á hermostarse y sigue bello hasta Bayona.

Bayona, lucido pueblo que el Nive agracia y divide, es, sin embargo, antipático á todo buen español, por reaccionario, por oscurantista. La Francia, con tal extremidad, hace el efecto de

esas mujeres guapas que gastan las uñas negras.

Al comenzar las Landas, el tipo del aldeano francés se modifica en vasco. Las blancas cofias de las mujeres, desde la monumental, semejante en la forma á una gran langosta apuntada á la coronilla, hasta la que parece el gorro de un niño, se trasforman en el pañuelo, coquetamente atado para que sólo cubra el moño. El sombrero hongo y la gorra de los hombres se convierte en boina. Aparecen las dos más características formas del individuo vasco. La cara triangular, con ojos vivos y nariz larga, y la cabeza romana, ancha de quijada, sin esas protuberancias posterior y superior del cráneo, que la embrionaria ciencia frenológica llama los órganos de la filogenitura y de la veneracion.

ESPAÑA.

Al penetrar por la frontera, cuando el alma se abre al sentimiento de la pátria, un tanto amortiguado por el atraso en que se la encuentra; cuando el oído aspira á deleitarse con el armónico son de la lengua nacional, una jerga, una mescolanza, un guirigay de guipuzcoano y español, con gritos salvajes, y jamás interrumpida série de incultas interjecciones, viene á atormentarnos como á hombres, y á herir nuestro orgullo como españoles.

Sobre lo que ví y oí, desde Irun á Búrgos, me callo, porque no tengo necesidad de pasar plaza de extranjero en España, y de tal se me tacharia si apuntara, sin recargarlas con comentarios, las impresiones recibidas.

Lo que sí diré, porque siempre es agradable, es que la naturaleza toma un tono hermoso de luz y colores; que el cielo y la tierra se embellecen; que de súbito se halla uno trasportado á la region en que el sol, con más grados de fuerza, vivifica más bellas comarcas.

En España me esperaban muchos desengaños. No quiero hablar de ellos. Desengaños de amistad, no de amor, porque Filis me aguardaba con los brazos abiertos, resignada y tierna. En ellos quiero descansar de las fatigas del viaje.

FIN.

El presente por lo tanto, queda en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus

... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus

... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus

... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus
... de la parte de la parte, en sus

ÍNDICE.

—

Páginas.

DE MADRID A ROMA.—ESPAÑA. I. II. III.—FRANCIA. I. II.—ITA- LIA. I.—II. Vistazo á Génova.—III. Apuntes filológicos.—IV. Quinta esencia de constitucionalismo.—V. ¡Pobre Florencia!—VI.	5 á 56
NAPOLÉS.—Vista de Nápoles.— Costumbres populares.—Polichi- nela.	57 á 84
LA ISLA DE CAPRI.—Del diario de Capri.	85 á 116
POMPEYA.—Lo probable.—Lo cier- to.—Ayer.—Hoy.	117 á 139
VENECIA.—Impresion de Vene- cia.—El canal grande.—El Lido...	141 á 183
ROMA.—Discurso preliminar.	187
DE ROMA A MADRID.—ITALIA. I. II. III. IV.—V. Algo sobre Milan. —VI. Ligera nocion de Turín.— VII. El Túnel.—FRANCIA.—I. De paso por París.—II.—ESPAÑA	211 á 268

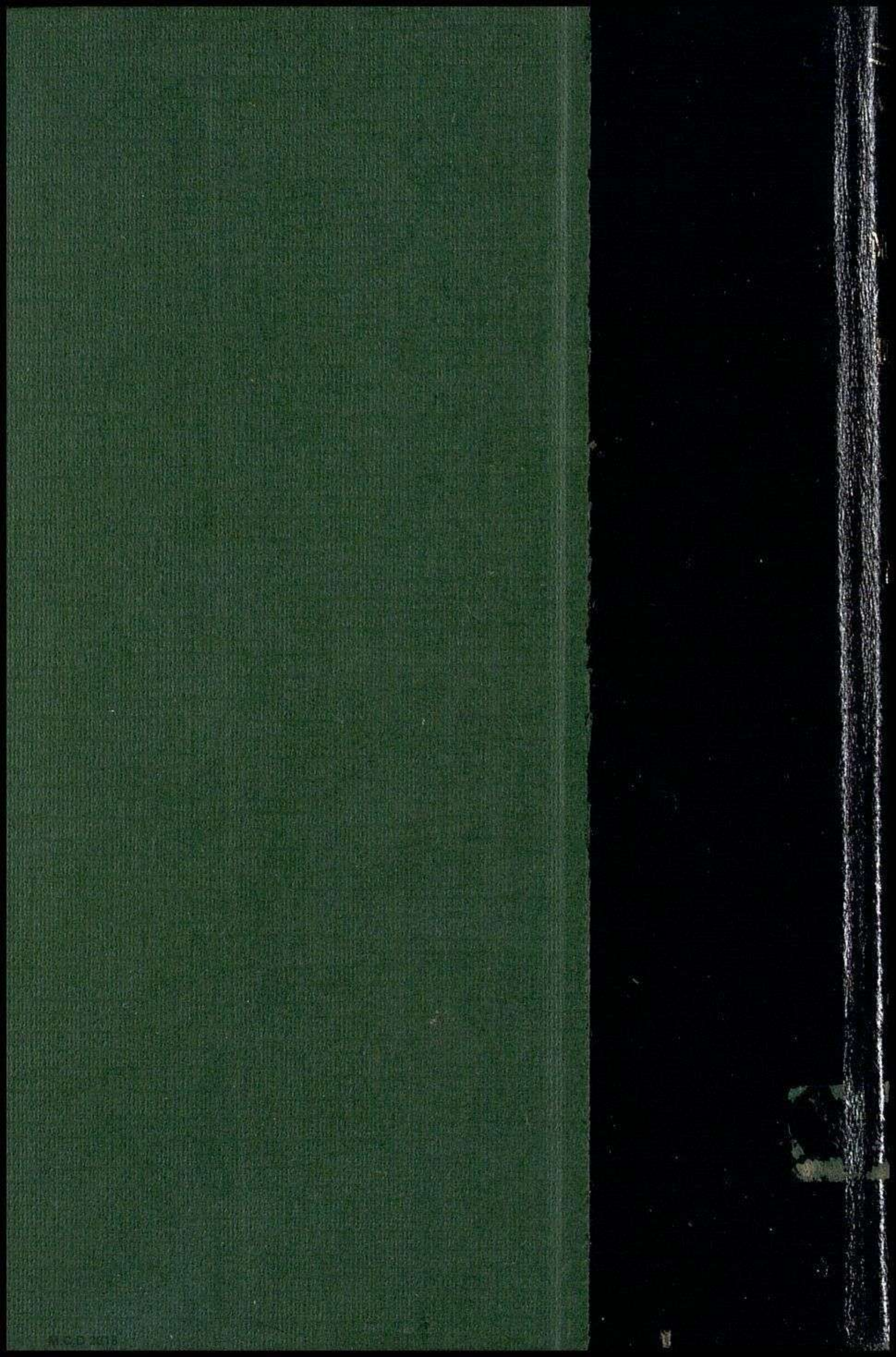
INDEX

Faint, illegible text, likely an index or table of contents, possibly containing names and page numbers.

ERRATAS IMPORTANTES.

Página	Línea.	Dice.	Debe decir.
9	2	1870	187*
36	7	gobierno, no ocultaré	gobierno. No ocultaré
144	5	<i>Matromacia</i>	<i>Matromania</i>
188	26	al sexo fuerte	del sexo fuerte
191	10	<i>trattorios</i>	<i>trattorie</i>
192	22	aquí	allí
199	27	se chocan	chocan
203	5	á paganismo á cristianismo	á paganismo y cristianismo
203	6	y naturaleza y arte	á naturaleza y arte





MOJIA Y

BOLIVAR



NOTAS

DE

VIAJE

M.P.E.

ante el inmenso zurriburri de la ciudad alocada. Al entrar por *Porta Capuana*, al comienzo de la tarde, vimos el trozo de mar plumizo que con tan vários y suaves colores se embellece en el trascurso de las horas, hasta que la noche vela con sombras la extension de los cielos.

A las ocho nos dirigimos al muelle en busca de la barea que habia de conducirnos á la isla. Estaba aquella tripulada por doce marineros capriotas hábiles en el manejo del velámen, acostumbrados á la ruda faena del remo. El dueño de la embarcacion estaba investido de la dignidad de capitán gerárquico además de ser timonel.

Era sábado; el buque admitia carga y pasajeros; no una carga así como se quiera, sino compuesta del más selecto consumo que Capri importaba de Nápoles para la celebracion del domingo. En cuanto á los pasajeros, baste decir que componiamos la clase algunos isleños, isleñas é isleñitos, tan pobres de trage como alegres de rostro y francos de trato; de dos guardias civiles que viajaban en servicio y de nuestras personas.

Después de esperar una hora á que los marineros colocaran en la barca un sin fin de cestas de pescado, canastos de comestibles, lios de ropa, baules y otros bultos; después de esperar otra media hora á que el capitán se despidiera de todos sus compadres, oyendo todos sus encargos y contestando á todas sus preguntas; cuando ya el respetable personaje, hombre de excesiva pachorra, saltó sobre la popa, dió sus órdenes á los tripulantes, saludó á los pasajeros y tomó una presa de

x-rite


 mm

colorchecker CLASSIC